

## EDITORIAL

Retomamos, en este número 83, nuestro tema de tapa anterior (Revista Uruguay de Psicoanálisis, N° 81), con una multiplicidad de trabajos que replantean, en nuevos espirales, la problemática de la vigencia de la metapsicología en relación a la clínica, así como los caminos de la producción teórica y su articulación con la práctica.

Dos trabajos de los aquí publicados encaran la relación del analista con el corpus teórico y la forma en que éste se articula con la práctica.

El trabajo del grupo de estudio sobre Investigación en Psicoanálisis (luego transformado en el Laboratorio de Investigación) coordinado por Marta Nieto y Ricardo Bernardi, que data del año 1984 y que fue pionero en el tema, intenta dar cuenta de una experiencia que se realizó en el grupo. Así, partiendo de un material clínico, puso a prueba la hipótesis de que su lectura permitiría descubrir en la “materia bruta” de la experiencia el modo de organización de ésta, sin imponerle la forma de las teorías. Extensos tramos de material clínico fueron sometidos a una “segunda escucha” de un grupo de analistas, postulando conceptos auxiliares que permitieran procesar el trabajo (líneas de fuerza, fantasía, teoría)

En “Nuestro vínculo con las teorías. Relación y uso desde la perspectiva metapsicológica winnicoteana” los autores (Cristina L. de Cayaffa, Marina Altman de Litvan, Luz Porras de Rodríguez, Francisco Labraga), exploran la relación entre teorías, experiencias emocionales propias, modos de aprehensión del conocimiento y tránsito por la formación personal, iluminándolas desde los conceptos winnicottianos de relación y uso del objeto. La relación de objeto acentúa el lado del sujeto, en tanto el uso enfatiza la constitución del objeto que se vuelve real y que ya no es producto de proyecciones. El hacer con el objeto –destrucción– y la respuesta de aquél –represalia o supervivencia– determinan la posibilidad o

imposibilidad de construcción de un objeto objetivo. En el caso de las teorías, el contacto inicial funcionaría, según los autores, al modo de la relación de objeto, con idealización y sometimiento del sujeto. Posteriormente, aquéllas se transformarían en un objeto que funcionaría como instrumento, posibilitando espacios de creación personal. La inclusión de la noción de espacio transicional y su articulación con la metapsicología winnicottiana, con la noción de paradoja, les permite ubicar la interpretación como un fenómeno que surge en el espacio transicional.

La metáfora de “restos” que Luz Porras de Rodríguez –“Aspectos teóricos de la práctica analítica. La función del supervisor y la supervisión” y “La realidad psíquica del analista: una virtualidad entre la experiencia y la creación”– utiliza para dar cuenta de los intrincados vínculos entre la realidad psíquica del analista, como virtualidad, su práctica –tanto en su trabajo analítico como en su función de supervisor– y las teorías, aproxima una profunda conceptualización relativa al fenómeno de la transmisión psicoanalítica, en su perfil siempre defectivo por la dinámica de los procesos inconscientes.

El origen de la noción de pulsión es rastreado por E. Gratadoux, quien establece en su trabajo (“Un origen probable de la noción de pulsión”), un nexo de continuidad entre el pensamiento de Freud en el “Manuscrito E” de 1894 y los posteriores desarrollos en 1915, en tanto el modelo de “tramitación normal de la tensión física” en aquél, sería reelaborado y enriquecido en éste. Señala asimismo dos errores o discrepancias en la traducción del “Manuscrito E”, realizada por J. Etcheverry.

La estructuración psíquica y el proceso de subjetivación son núcleos temáticos que se despliegan en los trabajos de Bernard Penot, Myrta Casas de Pereda y Silvia Bleichmar.

B. Penot interroga la noción de sujeto en la obra de Freud en relación al destino de las pulsiones, en los inicios de la estructuración jerarquizando el

circuito sadomasoquista como condición del proceso de subjetivación y del nacimiento de la apropiación fantasmática.

Myrta Casas de Pereda hace dialogar la metapsicología freudiana y su equivalente en Winnicott, redefiniendo la simbolización para el psicoanálisis. Utiliza la conceptualización de Peirce para mostrar la importancia de momentos icónicos e indiciales en el proceso de estructuración psíquica. El gerundio en Winnicott y la noción de paradoja son propuestos como conceptos fundamentales, al modo de los *Grundbegriebe* freudianos, así como la ficción topológica de la banda de Moebius lo es para pensar la zona de experiencia de la transicionalidad.

Silvia Bleichmar, retomando su postura de que la teoría se encuentra permanentemente en los bordes de la clínica para marcar los límites que la guían recorre la metapsicología freudiana, las nociones de inconsciente descriptivo y sistémico y los modos de constitución del inconsciente, en el contrapunto de las distintas escuelas psicoanalíticas. Jerarquiza la represión originaria como fundante de la diferencia entre los sistemas y el alcance que la instauración de aquella tiene en los distintos cuadros psicopatológicos, señalando que a partir de ella es que se pueden definir tiempos de la estructuración psíquica.

Las complejas relaciones entre teoría e ideología constituyen el núcleo del trabajo de S. Paciuk, quien, partiendo de un trabajo medular de W. Baranger (en el que establece y discute lo que teorizara como la regla de “abstención ideológica”) desarrolla el concepto de ideología, postulando la hipótesis de un continuo que va de la idea a la ideología, pasando por ideal e idealización y destacando el peligro de transformar al psicoanálisis en una ideología.

Este número de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis aparece indizado. “La indización conduce al registro de los conceptos contenidos en un documento, bajo una forma organizada y fácilmente accesible, es decir, la confección de herramientas de búsqueda documentaría”.\* Ella permite la recuperación de la información contenida en cada documento y pasar de la búsqueda artesanal de la bibliografía a una tarea más metódica. A medida que el material bibliográfico de la Biblioteca va siendo indizado, es decir, su contenido clasificado por los descriptores que corresponden a los conceptos manejados en psicoanálisis, será posible a los usuarios acceder con mayor facilidad a todo documento donde el tema que busca se encuentre tratado.

A tales efectos se realiza una lectura comprensiva del contenido del documento, se determina cuál es el tema del mismo, se le clasifica según ocho áreas temáticas: 1) Teoría psicoanalítica, 2) Psicopatología, 3) Técnica psicoanalítica, 4) Psicología Evolutiva Psicoanalítica, 5) Psicoanálisis Aplicado, 6) Autores, Escuelas, Instituciones y Formación Psicoanalítica, 7) Familia, 8) Áreas Temáticas Afines; y se categoriza el enfoque que el autor ha dado a su trabajo (teórico, clínico, técnico, aplicado o de reseña).

La indización propiamente dicha consiste en: identificación de los conceptos relevantes del documento expresados en el lenguaje empleado por el autor, traslado de dichos conceptos a un lenguaje controlado (descriptores), cuidando la exhaustividad y especificidad de la tarea.

Para realizar la indización se utilizan los descriptores del Tesauro de Psicoanálisis,\*\* adquirido a la Asociación Psicoanalítica Argentina. En adelante, en los artículos de la Revista, aparecerán solamente los

---

\* UNISIST. Principes d'indexation. París, UNESCO, 1975.

\*\* ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA. *Tesauro de Psicoanálisis*, 1a. ed. amp. Buenos Aires, APA, 1992.

descriptores referidos a los respectivos conceptos (Ej.: TRANSFERENCIA).

Se incluyen autores-tema (Ej.: Bion, Wilfred R.), personajes-tema (Ej.: Hamlet) u obras-tema (Ej.: El Muerto; Borges, Jorge Luis), cuando fueren tratados como tema central en el documento. La tarea de indización es realizada por los socios de la APU.

### COMISIÓN DE INDIZACIÓN

Coordinación: Mireya Frioni de Ortega

Integración: José Barreiro, Alicia Cattivelli, Olga Cutinella de Aguiar, Ana De Barbieri, Julio Lamónaca, Martha Gómez de Sprechmann (bibliotecóloga).

**NUESTRO VÍNCULO CON LAS TEORÍAS.  
RELACIÓN Y USO DESDE LA PERSPECTIVA  
METAPSICOLÓGICA WINNICOTTEANA**

*Psic. Cristina López de Cayaffa\**

*Lic. Marina Altmann de Litvan\*\**

*Dra. Luz Porras de Rodríguez\*\*\**

*Dr. Francisco Labraga\*\*\*\**

*“No pienso comenzar dando un resumen histórico para demostrarles el desarrollo de mis ideas a partir de las teorías ajenas que no es esa la modalidad de los pensamientos. Lo que sucede es que voy recogiendo cosas aquí y allá, me enfrento a mi experiencia clínica, me formo mis propias teorías y luego, al final de todo, pongo interés en ver cuáles son las ideas que he tomado de otros. Puede que este método sea tan bueno como otro cualquiera.”*

*D. Winnicott (1956)*

## **Introducción**

Cuando nos reunimos a pensar las ideas de Winnicott preparando un seminario,\*\*\*\*\* nos encontramos tratando de plantear nuestra comprensión

---

\* Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Luis P. Ponce 1437, Montevideo.

\*\* Miembro Titular de A.P.U. Montero 3096. Montevideo.

\*\*\* Miembro Titular de A.P.U. Br. Artigas 1414 piso 1.

\*\*\*\* Miembro Adherente de A.P.U. Silvestre Blanco 2532 ap. 403.

\*\*\*\*\* Tres de los autores constituyen un equipo docente del Instituto de Psicoanálisis de A.P.U. en un Seminario de introducción al Pensamiento de D. Winnicott (1994).

de sus conceptos sin repetir el texto. Jugábamos con el hilo de su pensamiento y el nuestro.

Nos acercábamos a sus teorías, garabateando con él en actividad creativa y placentera.

Nuestro bagaje teórico—clínico oficiaba como herramienta “objetos de uso” permitiéndonos enfocar hechos psicoanalíticos que D.W.W recortaba a su modo, desde otras facetas, con diversas tonalidades y de esta manera se producía un enriquecimiento de la experiencia. No se trata de una sumatoria de enfoques, sino que, como el juego de los garabatos, se delimita un nuevo espacio, se crea una figura y se accede a un sentido compartido.

El bagaje teórico—clínico se articula en cada uno de una manera personal. Trabaja por medio de una permeabilidad que va produciendo una filtración de conceptos que impregnan los nuevos terrenos que alcanzan, como la ola que avanza y retrocede filtrándose en la arena.

Nos encontramos entonces reflexionando sobre nuestro vínculo con las teorías en distintos momentos.

Nos preguntamos cómo surgen las concepciones teóricas en un momento determinado, cómo es nuestra aproximación a un autor y su teorización.

¿De qué forma disponemos de la teoría en la sesión? ¿Qué relaciones mantenemos con las teorías y que uso hacemos de ellas?

Nos planteamos finalmente cómo pensar una metapsicología winnicotteana. Lo vasto de este propósito se redujo a un ejercicio de reflexión y confrontación en un punto: *el funcionamiento en la transicionalidad*.

## **El surgimiento de la teoría**

*El marco socio-cultural*

En una conferencia sobre psicoanálisis y ciencia en Oxford, D. Winnicott decía que en la ciencia veía “el impulso creador que se presenta en la forma de un nuevo interrogante que brota de conocimientos ya existentes.” Nos planteamos si estos conocimientos en los que incluimos el estado del pensamiento social de la época no configurarían un marco en el cual y/o del cual brotan los nuevos interrogantes teóricos.

Este marco lo consideramos imprescindible para el crecimiento, de la vida misma o de la teoría. De la seguridad que él brinda en la salud, se desarrollara el espacio potencial en el que se vive, se simboliza y se crea.

### *Una peripecia*

Las circunstancias personales dejan su impronta en la evolución del pensamiento. En esta perspectiva la experiencia interna del sujeto se vuelve determinante generando un cierto grado de sensibilidad propia para enfocar determinados aspectos.

D. Winnicott y Melanie Klein que compartieron la misma época, la misma Inglaterra, la misma Londres, la misma teoría psicoanalítica de base produjeron sin embargo, proposiciones teóricas muy distintas y ello pensamos se vincula con sus vicisitudes personales.

El periplo de vida de M. Klein se vio tempranamente signado por la presencia de la muerte, las angustias de pérdida y las rivalidades.

Lo que se conoce de la infancia de Winnicott nos muestra la presencia de un medio familiar que garantizó el despliegue lúdico y creador.

El aprender-conocer se inscribe entonces para Klein en el contexto de la hostilidad y el duelo, la envidia y la reparación. Mientras que el conocer, el encontrar respuestas para Winnicott se inscribía en un contexto que habilitaba a la autorreflexión y a la búsqueda de lo “propio”. Cuando Donald niño le pregunta a su padre sobre religión este no le responde, lo

remite a la Biblia, le presenta “un objeto cultural” para que lo haga suyo a su manera.

Por otra parte en el caso del pensamiento psicoanalítico en el encuentro con los pacientes la sensibilidad, antes mencionada, se haría presente generando otra forma de acercamiento al saber.

Anzieu (1989) ejemplifica lo que venimos desarrollando. En dos trabajos este autor hace referencia a la historia de Bion y su vínculo psicoanalítico con Beckett, vínculo que generó una impronta de formulaciones teóricas. Bion se referirá a la luz que irradia la oscuridad mientras Beckett en su novela “Murphy” establece la distinción entre las tres regiones: “luz-media luz, oscuridad”. Al cabo de los años Bion toma un modo de formulaciones teóricas sobre el funcionamiento psíquico al cual no le es ajeno, su relación con Beckett y su propia historia infantil de autismo.

### *Nuestra disponibilidad teórica*

Es fuera de la sesión que nos podemos preguntar por los referentes teóricos que impregnan nuestro trabajo. Ellos van desde las “teorías personales” del analista hasta otros niveles de abstracción.

El paciente con su discurso apela –interpela–, llama al analista y el vínculo transferencial se entreteje con la disponibilidad de las teorías.

Pero, ¿desde dónde ingresan las teorías al analista? pensamos que hay una experiencia emocional propia de cada persona, que establece líneas facilitadoras de la organización de los pensamientos-emociones. Se trataría de un primer nivel donde la experiencia emocional organiza el campo y establece líneas de capacitación desde donde surgirá la teorización de ese momento de la sesión. La primera teoría: “sale de las entrañas”.

En otro plano, el corpus de conocimiento existente al momento, es aprehendido por el analista. En este vínculo que se establece entre el sujeto y el conocimiento ya existente hay también distintos modo de relación,

desde un sometimiento estricto a la teoría hasta una relación mas libre con la misma.

De todas formas, generalmente podemos llegar a desarrollar con las teorías verdaderas relaciones de objeto.

El tránsito por la formación personal como analistas nos va llevando de la relación al uso. El abordaje que nosotros hemos escogido para este trabajo retoma los conceptos teóricos winnicotteanos de “relación y uso del objeto” para ver como esto funcionaría en nuestra relación con las teorías.

### *Relación y uso del objeto-Relación y uso de las teorías*

Se nos ha ocurrido que en nuestro pensar y en nuestra práctica como psicoanalistas mantenemos un vínculo con las teorías que adquiere las cualidades a veces de la relación y a veces, del uso del objeto al modo que describe Winnicott.

Cuando se habla de relación se pone el énfasis en el sujeto. El relacionarse dice D.W.W es una experiencia del sujeto. La relación supone que el objeto se ha vuelto significativo debido a los mecanismos proyectivos e identificatenos que al modo de las identificaciones proyectivas colocan parte del sujeto en el objeto. Este, no es real, no forma parte de la realidad compartida, no existe en forma independiente. La relación, entonces es la primera forma de vínculo con el objeto.

Es a través del ejercicio de la función materna “suficientemente buena” que la relación dará paso al uso. El “uso del objeto” lo enriquece permitiéndole que se aprecien nuevos rasgos y al mismo tiempo lo especifica porque se va imponiendo su propia naturaleza. El objeto entonces se vuelve real, ya no es producto de las proyecciones, ahora forma parte de la realidad compartida. El principio de realidad se ha hecho presente en el funcionamiento del sujeto.

El pasaje de la relación al uso del objeto por un sujeto supone cambios que atañen al hacer de cada uno de ellos. Este hacer, que es del orden de la destrucción, por sus efectos tanto en uno como en otro, los modificará y vinculará de otra manera.

Pero, ¿qué es la destrucción? Para Winnicott es algo que proviene del gesto espontáneo y se realiza en la fantasía. La respuesta del objeto, su lectura del gesto espontáneo dará lugar a la supervivencia o a la represalia. La supervivencia implica que el objeto queda colocado fuera del control omnipotente, con existencia propia y dispuesto a ser usado.

La represalia es el fracaso, impide la creación por parte del niño de un objeto al mismo tiempo catectizado y real.

A. Green (1978) señala que la fantasía nacerá en el intervalo entre la destrucción y la supervivencia; de la coincidencia entre la “destrucción” y la percepción de la existencia independiente del objeto. “El fantasma es el heredero de la primitiva omnipotencia”.

D.W.W. dice que gracias a la supervivencia del objeto, el sujeto puede entonces vivir una vida en el mundo de los objetos, cosa que le ofrece inmensos beneficios; pero es preciso pagar un precio en la forma de “una aceptación de la destrucción que se va dando en la fantasía inconsciente vinculada con la relación del objeto” (1989).

A partir de estas consideraciones pensamos que en el primer contacto con una teoría se darían elementos de la relación al modo winnicotteano. Habría allí una mezcla de idealización y sometimiento del sujeto a la misma que lo lleva a esperar que ésta colme sus expectativas de conocimiento, pero esto le quita libertad para conectarse más libremente consigo mismo y en su trabajo con los pacientes. En este punto el bagaje teórico funcionaría rigidizando nuestra labor y dificultando ver al paciente como él es.

Cuando posteriormente la teoría se transforma en un objeto objetivo trabajaría como un instrumento reconocido que funciona en nosotros con características propias y también con sus limitaciones. Hacer uso de las teorías implica hacer uso de un instrumento adecuado, en el momento preciso, dejando disponible espacios para la creatividad personal.

El uso de la teoría con su lado de supervivencia del objeto, nos enfrenta a la supervivencia del sujeto con su lado creativo.

Decíamos antes que en el pasaje de la relación al uso del objeto había un hacer que, por sus efectos modificaba al sujeto y al objeto vinculándolos de otra manera. En el pasaje de la relación al uso de la teoría pensamos que también hay transformación. El objeto-teoría sobrevive, pero ya no es el mismo para el sujeto-analista, quien sobrevive transformado. Algo de su impotencia ha cedido, algo de la idealización se ha desvanecido, dispone de las teorías acotándolas a la necesidad y a la oportunidad e introduce su propio pensar creativo.

## **Metapsicología**

### *La Transicionalidad*

Freud en su correspondencia con Abraham (4 de mayo de 1915) caracteriza el enfoque metapsicológico. Allí afirma que "...la explicación del síntoma sólo puede darla el mecanismo considerado dinámica, tópica, y económicamente". En otros textos señala que las explicaciones no necesariamente se tendrían que dar en forma simultánea y totalizadora. Para Freud no era solo el anclaje en las etapas libidinales lo que explicaba los trastornos. Se privilegia así un nivel de abstracción mayor y esto

configura el punto de vista metapsicológico del funcionamiento del aparato psíquico.\*

Nos preguntamos: ¿hay en las ideas de Winnicott lineamientos que se articulen con la propuesta freudiana P ¿Qué incluiríamos en una metapsicología winnicotteana?

Un concepto fundamental como es la noción de paradoja\*\* nos permitiría dar cuenta de la metapsicología winnicotteana.

La paradoja, esta figura del pensamiento que consiste en presentar unidas y conciliadas ideas aparentemente contrarias desemboca en una dinámica peculiar. Superposición de espacios, tiempo de simultaneidades que no sólo incluyen a la madre y al niño, al analista y su paciente, sino también al autor y su lector.

Pensamos que el punto de vista dinámico evolutivo en contrapunto con la función materna impregna la metapsicología winnicotteana, situando lo intersubjetivo (aspecto tópico) en un lugar central desbordándolo hacia la originalidad concepción de la transicionalidad (espacios y fenómenos). Habría que preguntarse si no se crea un cuarto término a la formulación triádica de Freud. De este modo la metapsicología se ampliará con la inclusión de la transicionalidad.

Estaríamos de acuerdo con Pontalis (1975) que “el espacio potencial se deja difícilmente circunscribir en una nueva tópica” ya que lo desborda y permite ubicarlo en un nivel de abstracción más general. La

---

\* Cada teoría ilumina un aspecto distinto de la realidad psíquica o aun del proceso clínico. Cada teoría opera con distintos grados de abstracción o concreción, de generalidad o precisión así como el modo o cualidad con que operan. Una teoría es útil solo en la medida en que brinda la más fructífera explicación de las observaciones, y debe desecharse o modificarse cuando cesa de cumplir dicha función. (Bernardi, 1989)

\*\* Enciclopedia Ilustrada Cumbre, Barcelona. Tomo X. *Paradoja*: Figura de pensamiento que consiste en presentar unidas y conciliadas dos ideas al parecer contrarias: “Con estas deshonras me honrasteis, con estas acusaciones me defendisteis con esta sangre me lavasteis”. Utiliza, pues, el artificio de enlazar dos ideas opuestas, pero que llegan a conciliarse a fuerza de ingenio, o porque su contraste extremado establece entre ellas cierto contacto. Cuando Boileau dice “estéril abundancia”, refiriéndose a algunos escritores tan malos como fecundos, expresa una paradoja. Asimismo, se suele llamar paradoja a la especie contraria a la opinión o al sentir común. La teoría del movimiento de la Tierra fue considerada como tal en otros tiempos, (pag 51)

transicionalidad alude no sólo a un nuevo espacio sino a un modo de funcionamiento que genera objetos y formas de relación también nuevas, que compromete a los tópicos freudianos y a las cualidades dinámicas y económicas. Todo esto se sintetiza en cambios cualitativos y nuevos reordenamientos.

Encontramos así los tres puntales freudianos en la combinatoria personal que les imprime Winnicott y que se abre a las recreaciones individuales de cada analista. Los tres términos de la metapsicología freudiana aluden a lo intrapsíquico, mientras que la concepción de la transicionalidad hace jugar el vínculo entre realidad interior—realidad exterior en un movimiento de vaivén donde lo paradójal es lo central.

El pensamiento mismo de D.W.W es paradójal dentro de la teoría psicoanalítica y su fecundidad reside en que nos mueve a trabajarlo, recreándolo sin destinarlo jamás a ser resuelto. “Mi contribución consiste en pedir que la paradoja sea aceptada, tolerada y respetada y que no se la resuelva. Es posible resolverla mediante la fuga hacia el funcionamiento intelectual dividido, pero el precio será la pérdida del valor de la paradoja misma” (Winnicott, 1971).

Si nos preguntamos que es lo estructurante en los términos del psiquismo humano, encontramos que en Freud lo estructurante para el aparato psíquico es la noción de Edipo. Para Lacan: lo imaginario, lo real y lo simbólico (“sus tres”). Para Melanie Klein sería el vínculo con el pecho y el interjuego de las ansiedades y defensas. En cambio para Winnicott lo estructurante se juega en el terreno de la transicionalidad: objeto, fenómenos, espacio, necesariamente mediados por el ambiente facilitador.

Winnicott igual que Bion incluye la función materna como parte de la metapsicología. Para Bion la madre a través de la función rêverie opera como transformador de los pensamientos, ella aporta su aparato mental para procesarlos.

En Winnicott la madre se instala y opera como presencia real sosteniendo, manipulando y presentando los objetos. El allegamiento yoico de la madre al presentar objetos en el momento que el niño necesita encontrarlos propicia el funcionamiento mental creativo del bebe.

Davis y Wallbridge (1981) nos advierten: “la transición del estado de absoluta dependencia al de dependencia relativa corresponde en muchos aspectos a la idea de Freud de la transición del principio de placer y principio de realidad”.

Winnicott admite estos conceptos pero los amplía al considerar el fenómeno mismo de la transición como intrínsecamente doloroso. El principio de realidad aparece como una afrenta y el sobrellevarlo como un riesgo de caída en la desilusión. La aceptación del mundo propia de la madurez, la capacidad para relacionarse con éste supone para el niño “salvar el hiato entre fantasía y realidad sin caer en un abismo abrupto de desilusión”.

La realidad interior y la realidad exterior no son suficientes para definir la naturaleza humana. Winnicott introduce un área intermedia de vivencia donde ambos mundos se superponen dando lugar al descubrir y al crear, omnipotencia ilusoria que hace posible el doloroso enfrenta-miento a la realidad al tiempo que posibilita la emergencia del ser.

Esta noción conceptual de espacio transicional tiene un soporte clínico y metapsicológico particular, está más cerca de una modelización\* de la experimentación que, por ejemplo, la noción kleiniana de objeto persecutorio. El objeto transicional es en cierto modo un observable.

---

\* Gedo y Golberg (1973). Uno de los métodos corrientes para comunicar un concepto es la construcción de modelos. Un modelo es una construcción ad hoc destinada a facilitar la comprensión de proposiciones teóricas abstractas y complejas mediante el uso de analogías figurativas y verbales más comprensibles... Gedo y Golberg van a hablar de zonas de validez de distintos modelos psicoanalíticos: el de la primera tópica, el estructural, el del self y los objetos íntegros, el de los núcleos dispersos del self y el del arco reflejo.

El concepto de espacio transicional, entonces, configura un nuevo aporte metapsicológico diferenciable del espacio intrapsíquico de la tópica freudiana o de los espacios vinculares de las postulaciones intersubjetivas. Se trata de un concepto-noción original.

En la evolución, cuando se pierde el objeto transicional lo que sucede en realidad es que queda abierto un modo de funcionamiento, es un “haciendo” a-siendo que a su vez genera el espacio transicional. Del hacer del niño, de su gesto espontáneo surge el objeto transicional y se genera el espacio.

La transicionalidad asume variadas formas que observamos en la clínica a través de los diferentes usos del objeto transicional. Están presentes distintas modalidades sensoriales (tacto, olor, voz, sonidos, melodía acústica) que refieren al cuerpo. Con la pérdida del objeto y al instaurarse la transicionalidad surge el simbolismo. Ahora el hacer, el gesto, vuelve simbólico al objeto que luego la convención transforma en compartible.

### *La transicionalidad y la sesión analítica*

Nos hemos preguntado cómo opera en la mente del analista su disponibilidad teórica en el encuentro con su paciente en la sesión.

Analista y paciente viven una experiencia analítica que los involucra.

En su encuentro generan un espacio potencial, no totalmente externo ni por completo interno, espacio impregnado de sensorialidad, emoción e ilusión. Espacio en y desde el cual se generan transformaciones.

En este espacio potencial surge la interpretación. Ella se gesta con algo que viene del paciente (sueños, asociaciones, recuerdos) que convoca-evoca-invoca algo que habita en el analista de la relación analítica entre ambos y que se impregna de la disponibilidad teórica.

Esta disponibilidad no es un puro fenómeno del intelecto sino que atraviesa la totalidad del sujeto.

La interpretación surge allí, como un fenómeno de la transicionalidad vehiculizado en palabras.

Reencuentro en la experiencia desde el contacto con los procesos inconscientes-preconscientes de ambos de un lenguaje vivo que hace posible la producción creativa de sentidos.

La interpretación “presentada” –sorprendentemente– “descubierta”, “encontrada” por el paciente, testifica de la fertilidad de la paradoja Winnicotteana.

La paradoja nos plantea la posibilidad que todas las soluciones sean correctas o erróneas, generadoras de certidumbre o incertidumbre, de orden o de caos. Cada vez más esta tensión es creativa.

## **Resumen**

Se plantea una reflexión sobre el vínculo que mantenemos con las teorías en diferentes momentos de nuestra tarea.

Nos preguntamos como surgen las concepciones teóricas en nuestra mente y como nos aproximamos a un autor y su teorización.

Nos interrogamos sobre las maneras en que disponemos de la teoría en la sesión, que relaciones mantenemos con ellas y que hacemos de ellas.

El enfoque se apoya en ideas de Winnicott acerca de la relación y el uso del objeto.

Finalmente nos planteamos como pensar una metapsicología winnicotteana.

## **Summary**

This work is a reflection about the relationship with the theories, the patient and the analyst mind during the different moments of our labor.

The question is how theoretical conception arises in our minds, our approach to an author and his theories; as well as how theories are work out during the session, our relationship with them and the use we make of them.

This approach is based on Winnicott ideas about the use and relationship with the object.

Finally we ask ourselves how a Winnicottian metapsichology can be thought.

Descritores: EPISTEMOLOGÍA / METAPSICOLOGÍA /  
PSICOANALISTA / TEORÍA / OBJETO  
TRANSCIONAL / USO DEL OBJETO /  
CREATIVIDAD / PARADOJA

### **Bibliografía**

ANZIEU, D. (1989) Beckett y Bion. En Libro Anual de Psicoanálisis; Perú, 1989.

ANZIEU, D. (1992) Beckett: auto-analyse et créativité. Devenir Psychanalyste *Revue Française de Psychanalyse*, Número 2, 1992. París.

BERNARDI, R. (1989) El poder de las teorías. El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica. Revista Uruguay de Psicoanálisis N° 79-80, 1994, pp. 109-154. (nota previa 1994).

DAVIS, M. & WALLBRIDGE, D (1981) Límite y Espacio en Introducción a la Obra de D. W. Winnicott. Amorrortu editores. Pag. 73.

FREUD, S. (1907-1926). Correspondencia: S. Freud - K. Abraham, editorial Gedisa; España, 1979 (pág 251).

CEDO, J. y GOLDBERG, A. (1973) (Models of the mind. A Psychoanalytic Theory) Modelos de la mente, 1980. Amorrortu editores.

- Pág. 11. GREEN, A. (1978) La Realeza pertenece al niño. Edit. Trieb-Argentina (1978) Pág. 15.
- PONTALIS, J. B. (1975) Trouver, accueillir, reconnaître l'absent. En Prefacio de Jeu et Réalité. D:W: WINNICOTT Edit. Gallimard, 1975, France. VOLINSKI, P.; MEDICI, C.; ALTMANN, M.; LÓPEZ, C. y otros. (1986) El juego en Psicoanálisis de niños (compilación). Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. Volumen 1, 1986. Laboratorio de Psicoanálisis de Niños. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- WINNICOTT, Clare (1978) Donald Winnicott en persona. Edit. Trieb-Argentina (1978) WINNICOTT, D.W
- (1931-1956) (Collected Papers. Through pediatrics to Psycho-Analysis). Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Psiquiatría/Papel 451/Editorial Laia. Pág. 203
- (1965) The Maturation Process and the Facilitating Environment. El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional, (segunda edición diciembre de 1979) Distribuidora Lumen Psiquiatría/Papel 451/Editorial Laia.
- (1971) Playing and Reality (Realidad y Juego) Tavistock Publications, London.
- (1986) Home is where we start from. El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista. Paidós, Psicología Profunda, 1993.
- (1989) Psychoanalytic Explorations. Karnac Books, Londres. Exploraciones Psicoanalíticas. I. Compiladores: Clare Winnicott, Ray Shepherd y Madeleine Davis. Paidós, Psicología Profunda. Pág. 267.

# METAPSICOLOGÍA Y EL OBJETO Y LOS FENÓMENOS TRANSICIONALES<sup>1</sup>

*Dra. Myrta Casas de Pereda<sup>2</sup>*

El tema de estas Jornadas es, sin duda alguna, un desafío. Tomar un texto como la obra de D. Winnicott y realizar allí una lectura metapsicológica puede tener algo de desmesura. Sin embargo, los aportes de M. Bajtin, J. Kristeva, R. Barthes (por nombrar algunos), estimulan otras perspectivas donde todo enunciado se relaciona con enunciados anteriores, dando lugar a relaciones intertextuales o dialógicas. *“Todo texto se desarrolla sobre la frontera entre dos sujetos” (...)* *“e involucra un tercero potencial”* (M. Bajtin, 1982), como referencia simbólica imprescindible.

No se trataría, entonces, de realizar una exégesis, sino de un trabajo de interrogación y diálogo con y entre los autores.

Si nos permitimos estos diálogos entre conceptos, realizamos una lectura de bordes que conducen a nuevos cuestionamientos a la par que nos nutren con nuevos instrumentos conceptuales.

Hacer dialogar a dos autores, como S. Freud y D. Winnicott, nos convoca a un especial cuidado en la formulación de los conceptos; a su vez, nuestra propia lectura es ya otro texto. No hablo desde el Freud de 1915 sino, como sólo puede ocurrir, de mi decantación personal de la obra freudiana, atravesada por todos los aportes significativos que generaron cambios de perspectivas enriqueciendo el descubrimiento freudiano.

La sutil impronta de la obra winnicottiana, donde transitamos por una aparente simplicidad en sus líneas de pensamiento, entrecruzando paradojas

---

1 Conferencia en plenario presentada en el III Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de Winnicott, 2-4 de diciembre de 1994, Gramado, Brasil.

2 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Av. Gral. Rivera 2516. Montevideo (C.P.11300), Uruguay.

y desafíos teóricos, moviliza a un cambio de posicionamiento del lugar del analista.

Es probable que esta lectura metapsicológica encierre la ilusión de reunir a Winnicott con la teorización freudiana y sostener así de otro modo las improntas de su teoría. Aunque el cotejo y la confrontación se vuelven imprescindibles, el riesgo es siempre la reducción. Winnicott (1972b) ha utilizado este término de confrontación para pensar un momento crucial de la adolescencia. En dicho trabajo, muestra la adolescencia como un momento de resignificaciones edípicas en torno a una necesidad estructural que nombra como “*la muerte del padre*”. Tal vez, en todos los momentos que abordamos un cotejo, una lectura de bordes, no debemos olvidar que leemos de nuevo, que hacemos una lectura nueva y que eso siempre encierra una muerte.

Winnicott escribía y pensaba desde un lugar “diferente”, introducía una lectura nueva, que aportaba elementos esenciales al psicoanálisis con una cierta intención expresa de quedar así descentrado, descentrando lo que en ese momento constituía un corpus teórico en el psicoanálisis.

Desde una perspectiva general de la obra, Winnicott no se sustrae a los enigmas que han acuciado al hombre a lo largo de la historia de las ideas. Así, se hacen presente las paradojas del existir, del *siendo*, del devenir, la trama que forman el conocimiento, la ilusión, el saber y la verdad, o la creación (o la creatividad) que queda articulada y articulando la subjetividad. Peripencias del sujeto y del objeto, que en su pensamiento aparecen muchas veces como categorías *a priori*.

Podemos detectar y articular muchas de sus ideas entre ellas la del gesto y la acción en la filosofía, la lógica, la ética (M. L. Pelento, 1993) y especialmente en el desarrollo actual de la semiótica, (J. Kristeva, J.L. Austin, Ch. S. Peirce).

Las categorías de espacio y tiempo que mentan el ser y el siendo, reúnen el gerundio winnicottiano con la facticidad de una semiosis que nos conduce a repensar y redefinir la simbolización para el psicoanálisis. El acto y la acción en un siendo con otro, dando entonces cuenta de la subjetividad.

Tomaré sólo un aspecto parcial pero ineludible de su obra: el objeto y los fenómenos transicionales. Aporte mayor al psicoanálisis, en el cual me permitiré leer y sugerir articulaciones de pensamiento que autorizan un intento de ubicación metapsicológica.

Por otro lado Freud, hacia la mitad de su obra, plasma su proyecto de escribir unos “Elementos para una Metapsicología” o “Trabajos preliminares”, con la intención de “*esclarecer y dar profundidad a las hipótesis teóricas que puedan servir de fundamento a un sistema psicoanalítico*” (S. Freud, 1915).

Sólo cinco de los doce trabajos verán la luz de la publicación. En rigor, esta inquietud freudiana por elementos que puedan organizar una metapsicología estará presente a todo lo largo de su obra.

No me refiero sólo al “Proyecto...”, a la “Carta 52”, al Cap. VII de “La interpretación de los sueños”, o “Más allá del principio del placer” con la reformulación de la pulsión de muerte. Me refiero también a su preocupación nunca abandonada sobre las raigambres profundas de lo inconsciente a lo corporal, junto a la necesidad de una apoyatura simbólica que aparece en la necesidad de recurrir al mito.<sup>3</sup>

Cuerpo y símbolo, o pulsión y representación (*vorstellung*) por un lado, trama social y familiar (edípica) decantada en las instancias, y leyes universales que mentan la prohibición, componen tres áreas en permanente interrelación en el pensamiento freudiano que confluyen en la constitución

---

3 Creando mitos, como sucede en Tótem y Tabú, o recreándolos como sucede, por ejemplo, con el mito edípico.

de su aparato psíquico. Ficción que reúne los puntos de vista tópico, dinámico y económico, como piezas en permanente movimiento e interrelación, tratando de dar cuenta de la pulsión y sus destinos (represión, sublimación, transformación en lo contrario, vuelta sobre sí mismo) y el conflicto psíquico a ellas inherente.

El conflicto psíquico es la trama estructural en la que está inmersa la división radical del sujeto y la aparición de las instancias. Y, a su vez, implica el descentramiento del yo pues lo inconsciente habla a pesar y a través de él.

### **Fundamentación de la propuesta**

Parto de la idea de un espacio-tiempo de simbolización que implica la estructuración subjetiva en la perspectiva de la neurosis; el interjuego del deseo y las defensas que hablan del conflicto psíquico, de la radical división de las instancias. La simbolización aparece como un verdadero trabajo sobre lo real (la indefensión en la infancia) que es primordial y esencialmente un acontecer realizativo.

La perspectiva freudiana del conflicto psíquico es enriquecida por los aportes al psicoanálisis que subrayan la importancia del otro para la configuración psíquica. En Lacan, el otro y lo social son llevados a una dimensión y articulación teórica de elevado nivel de abstracción dejando legados indudables para el psicoanálisis como son los tres registros: imaginario, simbólico y real.

Este abandono de la oposición adentro-afuera para la organización psíquica, también está presente en Winnicott, quien despreocupado por los rigores conceptuales y teóricos, deja su obra como reto y desafío a articulaciones por venir.

La división de las instancias es un proceso estructural donde no hablaríamos de desarrollo del inconsciente, sino de la progresiva

articulación de las defensas frente al deseo inconsciente. Por ello entendemos que desde la indefensión, que marca al ser humano desde su llegada al mundo, a la disponibilidad yoica que implica la división Icc.-Precc.-Cc., no hay sino momentos más significativos que permiten objetivar dichas vicisitudes estructurales.

El objeto y los fenómenos transicionales permiten visualizar u objetivar tiempos de estructuración donde la simbolización psicoanalítica está *siendo*, aconteciendo.

Suelo hablar del espacio y fenómenos transicionales, como un espacio-tiempo que denomino “*metáfora viva*”. Esta idea surge de lo trabajado sobre el objeto transicional (M. Casas de Pereda, 1991; 1992). Proponía entonces que el objeto real, que da lugar al objeto simbólico, atraviesa un espacio-tiempo donde se re-presenta (el objeto real) como objeto perdiéndose (objeto perdido). Materialidad factual que habla de la necesidad de la experiencia de la pérdida para la representación de la ausencia (un corte de tiempo lógico suspendido y encarnado). El objeto perdido de entrada para Freud, necesita perderse cada vez para que esta simbolización inaugural de la pérdida tenga consistencia y se habilite la complejización de los procesos de simbolización (es éste un modo de referir también al ámbito de la castración simbólica).

La necesidad real del objeto o la necesidad de que el objeto sea real hace a un espacio—tiempo donde la facticidad duplica la realización de la inscripción psíquica. Es un tiempo de articulación de lo real, lo simbólico y lo imaginario, donde la fuerza de la imagen, la representación, la encarnadura de los afectos, hablan de un tiempo de simbolización escandido.

En una perspectiva metapsicológica, en este espacio-tiempo singular, debe darse el movimiento de estructuración psíquica donde convergen los

destinos de pulsión que Freud describiera en 1915: represión, sublimación, transformación en lo contrario, vuelta sobre sí mismo.

Planteo, entonces, que este interjuego entre el deseo y las defensas podemos reorganizarlo desde Freud agregando la desmentida; no como destino de pulsión, sino como defensa consustancial a la indefensión. Y es precisamente entre desmentida y represión, que la estructura edípica cobra consistencia, en la medida que disminuye la fuerza de la primera y la castración simbólica (represión) resignifica las pérdidas y ausencias trabajadas en dicha desmentida.

Desmentida y represión son, pues, las defensas predominantes. Propongo pensar que la transformación en lo contrario y la vuelta sobre sí mismo que Freud ubica como previas a la represión (secundaria) –destinos de pulsión propios de un ámbito dual– son consustanciales a la desmentida. Espacio-tiempo donde la relación dual de dependencia narcisista necesita ser desplegada y consistentemente jugada entre la madre y su bebé, entendiendo que en esta función materna está presente la función paterna.

El objeto transicional da cuenta de la necesidad estructural de la desmentida, puesto que su presencia (trapito, osito o chupete) dice de la fuerza simbólica de lo que representa en una facticidad (presencia) contundente y significativa. Esa presencia subraya la imposibilidad de vérselas con la ausencia.

La objetivación de este interjuego del deseo y las defensas se procesa en y a través del discurso, sólo que el discurso infantil, hecho de gestos, juegos y palabras, muestra la importancia del significante psicoanalítico en su doble faz verbal y gestual. Palabra y acto con valor significativo.

Se trata de una realidad psíquica que necesita desmentir los límites: la ausencia, la muerte o las diferencias. Es el ámbito de las creencias y la ilusión. Y allí, la función parental debe habilitar este espacio-tiempo imprescindible, donde transcurren hechos de estructuración. Es habilitar

que haya un permanente interjuego de presencia-ausencia, de ilusión-desilusión; habilitar la muerte en la estructura, es decir, sostener el proceso de simbolización.

Acto psíquico de estructuración subjetiva sostenido en objetos reales objeto transicional, relatos y cuentos (M. Casas de Pereda, 1994a) que hablan de la necesidad de una verdadera manipulación de objetos reales y fantasmáticos. Aquí el semejante, el otro, ofrece cuerpo y palabras, objetos y cuentos, por donde a su vez vehiculiza su deseo.

### **Posibles aproximaciones**

Pienso que en la obra de Winnicott hay numerosas ideas que entiendo forman ya parte de un bagaje psicoanalítico universal.

El gerundio winnicottiano debería formar parte de una supuesta “batería” de Conceptos Fundamentales (los *Grundbegriffe* freudianos). La lectura en inglés de los textos de Winnicott nos permite jerarquizar el *siendo*, *fantaseando*, *viviendo*, *soñando*, *experienciando*. Gerundios que hablan de un proceso en acto de realización ante otro, con otro que puede nombrarlo. Se trata de **un tiempo “sin tiempo”**, un presente fuerte que, enhebrando pasado, autoriza futuro. Es un acercamiento a un tiempo lógico más que cronológico, donde aparece casi naturalmente la posibilidad de la resignificación, pues si el presente no articulara sucesivos y permanentes movimientos de *a posteriori*, no habría historización posible, y ésta, a su vez, es siempre una construcción (el presente en la historia).

El gerundio reúne la continuidad con la permanencia y genera una ruptura temporal, al tiempo que autoriza un enlace entre pasado, presente y futuro. Reiteración una y otra vez de un cierto tiempo paradójal que concilia insistencia con permanencia. Lo no cumplido o no finalizado que evoca el gerundio, engendra un “fuera” del tiempo.

Winnicott utiliza con marcada preferencia el gerundio, pero también el infinitivo, como veremos en su formulación de la paradoja. En ambas formas gramaticales se da la sustantivación del verbo. El verbo nominaliza y se vuelve sustantivo. El hacer, lo propio del verbo, se reúne con el nombre, con el sustantivo, que también es el sujeto de la frase. Sujeto y acción configurando un instante de estructuración que Winnicott reúne en la gramaticalidad de su formulación.

En el aforismo bíblico retomado por Goethe y Freud, se pasa del verbo al acto y Winnicott lo restituye al verbo. La acción, el acto psíquico, el “crear” el objeto, subraya el acto en el verbo (en el tiempo verbal) y el significante adquiere lugar como marca psíquica.

Desde la lingüística y la semiótica (E. Benveniste, J. Kristeva) se ha subrayado la función infinitizante del infinitivo verbal, función que entiendo queda también representada en los participios y especialmente para nuestro tema, en el gerundio.

El signo con que se representa el infinito en matemáticas es una representación plana de la banda de Moebius. El tiempo vuelto infinito remite a una topologización espacial de indudable fuerza donde circulan el sujeto en la relación con el otro.

Si reunimos el gerundio, el infinitivo y el participio (de la paradoja), tenemos una acción realizando(se) a través de la cual adviene sentido. Frase, la de la paradoja, encarnada que hace marca y que prosigue su marcha, con un lado no aprehensible. Se acerca en el sentido de estructurador a lo que he señalado como la importancia del “*suspensio acentual*” en los juegos de “No está-Está” que juega la madre con su bebé (M. Casas de Pereda, 1993a). En ambas situaciones hay una suspensión del tiempo que anticipa sentidos en una escenificación espacial.<sup>4</sup>

---

4 Winnicott no propone enunciación alguna por parte del niño o de la madre, sino que propone frases para inteligir un acontecer psíquico entre ambos. Ahora bien, si lo que se propone es la captación de un suceso, su enunciación se da en términos significantes. De allí la necesidad de acudir a

Pienso que Winnicott (probablemente sin proponérselo) plantea al psicoanálisis el problema crucial de la inscripción y la producción del sujeto psíquico. Pero no sólo como momento de estructuración, sino también como realidad del trabajo en el psicoanálisis. Ubicar la transicionalidad en la transferencia implica también allí un gerundio en acto, una producción que no es sólo el levantamiento de lo reprimido. Plantea pues, indudables consecuencias en la praxis. Abre a la idea de que el espacio—tiempo de estructuración subjetiva se realiza en el entre dos con una función simbólica que lo habilita: “*madre medio ambiente*” o “*actitud profesional del analista*”, respectivamente. Con ello también da cuenta que es esencial la historización en acto, una re-realización, que contiene la idea de una resignificación.

Ante el aparente lineamiento genetista de las propuestas winnicottianas, debemos colocarle en paralelo lo que él mismo propone como estallido cronológico o estallido del espacio. Espacio y tiempo que ya no son más adentro y afuera, o antes y después, sino que aparece con Winnicott la idea de producción en el tránsito entre: el niño y la madre, el niño y el medio ambiente, entre el objeto subjetivo y el objetivo. El borde que Winnicott nos propone y que plantea como el de la creatividad y la cultura conviene observarlo más detenidamente, porque daría cuenta de la subjetividad, de la producción del sujeto psíquico en la relación con el otro.

En la paradoja, ¿de qué tiempo se trata? Cuando el sujeto crea un objeto en el momento que le es presentado, ¿no está abriendo a un sentido de espiral topológica en un espacio y un tiempo irreales?

La paradoja winnicottiana, a diferencia de las paradojas lógicas y de las paradojas gramaticales o sintácticas (N. Abbagnano, 1980), tienen un fin, un objetivo psicoanalítico. Es un intento de dar cuenta de algo que opera

---

significantes verbales que den cuenta del valor significativo del acto que entonces aparece en significantes no verbales. La inscripción psíquica, correlativa al suceso, es lo inexplicable que queda en la paradoja.

significativamente creando sujeto psíquico. Por este sesgo de signos en acto, la paradoja winnicottiana aparece como una presentación (*Darstellung*) que convoca un origen.

De algún modo se emparenta con el mito. Recurso del psicoanálisis cuando se enfrenta con lo real. P.-L. Assoun (1987), refiriéndose a “Tótem y Tabú”, señala que “*el mito informa a la historia*”. Es un recurso de verosimilitud (D. Gil, 1992) que, creando un sentido, da cuenta de un simbólico que lo atraviesa. Su función no es menor, no es la del desconocimiento, sino que, en tanto ficción, irreal, da cuenta de la dificultad inherente a la aprehensión de lo verdadero (como verdad inconsciente). Creo que de esto trata la paradoja.

En esta propuesta de Winnicott, surge la radical importancia de la función materna en el sentido de que haya otro (“el semejante” de Freud, 1895) que quiera o no presentar(se) (como) un objeto que el sujeto necesita tener. Esto implica, a su vez, una circularidad de movimiento porque allí se anuda, en un efecto de *a posteriori*, la posibilidad de que el sujeto quiera algo; emergencia del deseo que no coincide con la necesidad.

Tal vez el deseo sea el gran ausente en la teorización winnicottiana; sin embargo, podemos inferirlo en todos sus efectos. Crear un objeto cuando le es presentado, concierne precisamente a la emergencia del deseo y eso depende del otro.

“*Crear, idear, imaginar, producir, originar un objeto*” dice Winnicott (1972a, p.18) y si le agregamos “soñar”, nos resulta más nítido el motor omitido: el deseo.

“*El pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio (...) solamente un deseo puede impulsara trabajara nuestro aparato anímico*” (S. Freud, 1900; pp.557 y sig.)

El yo no es, entonces, causa del pensar, sino efecto de ese trabajo psíquico que se realiza a través del discurso; encuentro-desencuentro con el

otro, el semejante de la acción específica (S. Freud, 1895), la madre en su función simbólica: suficientemente buena.

El adverbio “*suficientemente*” hace presente el deseo materno con sus límites y sus alcances. Hay una incompletud allí aludida que remite a la castración simbólica en la madre, desde donde se ejerce su función (dar y frustrar).

Este trabajo de lo inconsciente es el inconsciente mismo, es la paradoja, lo que escapa a ser aprendido por un significado. Entiendo que éste es el sentido de lo que “no debe ser cuestionado” del decir de Winnicott. He insistido desde hace tiempo que lo más próximo en Winnicott a una formulación del inconsciente es, precisamente, la paradoja. (M. Casas de Pereda, 1990).<sup>5</sup>

La paradoja, entonces, junto al gerundio refieren a un tiempo del inconsciente, donde el sentido no está en el pasado ni en el presente, porque es sentido a realizarse.

Otro aspecto que deseo subrayar es que ese encuentro está apoyado en lo fáctico (importancia de la semiosis, significante psicoanalítico, discurso infantil). Se organiza una pérdida, la de lo real, puesto que algo se realiza en otro espacio: el psíquico, el de la representación, el de la marca inconsciente.

También quisiera llamar la atención sobre otro aspecto del gerundio. Creo que en ese haciendo, sin principio ni fin, se hace presente la repetición y la insistencia; ambas muestran que es de la pulsión de lo que se trata.

La pulsión insiste, persiste. Freud dirá que el niño elabora repitiendo en el juego (S. Freud, 1920) Y en la repetición, Freud hace presente una dimensión simbólica, puesto que la repetición articula la pulsión de muerte en tanto necesidad del corte para que haya vida. Dialéctica Eros y Tanatos

---

5 Existe una diferencia importante entre no cuestionar la paradoja (que podría ciar lugar a la creencia) y la posibilidad de pensar un lado no abarcable que constituye un espacio enigmático, que a su vez genera efectos.

que duplica el otro par dialéctico como el de presencia-ausencia. El corte que se produce entre ambos evidencia el trabajo de lo negativo, el No que articula el movimiento dialéctico (M. Casas de Pereda, 1992b).

Planteo, entonces, el gerundio y la paradoja como elementos esenciales de una teorización metapsicológica, que trataremos de ahondar un poco más leyendo el objeto y los fenómenos transicionales más de cerca. Comenzaré pensando sobre el espacio y el fenómeno transicional, para abordar luego el objeto transicional.

## **I. Espacio y fenómenos transicionales**

Tomemos las palabras de Winnicott en sus definiciones clásicas:

*“He presentado los términos ‘objeto transicional’ y ‘fenómenos transicionales’, para designar la zona intermedia de la experiencia, entre el pulgar y el osito de trapo, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetal, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya ha sido introyectado, entre la inconciencia primaria de la deuda y el reconocimiento de la deuda. (‘Di: ¡Tal!’)”*

*“... los balbuceos del pequeño... melodías... fenómenos transicionales... uso de los objetos que no son parte del cuerpo propio... aún no reconocidos como pertenecientes a la realidad externa.”*

*(D. Winnicott, 1972a, p.18)*

Su planteo de la transicionalidad hace entrar en escena nociones de sujeto y objeto que desbordan la propuesta freudiana. No coinciden con el autoerotismo, o con el yo placer, o el yo realidad. Podríamos aproximarlos a la constitución del yo en el “*nuevo acto psíquico*” de “Introducción al Narcisismo” (S. Freud, 1914).

Creo que podemos pensar que “*entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación objetar*”, se hace presente el movimiento de la pulsión, lo que de ella se satisface en el circuito de la misma: la zona erógena, la ida y vuelta (pulgar y erotismo oral), y lo que la pulsión enlaza en el objeto y que volviendo hace pérdida (aparición del osito y lo que denomina “*verdadera relación objetal*”).

Entiendo que la palabra “*verdadera*” señala en Winnicott un cierto tránsito de estructuración que va del objeto subjetivo al objeto objetivo. Pienso en el ámbito de la discriminación yoica, que implica relación con el objeto y no alienación en él.

Tal vez se desliza con el “verdadero” una aspiración totalizadora a abarcar “la verdad” del objeto o de la realidad. Creo que la verdadera relación objetal debemos plantearla como la imprescindible discriminación del objeto (que implica su pérdida) y la habilitación que esto introduce a la simbolización.

En Freud la constitución del yo, en el texto citado, nos muestra a éste tratado libidinalmente como un objeto. Entiendo que este surgimiento del yo se instala cada vez en la experiencia especular, pues no habría sujeto sin relación con el otro, el semejante, que le permite ser primero otro, afuera, en la imagen; y luego (sucesión mítica) discriminarse en estos movimientos de alienación-separación.

En esta misma línea es que Winnicott plantea que no hay ello sin yo. Pienso que es un modo de hacer presente que la constitución subjetiva, la división del sujeto y las instancias son correlativas. Pero también es indudable que la alienación constitutiva insiste y persiste en modalidades fácticas (lúdicas) del bebé, donde el osito, en el lugar del objeto, pone de manifiesto la necesidad estructural del sujeto funcionando en el objeto desde el comienzo (J. Lacan).

Así, esa zona intermedia de la experiencia no es sino el ámbito en que se juega la estructuración psíquica: un real-realidad que, al modo de una banda de Moebius, articula el yo con el otro (yo-no yo), volviendo interno lo externo y viceversa. Es la especularidad inicial a la que nace el ser humano, espejado en la mirada-deseo de la madre.

¿Espacio transicional no es más un espacio de tránsito, que de transición? El tránsito implica un suceso aconteciendo (*aconte-siendo*), y esto no es sino una acción psíquica, un acto de estructuración.

En la importancia radical de la imagen (propia o ajena) aparece la dimensión de lo social. Esto está presente a través de la fase del espejo en la constitución del yo que hace Lacan (1972). Allí, la imagen y el medio ambiente, la mirada del que sostiene al bebé en el espejo, comparten la importancia para la formación de la personalidad psíquica. La imagen *in*—forma, da forma al organismo y orienta su desarrollo. Hace posible el proceso de identificación con ella, verdadera constelación de imágenes que reflejan las estructuras sociales donde éstas emergen (J. Müller; W. Richardson, 1987). La imagen del semejante, entonces, es la matriz formadora del yo.

La imagen y lo social, presentes en Winnicott a través del espejo como mirada de la madre y del medio ambiente facilitador, reiteran el descubrimiento freudiano sobre la ruptura de unidad del sujeto (Cc.-Inc.) y subraya la alienación como marca a fuego de la indefensión.

El espacio transicional, como una banda de Moebius constituida entre el yo y el semejante de la acción específica freudiana. Banda, espacio de circulación del significante psicoanalítico (verbal y no verbal), realidad de un espacio-tiempo constitutivo del yo que, en múltiples imágenes de lo cotidiano, diagraman ese imaginario engrosado de los primeros años de la infancia. Sostenido en lo simbólico de la función materna y paterna, o

medio ambiente facilitador que remite a los lazos sociales inconscientes que circulan en el discurso familiar y generacional.

El espacio transicional habla con elocuencia del estallido adentro-afuera, del privilegio de un espacio tercero que reúne la paradoja y hace así presente al inconsciente.

*“El objeto debe ser encontrado para ser creado y creado para ser encontrado. (...) La paradoja debe ser aceptada, tolerada y no debe ser resuelta.”*<sup>1</sup> (D. Winnicott, 1979) Junto a esto, debemos ubicar la idea de Winnicott acerca de que no importa tanto el objeto utilizado sino la utilización del mismo.

Esta última formulación, la contingencia del objeto, evoca la noción de pulsión en Freud. De los cuatro elementos con que la caracteriza (empuje, fuente, objeto y fin), el acento recae en el carácter imprescindible del empuje. Creo que esto coincide con la importancia otorgada por Winnicott a la utilización del objeto, es decir, la fuerza, el movimiento que “lleva hacia”.

Crear el objeto que le es presentado es un acontecimiento psíquico que implica el sujeto, el objeto y el deseo. Hay allí dos sujetos: uno que crea el objeto, otro que lo presenta. La subjetividad en juego corresponde al primero (el niño creando el objeto). Creación que no es sino una representación que reúne el deseo del objeto con su realización psíquica, que no se trata de una alucinación, aunque podamos asimilarla en un primer instante mítico precisamente a la gratificación alucinatoria de la experiencia de satisfacción. Pero para que ello se realice, para que acontezca ese momento esencial de la representación (marca psíquica que habilita el pensamiento) se necesita que el otro haga presente su deseo (inconsciente) a través de los cuidados maternos adecuados. “Ni en exceso ni en defecto”, diría Winnicott.

Esa conjunción origina un instante de ilusión (creación paradójal). Hay allí un trabajo inconsciente que sólo podemos inferirlo por sus efectos: la ilusión. No es algo a resolver, tampoco a velar sino a develar.

La creación psíquica aquí involucrada habla de un proceso donde están en juego elementos de distinta naturaleza. La creación del objeto es diferente de la presentación del objeto; ambas refieren a otra cosa. La primera, la creación del objeto, alude a una marca psíquica que autoriza pensamiento y juicio y, por ello, abre a la cultura. La otra, hace presente al objeto pero no sólo en su materialidad. Si fuera así, no ocurriría ese singular momento de coincidencia. Allí importa no sólo el objeto de la necesidad sino cómo es presentado en el momento adecuado. Y esto remite al deseo inconsciente del otro, a su estructura psíquica, instituyendo ese medio ambiente facilitador.

He señalado antes (M. Casas de Pereda, 1993a) que *lo específico* de la “*acción específica*” radica en la cualidad del afecto materno, en su modo de querer al hijo, presente en la respuesta que es capaz de promover la acción específica. Lo específico no es el contenido de la respuesta, sino lo cualitativo en juego del deseo materno con que es aportada la respuesta.

Hay, pues, una marca psíquica por la presencia del deseo del otro, encarnado en brazos, pecho u objetos de cuidado y amor. Entre cuerpo y símbolo, dos lados heteromorfos que hacen a la paradoja, acontece la historia; tal vez, la mítica continuidad de existencia del psique—soma que conduce al self.

La creación del objeto en el instante en que le es presentado, sería la descripción de un acontecimiento psíquico que desemboca en la creación del fantasma. No se trata de un encuentro real entre el objeto ubicado como cuerpo biológico, pecho o los brazos de la madre y la boca o la piel del bebé; no es un encuentro estético de dos realidades fácticas, sino que el encuentro al que Winnicott apunta es que al deseo de presencia de la madre

(pecho) por parte del niño se corresponda con el deseo de estar presente por parte de la madre (“de amamantarlo”).

Winnicott planteaba que resolver la paradoja era pagar el alto precio de que perdiera su valor. Tal vez su valor estriba, precisamente, en esos tiempos verbales en los que inferimos un sujeto dividiéndose, algo que le acontece sin saberlo. El infinitivo y el participio (“crear” y “presentado”) hablan de un tiempo especial que evoca la espiral del *a posteriori*.

R. Rousillon (citado por A. Clancier y J. Kalmanovich, 1984) mostró que el problema de las paradojas lógicas de B. Russell pasa porque “*la solución*” tiene que ver con “*apuntar a la confusión de dos campos diferentes*” (p.151)

Coincido con A. Clancier y J. Kalmanovich en que Winnicott intenta comunicar dos realidades psíquicas; por ello pienso que la banda de Moebius es una forma topológica de referir la paradoja. Al mismo tiempo, en ambas propuestas, cuenta el mismo hecho psicoanalítico: el sujeto funcionando en el objeto. Esto implica la unión, el transitivismo, el movimiento de ida, de la dialéctica alienación-separación y supone o anticipa la separación, la discriminación y, por ende, el trabajo de la identificación.

El movimiento de ida habla de la alienación especular y narcisista de ser en el otro, con todos sus atributos. Este movimiento de ida y vuelta abre el campo que podemos ubicar como función de la idealidad. Este campo comprende el tránsito yo ideal-ideal del yo; a su vez, esto hace presente los otros pares conocidos de ilusión-desilusión, de idealización-desidealización, donde articulan los mecanismos defensivos que juegan también en una relación dialéctica e inversa, como veremos más adelante.

Entiendo que crear el pecho que se le presenta también es un modo de pensar la mencionada dialéctica alienación-separación. Se es con el pecho, como un momento mítico de fusión, del cual es imprescindible salir para

ser otro que el objeto. Esto se resignifica como ilusión de unidad. Winnicott, escribiendo a Marión Milner (1965), dice: *“la separación como causa de la primera idea de unión; antes no hay idea de unión, hay sólo unión”*. Por ello la ilusión que surge en el espacio transicional es ya un efecto de resignificación.

Para pensar, para que surja la idea, se necesita la separación, como corte mínimo que genere el deseo. Recién entonces puede ocurrir como acontecimiento psíquico, la identificación, “las ganas” de ser como el otro. Esta implica el reconocimiento de que se es otro. Tal vez son momentos lógicos, ficción, que hablan de alienación-separación, objeto subjetivo-objeto objetivo, contextos del yo-no yo donde precisamente para que haya yo tiene que haber un no yo; la negatividad “creadora”, trabajo de lo negativo, sin el cual no hay separación posible (M. Casas de Pereda, 1992a).

Mientras que el sujeto funciona en el objeto (alienación), no está totalmente confundido con él sino que funciona en él y toma todas sus prerrogativas. Es la omnipotencia del otro que queda en el sujeto como yo ideal, es el ámbito del narcisismo primario de Freud, es la alienación de lo especular de donde tendrá que volver discriminándose. Idas y vueltas insistentes, repetitivas, de esta relación imaginaria apoyada en la función simbólica materna y en lo real del encuentro.

Encuentro de deseos que permiten entonces la emergencia de un significativo. Esta será la huella o la marca que se podrá evocar al instante siguiente, repeticiones que hacen presente la pulsión, insistencia de la misma, dando cuenta de la satisfacción alucinatoria que sería la emergencia del fantasma.

El fantasma, la capacidad de fantasear, que redundando en la capacidad de pensar, habla de un saludable movimiento de estructuración psíquica que requiere del deseo del otro.

Se trata de un acto psíquico que, para que implique la representación y la disponibilidad fantasmática, necesita del deseo del que lo asiste. El deseo no es de la leche materna (su apoyatura), sino del deseo de la madre de alimentarlo.

En esta circulación, decía, acontece algo radical que autoriza que se lo aísle, llamándolo experiencia o fenómeno transicional. Lo radical allí acontecido-aconteciendo es la pérdida que genera la emergencia del deseo. Que con la necesidad biológica se articule la demanda y surja así el deseo. Hay un intercambio simbólico que acontece en la sustitución de sentidos que van desde la expresión de una necesidad a que ésta se vuelva un pedido y que esto importe como llamado al otro. Testimonio de la imposibilidad de coaptación entre lo buscado y lo encontrado; impronta específica del ser humano. El ser humano, su ser en el mundo no coapta jamás con el inconsciente que lo determina.

Desde el momento en que Winnicott refiere el espacio transicional a la creatividad, está haciendo presente la función esencialmente simbólica de la negación. Apertura a la sustitución que autoriza el juego metafórico y que abarca o implica un interjuego de reconocimientos y discriminaciones, de identificaciones y desidentificaciones. Sustituciones que están en la base de todos los mecanismos defensivos/La sustitución implica el No, que hace presente tanto la prohibición (“No debo”) como la pérdida (“No está”). (M. Casas de Pereda, 1994b)

Hagamos una breve relectura del texto freudiano sobre la acción específica para ponerlo en paralelo con lo anterior.

*“La naturaleza psíquica del desear”*, dice Freud (1900, p.557 y sigs.), es necesario pensarla *“con el auxilio del aparato psíquico”*. *“El apremio de la vida (que contradice el principio de constancia y por ende descarga, al punto de 0 de estímulo) perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior”*. *“El apremio de la vida lo*

*asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales” y buscará la forma de llamar al otro mediante esto que denomina “alteración interna” o “expresión emocional.*

*“El niño hambriento llorará o pateará inerme.” A su vez “la necesidad interna... no golpea de manera momentánea, sino a una fuerza que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando por algún camino (en el caso del niño por el cuidado ajeno) se hace la experiencia por la vivencia de satisfacción, que cancela el estímulo interno.” Y prosigue: “Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo), cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad.”*

*La siguiente excitación de necesidad, “merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez —reproducir— la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera”.*

Pero Freud también nos señala de lo ininterrumpido de la fuerza de la pulsión, que apoyada en la necesidad, pulsa e insiste. No puede haber satisfacción de ella, puesto que ya es otra cosa que la necesidad biológica. Estamos ya en otro registro y la “insatisfacción” comanda el aparato; no es insatisfacción de la necesidad, sino del deseo.

En la frase que sigue a continuación de la citada, agrega que *“una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo”.*

Transitará, entonces, reflexiones en torno a la identidad de percepción y la identidad de pensamiento, que no es sino el *“rodeo por el cumplimiento de deseo”.*

Y poco más adelante (1900, pp.587-90) Freud propone: “... *la excitación percibida como displacer, pone en actividad el aparato...*” “*a una corriente así producida en el aparato que arranca del displacer y apunta al placer la llamamos deseo... sólo un deseo y ninguna otra cosa es capaz de poner en movimiento el aparato psíquico*”. (...) “*El primer desear pudo haber consistido en investir, alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción.*” Pero esto no alcanza y se produce el llamado al otro.

Aquí Freud introduce el principio de realidad: “*por un rodeo (...) por vía de la motilidad voluntaria, modificará el mundo exterior de modo tal que pudiera sobrevenir la percepción real del objeto de satisfacción*” (1900, pag.588).

También *analiza* aquí lo que llama la contrapartida de la “*vivencia primaria de satisfacción: la vivencia de terror frente a algo exterior*”, que conducen a la retracción, al silencio del aparato para evitar el dolor. “*Se sustrae de la percepción y al mismo tiempo del dolor.*”

Por otra parte, en estos vaivenes del displacer, Freud hace aparecer al otro mecanismo defensivo esencial del sujeto dividido—dividiéndose. “*El extrañamiento respecto del recuerdo, que no hace sino repetir (Wiederholung) el primitivo intento de huida... extrañamiento que realiza fácilmente y de manera regular... nos proporciona el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica (esfuerzo de desalojo psíquico).*” (Destacados míos)

Y luego incluye nuevamente: “*El pensar como un todo no es más que un rodeo desde el recuerdo de satisfacción, que se toma desde representación-meta, hasta la investidura idéntica de ese mismo recuerdo, que debe ser alcanzada de nuevo por la vía de las experiencias motrices.*”

En este breve recorte paradigmático de funcionamiento psíquico, surgen elementos metapsicológicos para pensar las ideas winnicottianas del espacio y los fenómenos transicionales.

La represión es introducida como un mecanismo esencial que determina la aparición del pensamiento y el juicio. Pero pienso que también allí leemos acerca de la existencia de la desmentida. El bebé no tolera la ausencia de respuesta a su llamado y surge entonces el sustraerse de la percepción: de la ausencia del otro y al mismo tiempo del dolor. Este es el que, apareciendo en forma tolerable, pone en evidencia la vivencia de frustración.

Desmentida de la ausencia del otro, de su no respuesta que genera la alucinación, el fantasma. La desmentida es un mecanismo normal, una disponibilidad (funciones simbólicas en ciernes) para hacer frente al desamparo; la ausencia absoluta del otro sería la muerte física y psíquica. La progresiva tolerancia a la frustración no es más que el efecto del procesamiento simbólico de presencia-ausencia, que se juega también en la facticidad de la relación madre-bebé.

La resignificación de la ausencia de la madre como ausencia del falo materno, descrita por Freud como la más importante de las teorías sexuales infantiles, constituye para el psicoanálisis el pivote para pensar la estructura edípica que da cuenta de la neurosis o de la patología psicótica o perversa. En “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud (1926) da cuenta de un periplo de pérdidas (oral, anal, fálica y del deseo del otro) que conducen a la castración y que están a su vez resignificadas por ella.

Cuando Winnicott describe el espacio transicional “*entre la inconciencia primaria de la deuda y su reconocimiento*”, creo que está dando cuenta del ahondamiento de la discriminación entre las instancias: el yo del reconocimiento en realidad va a ser también esencialmente un yo de desconocimiento, en el sentido de que la represión va ahondando la división en el registro de lo saludable.

La deuda hace presente al otro y su deseo. Deberle algo a ese otro que nos constituye, hace presente todo el ámbito pulsional, la trama del deseo,

del amor y del odio, la ambivalencia en apretada trama con la sexualidad. Es una deuda por la existencia en la estructura edípica.

Desde la *“experiencia de satisfacción”* surge la presencia de esa forma de negatividad que no tiene la consistencia del No de la prohibición (en el sentido del complejo edípico), pero lo anticipa (estructura) bajo forma de No al dolor y No a la frustración que determina la sustitución, es decir, el mecanismo de la represión.

La desmentida a su vez habilita al mismo tiempo la validez y la necesidad del espacio de la ilusión. En el juego de presencia—ausencia, donde se “ejercita” la desmentida, también se “entrena” en el aumento de consistencia del No de la discriminación (M. Casas de Pereda, 1992b).

Winnicott reclama *“la existencia de un estado intermedio entre la incapacidad y la capacidad creciente para reconocer y aceptarla realidad (...) “estoy estudiando la sustancia de la ilusión que le es permitida al pequeño y que en la vida adulta es inherente al arte y la religión”* (destacado del autor). (D. Winnicott, 1979)

Así, Winnicott está hablándonos de la desmentida, de la necesidad de aceptarla y “permitírsela” al pequeño, que es un modo de aludir a la tolerancia en la función materna y paterna frente a este mecanismo inherente a la estructuración psíquica del niño.

Tal vez la zona intermedia de experiencia no sea una zona de descanso que *“no debe ser disputada”*, sino una zona de arduo trabajo psíquico. Ilusión y desilusión no deben ser tomadas por separado, sino como par dialéctico donde precisamente en esa ida y vuelta cuenta lo que se inscribe, que implica pérdida y lo que se gana, el fantasma.

Como señalé antes, crear el objeto es entonces un paso psíquico de indudables consecuencias que implica la representación, la marca psíquica, su evocación y sustitución; es decir, la creación del fantasma y, por ende, el

encadenado de representaciones. Alucinar el pecho es fantasear un pecho y es crearlo. Freud diría “fantasear” un pecho; Winnicott diría “crear”.

Para Freud implica discernimiento y juicio y, por ende, división del sujeto: represión primaria y la aparición de las instancias. “*Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir.*” (S. Freud, 1895) Inconsciente y yo que adquirirán consistencia a través del *a posteriori*.

En Winnicott la creación subraya la presencia real del objeto y en Freud, la ausencia del objeto (para crearlo) y, por tanto, la aparición del deseo en la creación fantasmática. Se trata de la insistencia en la pérdida de un lado cosa (*ding*) para que haya representación. No son dos conceptos opuestos, sino dos realidades diferentes y, al mismo tiempo, dos aspectos ineludibles del acontecimiento psíquico.

La ilusión, verdadero interjuego de desmentida y represión, es un modo de hacer entrar muy tempranamente en la estructura la función del ideal, como señalé antes. La idealidad, que de entrada aparece a través del deseo de los padres (“*his majesty the baby*”) da cuenta de la estructura narcisista de la creación del yo. Y la tríada yo-ideal-yo, resume bien la importancia del interjuego entre yo ideal e ideal del yo que configuran la identidad del sujeto.

También la instancia de la idealidad hace a la sublimación y los ideales, y por ende, a la cultura y la creatividad.

Por esto entiendo que están muy próximas la preocupación freudiana y winnicottiana en torno a la articulación de estos inicios míticos del aparato psíquico con la sublimación y la cultura.<sup>6</sup>

De la salida de la desmentida, a su vez, depende la eficacia de la represión.

---

6 Freud (1895), en el Proyecto..., en el contexto de la acción específica que implica la representación psíquica, señalaba que la vivencia de satisfacción, “que sobreviene bajo auxilio ajeno, genera una función secundaria, importante en extremo, del entendimiento o comunicación y así, el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (p.363).

Cuando la represión acontece con una desmentida fuerte, no disminuida, da lugar a una estructura edípica fallante (lo retomaré más adelante).

En este sentido de la disminución de la desmentida importa todo lo que Winnicott señala en torno a la desilusión y la frustración. Así, *“la principal tarea de la madre (después de la de aportar una oportunidad para la ilusión) es la desilusión”* (1979, p.327).

Creo que desde el primer momento el niño experimenta frustraciones. Conuerdo con Winnicott en que tal vez no es concebible un tiempo absoluto de ser en el objeto: *“Ciertamente cabe manifestar que la adaptación a la necesidad jamás es completa, ni siquiera al principio, cuando la madre está biológicamente orientada a esta función tan especializada.”* (1979, p.308)

Por ello entiendo que el mito de la continuidad debe ser reformulado en el sentido de que lo que se continúa, lo que no cesa, es el juego de escansión de presencia-ausencia. Visible en lo oral, donde a la mamada sucede el descanso; similar en lo escópico, o aún en lo auditivo, silencio y sonido; o en lo cenestético, donde se hace evidente la presencia sobre el fondo de ausencia, registro de la diferencia. (M. Casas de Pereda, 1993a)

Winnicott abunda en este aspecto, señalando que *“la adaptación incompleta a la necesidad hace que los objetos sean reales (...) la adaptación exacta se parece a la magia y el objeto que se comporta a la perfección no es mucho más que una alucinación”* (...) *“la ‘madre’ lo bastante buena (que no tiene por qué ser la del niño) es la que lleva a cabo la adaptación activa a la necesidad de éste y la disminuye poco a poco según la creciente capacidad del niño (...) para tolerar los resultados de la frustración”*. (1972a, p.28)

Winnicott concluye, entonces, que *“un niño no tiene la menor posibilidad de pasar del principio del placer al de realidad, o de la*

*identificación primaria y más allá de ella, sino existe una madre lo bastante buena”* (1972a, p.27)

Se desprende con claridad de sus textos que “madre” en realidad es un concepto que incluye su función; ésta es un trabajo de lo negativo que, habilitando desilusión y frustración, permite un deseable y saludable proceso de estructuración, donde la castración está implicada.

Winnicott abarca toda la serie de frustraciones bajo el nombre de “*destete*” (1979, p.327) y subraya su importancia para la normalidad psíquica.

Precisamente, la frustración señala este trabajo de lo negativo que conduce a la castración y que organiza el No de la prohibición.

Creo que en este tema es necesario y útil separar el concepto desilusión del concepto frustración. Pienso que el primero corresponde a la disminución de la desmentida y el segundo al ámbito de la represión. Pérdida y prohibición son los resortes de sentido en juego en cada uno de ellos que hablan de la desmentida y la represión, respectivamente.

En este ejercicio de trabajo psíquico entre la ilusión y la desilusión (que se reúne con la frustración) surge la posibilidad de la elaboración del duelo. Esto implica el aflojamiento de investiduras y la disponibilidad para nuevos investimentos. Duelos de las creencias que suelen dar no poco trabajo al niño; las creencias infantiles son solidarias a la idea de ilusión y también a las teorías sexuales infantiles. Estas últimas son todas efecto de la desmentida de la castración.

Tanto las creencias como la ilusión responden a mociones desiderativas, “cumplimientos” de deseos: “*el secreto de su fuerza (de la ilusión), es la fuerza de los deseos.*” (S. Freud, 1927)

Pienso que el duelo es un concepto ineludible para abarcar la estructuración psíquica, puesto que la infancia es, precisamente, un tiempo

jalonado de adquisiciones y pérdidas (sustituciones de objetos y de zonas libidinales).

No vamos a entrar a caracterizar todos los elementos que están implicados en el trabajo elaborativo del duelo, pero sí dejarlo consignado como un elemento importante de simbolización.

No olvidemos que de los cinco textos conservados de Metapsicología, el quinto es, precisamente, “Duelo y Melancolía” (S. Freud, 1915). Allí el duelo es parte indispensable de los procesos de identificación.

## **II. El objeto transicional**

El objeto transicional condensa todo lo ya señalado en torno a la función de la transicionalidad. De todos modos, deseo subrayar algunos elementos más que le son propios.

El objeto transicional, objeto peculiar, singular, tiene la virtud de hacer presente al modo fáctico, encarnado, concreto, un hecho abstracto, irreal, al tiempo que real (fantasía y cuerpo que hablan de trabajo psíquico). Habla de ese camino entre el sujeto y el objeto que al realizarse, experienciarse, deja huellas y hace marcas.

En él podemos atisbar este proceso de estructuración porque aparece con esa singular contundencia de una creación psíquica que se materializa por un tiempo cumpliendo con una función esencial, nada menos que la de aliviar la angustia.

Verdadero tiempo semiótico no verbal en el proceso de simbolización. Hay allí haceres y decires que conjugan verbos, proponen predicados y diagraman adjetivos, desdoblamiento, anudamiento del lenguaje en actos, gestos y palabras, articuladas en un objeto “sin sentido”. En los manipuleos con el objeto, podemos leer los elementos de la función fáctica del lenguaje que describe R. Jakobson (1985).

Propuse hace unos años, un *hiatus* de espacio y tiempo entre el símbolo y lo simbolizado que se juega en el objeto transicional. El símbolo queda por un tiempo en una representación icónica o indicial (Ch. Peirce) que presentifica lo que representa. Camino de simbolización, porque aún no es simbolizado; si lo fuera no sería adherido a su representación (trapito, osito). Es símbolo en acto, no es símbolo pleno o logrado en su mayor abstracción como lo es la palabra.

Las palabras y los sonidos pueden ser también para Winnicott un objeto transicional; es que el bebé parlotea y juega con palabras y sonidos que son de otro, ese semejante primordial cuya presencia se recrea en los sonidos.

Los murmullos calman la angustia porque en tanto son proferidos, lo que cuenta es que son oídos. Quedan, pues, ubicados en el mismo lugar de una desmentida de la ausencia como todo objeto transicional, jugada en la ilusión de ser el otro que me calma.

El objeto transicional hace presente la metonimia y la metáfora con cualidades diversas. Tiene siempre una relación metonímica con la madre, sus cuidados o sus dones. Del pecho al chupete, del roce tierno del encuentro amoroso con la madre a la frazadita, del don de amor materno concretado con los objetos que le da para jugar.

Estando en relación metonímica es, al mismo tiempo, una desmentida de su ausencia, en tanto es en parte metáfora de su presencia. Desmentida de la ausencia que no produce una escisión sino que la división que está en juego es la reiteración-resignificación de la división consciente-inconsciente (conocimiento-desconocimiento, saber-no saber).

Metonimia de la madre y, al mismo tiempo, de sí mismo, porque es lo que él sintió como placer, como calma, en el encuentro con el gesto de ella. Placer de la reunión, calma de la separación. Cuando el objeto transicional se vuelve patológico, hay goce en la unión y no hay calma porque no hay separación; hay sólo unificación y eso es la muerte (del sujeto de deseo).

El objeto transicional tiene, pues, mucho de metonimia (continuidad con la madre), pero también es metáfora del amor de la madre como calor en la frazadita o como disponibilidad lúdica del encuentro amoroso en el osito. Y este lado metafórico conlleva el reconocimiento de cierta pérdida, pues es capaz de calmar la angustia y sacar del displacer. Es ya la función simbólica anticipatoria de la madre, presente en el objeto.

Ver un objeto transicional más allá del tiempo necesario, ver un niño grande con chupete o con la frazadita a cuestas, genera siempre un cierto desconcierto o malestar que corresponde a “ver” esa negatividad o lo real, ver algo que no debería verse. Hay algo de ese real que no se deja perder. Y en la misma esencia de ser una nada desechable, trapito gastado, donde su fin es perderse, recrea el sentido de lo imprescindible de la pérdida para la simbolización. Por ello entiendo que el objeto transicional no “*antedata la instancia de la realidad*” (D. Winnicott, 1972a), sino que es un modo de aprehenderla.

El objeto transicional, entonces, sería como lo señala Lacan (1972, p.325), esa “*elevación del signo a la función del significante*”, donde se hace patente el “*desprecio por la verosimilitud*”, ya que puede disfrutar del chupete sin que sea el seno.

Verdaderas metonimias y metáforas en curso que hablan de sustituciones efectivas.

Winnicott mismo señala que “*el objeto transicional puede representar el pecho exterior, pero lo hace indirectamente al representar un pecho interior*” (1979, p.323)

Si el objeto transicional “*puede representar las heces*”, “*puede convertirse en fetiche*”, “*un pecho exterior o un pecho interior*”, es porque el aparato psíquico dispone de la sustitución; desplazamiento y condensación (metonimia y metáfora) que abarcamos como simbolización.

Winnicott insiste en que el objeto transicional es “*la primera posesión no yo*”.

Para que haya “primera posesión no yo”, debe haber un No consistente (M. Casas de Pereda, 1992b), una separación que hace surgir la posesión. Es el tener para ser que está implícito en la propuesta freudiana de su texto “La negación” (S. Freud, 1927), donde propone en la experiencia de afirmación-expulsión, el juicio de atribución precediendo al juicio de existencia.

El tener precede al ser (separado del objeto). El juego de presencia-ausencia, la ida hacia el otro y su reflexivo, alienación-separación, trabajo de simbolización, implican esta perspectiva produciéndose. La posesión conduce a la existencia, dejando de ser con el otro. Del objeto subjetivo al objeto objetivo, pero adjuntando entonces el efecto del deseo; motor sin el que nada cabría esperar.

La pulsión y su insistencia cada vez y todo el tiempo en movimientos de ida y vuelta.

Renata Gaddini diferencia el objeto precursor del objeto transicional, pero habla también de la renegación de la separación, que Winnicott menciona al hablar del cordel. Precursor o transicional, son vicisitudes de la alienación y de la separación y por lo tanto diseñan sentidos variables de la desmentida.

Entre el yo ideal y el ideal del yo transcurre un espacio-tiempo donde la desmentida da cuenta de la indefensión y se puebla de actos con valor significativo.

El hecho de que la madre respete el objeto transicional no es sino un modo de tolerar la presencia de la desmentida, su necesidad estructural, del mismo modo que tolera la ilusión y la sostiene.

Las creencias infantiles que Freud reubica para la perspectiva metapsicológica, transformándolas en teorías sexuales infantiles, son de la

misma estofa que el objeto transicional: testimonios de un espacio-tiempo de estructuración psíquica donde la desmentida en interjuego con la represión (primaria, secundaria) da cuenta de la subjetividad y la separación de las instancias. Las teorías sexuales infantiles son creencias, fantasías, reunidas bajo la égida de la desmentida de la castración materna.

Antes mencioné la relación inversa entre desmentida y represión. Con ello deseo subrayar el hecho estructural de que la represión, en el sentido de lo saludable, se da en un ámbito donde la desmentida va perdiendo fuerza. Cuando la desmentida conserva su impronta inicial, los procesos represivos son endebles o patogénicos.

No se pierde el fantasma de la madre fálica, la diferencia de los sexos queda en defecto, la trama edípica se vuelve endeble y, en este contexto, la represión no *organiza* las resignaciones de objeto inherentes al sepultamiento saludable de las mociones edípicas positivas y negativas.

La desmentida disminuye y, al mismo paso, el objeto transicional se pierde.

También Winnicott vincula el objeto transicional y el fetiche. Para establecer la diferencia de opinión con Wulff, concede sin embargo que *“hay que dar cabida para la ilusión de un falo materno; es decir, una idea que es universal y no patológica”*. Aquí, el término ilusión está en lugar de la palabra fantasía con que Freud caracterizó su *“primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles”*.<sup>7</sup>

Si bien Winnicott está intentando diferenciar el objeto transicional del fetiche, también señala que *“podemos considerar el objeto transicional como falo materno en potencia, el cual, empero, al principio era un pecho”* (1979, p.329)

---

7 S. Freud: Tres ensayos de teoría sexual (1905). T. VII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

Es indudable la aproximación significativa entre estos dos fenómenos que me permiten subrayar el tránsito de la desmentida de la ausencia (del otro) a la desmentida de la castración (ausencia del pene en la madre). El concepto simbólico de la castración está presente en ambas.

En este sentido, Winnicott subraya *“que el objeto transicional y los fenómenos transicionales en general pueden arrojar luz sobre el objeto fetiche y el fetichismo”*. Y en estos trabajos prefiere conservar la palabra fetiche del lado de la desmentida: *“delusión de un falo materno”*. (1979, p.329)

Resume estas propuestas señalando que *“puede describirse el fetichismo en términos de la persistencia de un objeto específico o de un tipo de objeto que data de la experiencia infantil dentro del campo transicional enlazada con la delusión de un falo materno”* (1979, p.330).

Insisto en la importancia de esta relación directa establecida por Winnicott entre ambas vicisitudes de la ausencia.

Es el objeto transicional que, en función de la patología existencial del niño, se puede transformar en fetiche. La renegación de la ausencia se coagula en el objeto fetiche y se acompaña de otras consecuencias psíquicas como la escisión del yo (Freud).

### **A modo de epílogo**

Uno de los problemas que enfrenta el psicoanálisis es la ontologización de los conceptos para volver aprehensibles, pensables, inteligibles, fenómenos cuya naturaleza se nos escapa. Un extremo no demasiado lejano es ubicar al inconsciente como un personaje dentro de nosotros mismos; es decir, pensar el objeto interno como una entidad o hablar del objeto (externo), confundiéndolo con la persona exterior del otro.

Se trata en realidad de representaciones inconscientes; por eso entiendo que los conceptos winnicottianos sobre las condiciones psíquicas

necesarias que autorizan el uso de un objeto transicional, son un modo de representar vicisitudes de la relación con el otro que hacen marcas y huellas para el trabajo psíquico. Trama de representaciones donde el deseo y la defensa organizan sustituciones y diagraman una buena discriminación de las instancias.

Freud, en su rigor metapsicológico, muestra la necesidad de un modelo teórico sosteniendo la praxis. De allí que la llamara su “bruja” o insistiera en lo que allí había de ficción. Es un modo de hacer presente un empeinado esfuerzo por llevar al aparato psíquico la impronta de la castración.

El ombligo del sueño, el inconsciente sistemático, la realidad histórico-vivencial que no puede ser evocada más que por retoños o construcciones, la neurosis misma como la realidad del conflicto psíquico constituyendo al hombre, son algunos de los elementos de su teoría que dan cuenta de esta insistencia. El mismo concepto de pulsión, “*límite entre lo somático y lo psíquico*”<sup>8</sup> alude a la imposible coaptación entre cuerpo y símbolo.

Winnicott tal vez restituye con la idea de ilusión algo que Freud mantenía en entredicho; el espacio de la ilusión se abre a la creatividad y la cultura pero aparece como cierta sustracción a la castración.

Por otro lado, he trabajado el gerundio y la paradoja como conceptos fecundos para una metapsicología winnicottiana. También he agregado una metáfora topológica, la banda de Moebius, para pensar el espacio transicional y la radical importancia del otro en la constitución de la subjetividad.

La creación es, a mi entender, una propuesta muy significativa para el psicoanálisis, pues implica el pensamiento, la fantasía y toda la producción del sujeto en el mundo. A su vez, la creatividad, raíz, raigambre del espacio

---

8 S. Freud: De la historia de una neurosis infantil (1914). T. XVII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

transicional, habla de la producción del sujeto psíquico, creación de la representación.

Y en la situación analítica, se crea, se produce una nueva realidad: la transferencial. En ella se re-crea, se re-produce, resignificándose sujeto y objeto, una trama nueva o diferente.

Esto atañe a un espacio y tiempo peculiares que Winnicott ha insistido en particularizar; tiempo del gerundio, tiempo que insiste en un siendo, que aloja en un espacio de creación y paradoja.

El tiempo humano que nos propone Winnicott, forma parte de “*un universo –como dice I. Prigogine (1991)– en el que el tiempo no es ni ilusión ni disipación, sino creación*”.

## **Resumen**

Se propone un diálogo entre Freud y Winnicott sostenido en la fecundidad de las relaciones intertextuales o dialógicas, procurando cotejos y confrontaciones para evitar reducciones. Surge la posibilidad de redefinir la simbolización para el psicoanálisis: el acto y la acción en un “siendo” con el otro, duplicando el interjuego del deseo y las defensas (conflicto psíquico) en un trabajo sobre lo real (la indefensión en la infancia); lado real-izativo de la subjetivación.

Se recurre a la conceptualización de Ch. S. Peirce sobre la simbolización para sostener la propuesta; surge así la importancia de momentos icónicos e indiciales en el proceso de estructuración psíquica.

Se analiza el gerundio winnicottiano y se lo propone como un concepto fundamental al modo de los *Grundbegriffe* freudianos. En él se pone de manifiesto el lado real-izativo de la simbolización mencionado.

También la paradoja se acerca en el mismo sentido y se analizan sus implicancias temporales que junto con el gerundio hablan de un sentido a

realizarse. La paradoja muestra con eficacia la dificultad de aprehender lo verdadero, lo cual la acerca al inconsciente freudiano.

Se subraya la importancia de lo fáctico que permite ampliar la idea de significativo psicoanalítico al gesto, el acto (juego) y la palabra.

Se propone una ficción topológica como la banda de Moebius para pensar la zona de “experiencia” winnicottiana de la transicionalidad, donde se juega la estructuración psíquica y que permite el estallido de las categorías exterior e interior. Es también una forma topológica de referir la paradoja.

La importancia del otro entra a formar parte del trabajo psíquico y allí se describen la fuerza de la imagen, la alienación, el transitivismo y la emergencia de la ilusión (creación paradójal) para pensar un momento de inscripción psíquica.

Se trabaja sobre los conceptos de narcisismo, ilusión de unidad, ideales e identificación. La función de la idealidad, presente en el par ilusión-desilusión, conduce la marcha de las identificaciones.

En este trabajo de estructuración se señala la radical importancia del trabajo de sustitución o trabajo de lo negativo, que es el ámbito de las defensas.

A modo de reflexión puntual, se analiza la acción específica de la experiencia y satisfacción (S. Freud: “Proyecto”...) que da lugar al juicio y el pensamiento en la articulación de las defensas. Allí se enfatiza la importancia de la desmentida y la represión. En relación con las defensas, se toman dos ideas winnicottianas como son “*la madre suficientemente buena*” y “*el destete*”. Ambos conceptos permiten pensar la función materna simbólica de la frustración.

Se discrimina desilusión de frustración, vinculando cada una de ellas a la desmentida y a la represión respectivamente.

Estos elementos conducen a la elaboración de pérdidas y el concepto de duelo cobra consistencia.

Finalmente se toma el objeto transicional para pensar los tiempos semióticos de la simbolización asociados a la metáfora y la metonimia.

La vinculación del objeto transicional y el fetiche que realiza. Winnicott permitió algunas reflexiones sobre el tránsito entre la desmentida de la ausencia (del otro) a la desmentida de la castración (ausencia del pene de la madre). Ambos momentos forman parte de una conceptualización enriquecida de la desmentida freudiana, haciéndola trabajar en el proceso de estructuración.

### **Summary**

A dialogue is suggested between Freud and Winnicott, based on the fertility of intertextual or dialogic relationships, by making comparisons and confrontations to avoid a reduction. This results in the possibility of redefining symbolization for psychoanalysis: act and action in a “being” with the other, duplicating the interplay of wish and defenses (psychic conflict) while working on the real (childhood’s helplessness), the realizative side of subjectivation.

C.S. Peirce’s notions on symbolization are used to support this proposal, which reveals the importance of iconic and indicative instances in the psychic structuring process.

Winnicott’s gerund is analyzed as proposed as a key notion, as Freud’s Grundbegriffe. The gerund shows further the above realizative side of symbolization.

The paradox is also approached in the same sense, and its temporal implications are considered which, together with the gerund, refer to a realizable meaning. The paradox aptly shows how difficult it is to apprehend the true, whereby the paradox may be associated to Freud’s unconscious.

Emphasis is placed on the importance of factual aspects which allow an enlargement of the psychoanalytic significant notion to gestures, acts (play), and words.

The Moebius band is suggested as a topological fiction to consider Winnicott's transitionality "experience" zone, where psychic structuring takes place, allowing the burst of the outside/inside categories. This also proves to be a topological way of referring to the paradox.

The importance of the other gains its role in psychic work; the strength of the image, alienation, and transitivity, and the emergence of the illusion (paradoxical creation) are described with a view to analyzing the psychic inscription instance.

The notions of narcissism, unity illusion, ideas and identification are also dealt with. The ideality function, present in the illusion-disillusion pair, opens the way to identifications.

The essential importance of the work of substitution and the work of the negative, within the scope of defenses, is stressed in this structuring work.

By way of precise reflection, an analysis is made of specification of experience and satisfaction (S. Freud: Project...), which gives origin to judgments and thoughts in the articulation of defenses, emphasizing the importance of disavowal and repression. As regards defenses, two of Winnicott's ideas are taken, the good-enough mother and weaning both allowing to consider the symbolic maternal function of frustration

A distinction is made between disillusion and frustration, which are respectively associated to disavowal and repression.

These elements lead to the work out of losses and contribute to a higher consistency of the notion of mourning.

Finally, the transitional object is considered, for purposes of analyzing semiotic times in symbolization, as associated to metaphor and metonymy.

Winnicott's association between transitional and fetish gave origin to some comments on the transit from disavowal of the absence (of the other) to disavowal of castration (lack of penis in the mother). Both are a part of an enriched theorization on Freud's disavowal, by causing it to operate in the structuring process.

Descriptores: ILUSIÓN / DESILUSIÓN / DESMENTIDA /  
REPRESIÓN / OBJETO TRANSICIONAL / FENÓMENO  
TRANSICIONAL PARADOJA / VIVENCIA DE  
SATISFACCIÓN / METAPSICOLOGÍA.

### **Bibliografía**

ABBAGNANO, Nicola: Diccionario de Filosofía. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

ASSOUN, Paul-Laurent: Le sujet de l'ideal. En: Aspects du Malaise dans la Civilisation. Navarin Editeur, París, France, 1987.

BAJTIN, Mijail: El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. En: Estética de la Creación Verbal. Ed. Siglo XXI, 1982.

CASAS DE PEREDA, Myrta:

— 1990: ¿Existen equivalentes al falso self en Freud y en Klein? En: Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo XLVII, N°5/6, Buenos Aires, Argentina.

— 1991: Gesto, juego y palabra. El discurso infantil. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 74, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.

— 1992a: Sobre el juego y la simbolización. Correo de FEPAL, R.B. Ediciones, Montevideo, Uruguay.

— 1992b: Estructuración Psíquica. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 76 “Malestares”, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.

— 1993a: La neurosis hoy. En: La Neurosis Hoy. Publicación de las VIII Jornadas Psicoanalíticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo, Uruguay.

— 1993b: Ilusión, Creencia y Verdad (1992). En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 78 “Neurosis”, Montevideo, Uruguay.

— 1994a: Acerca del cuento infantil. En Anales del Primer Congreso Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil, Montevideo, 10-12 junio de 1994. En Prensa.

— 1994b: Lo femenino en lo maternal. Función de enigma. En: Mujeres por mujeres. Editor, Moisés Lemlij. Fondo editorial Biblioteca Peruana de Psicoanálisis. Lima, Perú, 1994.

CLANCIER, Anne; KALMANOVICH, Jeannine: Le paradoxe de Winnicott. Ed. Payot, París, France, 1984.

FREUD, Sigmund: Proyecto de psicología (1895) Amorrortu Editores, T. I, Buenos Aires, 1976.

— La interpretación de los sueños (1900). Cap. VII: Sobre la psicología de los procesos oníricos. Amorrortu Editores, T. V, Buenos Aires, 1976.

— Introducción del Narcisismo (1914), T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

— Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños (1915) T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

— Duelo y Melancolía (1915). T. XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

— Más allá del principio del placer (1920). Amorrortu Editores, T. XVIII, Buenos Aires, Argentina, 1976.

— La negación (1925). Amorrortu Editores, T. XIX. Buenos Aires, Argentina, 1976.

— Inhibición, Síntoma y Angustia (1926). Amorrortu Editores, T. XX. Buenos Aires, Argentina, 1976.

— El porvenir de una ilusión (1927). T. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1976.

GADDINI, Renata: “Le Déni de la séparation”. Citado por A. Clancier; J. Kal-manovich en *Le paradoxe de Winnicott*. Ed. Payot, Paris, France, 1984.

GIL, Daniel: El papel del mito en la teoría y la práctica psicoanalíticas. En: *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, N° 75, Montevideo, Uruguay, 1992.

JAKOBSON, Román: *Lingüística y poética*. En: *Ensayos de Lingüística General*, Ed. Planeta, 1985.

KRISTEVA, Julia: *Semiótica 2*. Ed. Espiral, Madrid, España, 1981.

LACAN, Jacques: El estadio del espejo como formador de la función del yo [“je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos I*, Ed. Siglo XXI, México, 1972.

MILNER, Marión: El papel de la ilusión en la formación de símbolos. *Nuevas Direcciones en Psicoanálisis*, Ed. Paidós, 1965.

MULLER, John P.; RICHARDSON, William: *Ouvrir les Ecrits de Jacques Lacan*, Ed. Eres, Toulouse, France, 1987.

PELENTO, Ma Lucila: Trabajo presentado en el Primer Encuentro Latinoamericano sobre la obra de D.W. Winnicott, Buenos Aires, 1993.

PRYGOGINE, Ilya: *El nacimiento del tiempo*. Ed. Tusquets, Barcelona, España, 1991.

ROUSILLON, Rene: Citado por A. Clancier y J. Kalmanovich: *Le paradoxe de Winnicott* (pag. 150). Ed. Payot, Paris, France, 1984.

WINNICOTT, Donald W.:

— 1979: *Objetos y fenómenos transicionales (1951). Estudio de la primera posesión “No Yo”*. Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Ed. Laia, Barcelona, España.

— 1972 a: *Objetos transicionales y fenómenos transicionales*. Realidad y Juego, Granica Editor, Buenos Aires, Argentina.

— 1972 b: *Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior*. Realidad y Juego, Granica Editor, Buenos Aires, Argentina.

## CONFERENCIA SOBRE ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

Silvia Bleichmar<sup>\*</sup>

Más que la intención de dar una conferencia, me guía el intento de ofrecer algunos elementos que den cuenta de un recorrido en relación a cómo pienso el psicoanálisis, y a qué efectos, ese modo de pensar, puede producir en la clínica.

Sabemos que la situación del psicoanálisis no es sencilla en este fin de siglo; la ilusión omnipotente de resolver todos los sufrimientos ha cedido a una cierta desilusión. Un autor literario tiene una frase muy hermosa que dice: “La desilusión es el sobreprecio acumulado del autoengaño”. No hay ilusión que no esté basada en algún tipo de inflación. Y es la inflación psicoanalítica la que está en riesgo, no las verdades que el psicoanálisis ha ofrecido al pensamiento de este siglo. Pretendo entonces transmitir, desde la perspectiva en que trabajo, la idea de que la fecundidad teórico—clínica del psicoanálisis tiene que ser recuperada con vistas a enfrentarse al siglo XXI, en un movimiento de pasaje que podríamos considerar algo así como “de la alquimia a la química”.

Ello implica avanzar en una dirección desde la cual podamos recuperar los aspectos más transformadores de un pensamiento sobre la subjetividad que tenemos derecho a considerar como el más avanzado que se ha producido en la historia. Porque debemos cobrar conciencia de que la obra freudiana, como obra de partida, está inevitablemente llena de contradicciones, y que coexisten en ella los remanentes del pensamiento de ese tiempo en el cual se gestó, con sus aciertos y errores, por un lado, y también contenidos valiosísimos que trascienden las formaciones científicas e ideológicas que le dieron origen.

---

<sup>\*</sup> Psicoanalista. Dirección: Talcahuano 758 3° A. Buenos Aires, Argentina. CP 1013.

En esa perspectiva, quisiera transmitir inicialmente la idea que sostiene que una revolución científica no se produce por generar nuevas respuestas sino por poder articular nuevas preguntas. La obra psicoanalítica aparece así reformulando las preguntas que se había hecho la ciencia hasta ese momento, y las grandes mutaciones internas que sufre *a posteriori* son el efecto de la transformación de estas preguntas, ya que en el interior mismo de la obra freudiana se plantean revoluciones intrateóricas con momentos de apertura y momentos de cierre. Ello obliga a un modo de lectura que implica una atención pareja a partir de la cual se puedan relevar los momentos más fecundos y diferenciarlos de aquellos en los cuales se acumulan hipótesis *ad-hoc* tendientes a coagular *impasses* y a cristalizar vías muertas.

Todos tenemos relaciones pasionales con los textos de Freud. Yo, por ejemplo, tengo una relación apasionada con la Carta 52, con la Metapsicología, con el Proyecto, y tengo por el contrario una relación de odio profundo con “Los dos principios del suceder psíquico”, al punto de haberle dedicado un año entero a fin de re-trabajarlo, dando incluso una serie de conferencias para ver si era un problema de resistencia mía a entenderlo o que nuestro encuentro era imposible. Llegué a la conclusión de que era un encuentro imposible, y pienso que lamentablemente es uno de los textos de mayor banalidad psicológica que Freud haya producido, sobre todo teniendo en cuenta las líneas que él mismo abriera para comprender los procesos de pensamiento e incluso para reformular de un modo distinto la cuestión de la conciencia. Por supuesto que no me considero una excepción, y sé que a todos nos pasa algo así con la obra; de ello se desprende el hecho de que el pensamiento de la mayoría de los psicoanalistas se haya fundado siempre sobre tres o cuatro textos o ejes, y no sobre el conjunto del pensamiento freudiano.

Es interesante inclusive ver como esto se altera dentro de las distintas escuelas: la propuesta de Klein puede enmarcarse, fundamentalmente, de la problemática de la segunda tópica y del segundo dualismo pulsional; sin embargo, podemos pensar que en un autor como Bion están muy presentes las cuestiones referentes al Proyecto, que una serie de modalidades que él va planteando sobre la forma de construir la subjetividad pueden ser repensadas metapsicológicamente desde ese texto.

Sería imposible que la obra de Freud, en su conjunto, fuera una totalidad de verdades, porque entonces no sería una obra científica. Creo que el cuestionamiento que le ha hecho el positivismo al psicoanálisis de no ser científico por no ser falsable, no es efecto de la obra psicoanalítica, ni de Freud, ni de los autores posteriores, sino de la actitud que tenemos los psicoanalistas cuando indiscriminadamente defendemos todas las proposiciones con la misma fuerza. Pienso también que es absurdo plantearse que la contradicción pasa entre Lacan y Freud, entre Klein y Freud, ya que aún cuando pueda haber diferencias entre ellos, las grandes contradicciones pasan por el interior de la obra freudiana misma, y es allí donde hay que buscarlas y trabajarlas. Porque a partir de las contradicciones que tiene la obra de Freud se producen esos movimientos que llevan a las grandes escuelas a intentar esbozar modos de respuesta para preguntas que no cierran en el *corpus* doctrinal originario.

Hablamos en este marco, entonces, de una obra contradictoria, de una obra que ha intentado cercar ese objeto que es el inconsciente, el cual tiene la peculiaridad de sustraerse en cuanto uno se aproxima, de una obra que no necesariamente se encamina hacia su máxima perfección, donde hay procesamientos de pérdida interna y en la cual, respecto al tema que nos ocupa, Freud va a hacer constantes mutaciones o variaciones sobre las determinaciones exógenas o endógenas de la constitución psíquica.

Por dar simplemente una referencia de esto: si ustedes toman un texto como “La interpretación de los sueños”, es evidente que el concepto de huella mnémica ocupa un lugar central, porque hay allí todavía un trabajo que parte de una teoría exógena de la inscripción, una inscripción como proveniente de algo que es experiencial. Por eso la huella mnémica aparece como la materia misma de fundación de las inscripciones. Pero si uno va a la metapsicología del ‘14 y del ‘15, desaparece prácticamente el concepto de huella mnémica y es reemplazado por el concepto de representante o de representante representativo. Este no es un problema de nomenclatura ni de cambios simplemente de definición; esto es porque la huella mnémica tiene un origen exterior, es un efecto del ingreso de cantidades de inscripciones al aparato a través de transformaciones, mientras que el representante representativo es un concepto por derivación, es un concepto que podemos incluso considerar en cierto modo sosteniendo un paralelismo psicofísico, de pasaje de lo somático a lo psíquico, diría.

En este caso, hay una revolución intrateórica en el sentido de Kuhn, y como tal no podría dejar de implicar una pérdida: la gran transformación de paradigmas que implica el descubrimiento de la sexualidad en sentido amplio, tal como nos es ofrecido en “Tres ensayos...”, que culmina en el texto acerca de las pulsiones de la Metapsicología; impone, por otra parte, un dejar de lado el carácter exógeno y traumático de la impronta de lo real externo en el psiquismo, tal como es concebido hasta 1900.

Del mismo modo, está esta transformación endogenista respecto al inconsciente, que culmina en el ‘23 con “El yo y el ello”, donde ya éste se transforma en el ello y su origen debe ser buscado del lado de los fantasmas originarios, teniendo la característica de ser un pre-adquirido en el orden de las especies, por filogénesis. Sin embargo, conjuntamente, Freud empieza a introducir ya en el ‘14 con “Introducción del Narcisismo” la perspectiva de un yo de origen narcisista, vale decir fundado exógenamente desde el otro,

cuestión que reaparece nuevamente con el concepto de identificación en el '23.

Esto nos lleva a considerar que sería absurdo partir la obra diciendo: Freud hasta tal momento fue exogenista, o desde aquí es endogenista. Freud va articulando de distinto modo los conceptos llevado por la necesidad de cercar una resolución metapsicológica de los problemas clínicos que va enfrentando. Fundamentalmente, a partir del '20 –todos lo sabemos– el problema de la compulsión de repetición y el fracaso de la esperanza de curación de las neurosis simplemente por el levantamiento de la represión.

¿Qué quiero plantear con esto? Quiero plantear que en el trabajo, cuando uno revisa la obra, va estableciendo aquello que Laplanche ha trabajado como *problemáticas*, es decir, articulaciones conceptuales alrededor de ejes, en los cuales los conceptos encuentran una jerarquía que los torna interdependientes. De este modo es que se van proponiendo alternativas de respuesta y se va haciendo entrar en contradicción la teoría asentada.

La perspectiva de la que yo partí para pensar la problemática de la subjetividad está muy inscripta en las definiciones presentes en los años '70 en el psicoanálisis rioplatense —no digo argentino porque creo son procesos compartidos por todos nosotros. Se produce ahí el gran estallido de los modelos vigentes hasta el momento, fundamentalmente en el psicoanálisis de niños, afectando muy directamente la práctica, porque entran en crisis los paradigmas de constitución de lo originario que el kleinismo había proporcionado. Con lo cual entran en discusión también los modos de operar en la clínica: si el juego es o no es un equivalente del lenguaje, si se puede trabajar con un niño a partir de los fantasmas que se han ido determinando desde un inconsciente existente de los orígenes. Hay una situación de crisis en el psicoanálisis de niños que lleva incluso a muchos analistas de aquella época a abandonar la práctica con niños.

Apoyándose fundamentalmente en los textos sobre la histeria en Freud, en el Capítulo Séptimo, muchos de nosotros hemos sido atraídos por la propuesta de Lacan en aquel momento, que plantea, por primera vez en la historia del psicoanálisis, que el inconsciente no es algo con lo que se nace, para decirlo de una manera simple, sino que es un efecto de cultura o en relación con las mediaciones que establece la estructuración edípica en la constitución subjetiva. Pero esta propuesta proveniente del estructuralismo arrastró inevitablemente el enorme déficit que se manifestaba como gran *impasse* en la clínica: fracturó en el interior del pensamiento psicoanalítico la posibilidad de definir modos y tiempos de la constitución subjetiva.

¿Qué quiere decir esto? Lacan partió de la preocupación de entender qué era el niño para la mujer. Al poner la problemática de la castración en el centro, su pregunta estaba destinada a comprender de qué manera el niño ocupaba el lugar de la sutura en falta, vale decir el modo mediante el cual se constituía como significante fálico. Aquí tenemos un ejemplo de una mutación en el modo de proponer la pregunta, y ello determina la búsqueda de un tipo de respuesta.

El inconsciente del niño devino implantación exógena directa del deseo del otro, de modo tal que la pregunta por el síntoma varió: qué desea la madre, fue la cuestión, y la búsqueda clínica se orientó en esa dirección. Pero el niño entonces perdió su condición de sujeto, devino síntoma de la madre, y alguien que es un síntoma del otro no puede hacer síntomas, está remitido en última instancia a una exterioridad, de modo que el problema que debíamos enfrentar quienes pretendíamos hacer clínica y tratábamos de mantenernos en el interior de una propuesta psicoanalítica era a partir de qué se definía entonces el comienzo de un análisis y a quién había que analizar.

Ustedes saben que gran parte de las propuestas psicoanalíticas de muchos colegas, lacanianos y no lacanianos, pero siempre al calor de estas ideas de

base del estructuralismo, terminaron en una clínica más familiológica que estrictamente psicoanalítica. La pregunta que yo me formulé en aquel momento era la siguiente: suponiendo que el inconsciente del niño esté en relación al deseo del otro, suponiendo que no sea sino la resultante de los cuidados precoces a los cuales el otro lo somete, a partir de qué momento esto empieza a operar como interno, empieza a ser intrasubjetivo y hay, entonces, un aparato psíquico constituido capaz de producir síntomas, vale decir, atravesado por la represión y pudiendo producir formaciones del inconsciente.

Esta pregunta primera que me hice me fue llevando luego a replantearme esta misma cuestión en el análisis de adultos. En mi último libro dedico una serie de reflexiones a esto, vale decir: cuándo es posible el análisis, a partir de qué premisas puede ser considerado conveniente, y si no fuera posible, de qué orden sería un tratamiento bajo la perspectiva analítica pero en el cual no se aplicarían los elementos centrales del método. Ello incluye también la cuestión acerca de si todos los momentos de un análisis de adulto son psicoanalíticos.

La idea de la cual podríamos partir es la siguiente: el análisis es en principio, como Freud lo definió en ese pequeño artículo que todos conocemos y que fue escrito para la Enciclopedia, un método de conocimiento del inconsciente, y como tal, podríamos agregar, inaplicable si no está el inconsciente constituido. Por supuesto, para que yo diga “si el inconsciente está o no está constituido” tengo que partir de algún tipo de definición del inconsciente y es acá donde se abren las diferencias.

Ustedes conocen ya el problema planteado respecto a la distinción entre inconsciente descriptivo e inconsciente sistémico –la cual sigue siendo polémica, y que incluso fue el eje de la discusión de Bonneval entre Laplanche y Leclair, por un lado, y Lacan por el otro. Podemos decir que básicamente la dominancia que toma en la obra freudiana se establece del

lado del inconsciente sistémico, regido por cierta legalidad y colocado por relación a la barrera de la represión. De modo que la hipótesis tópica no es suficiente para que uno diga: hay inconsciente; es necesaria la tópica y la dinámica de la represión en el inconsciente para que consideremos la existencia de un inconsciente.

Entonces ¿qué define que haya inconsciente en el sentido sistémico? En primer lugar—y ahora voy a los tiempos-, para que haya inconsciente tiene que haber un aparato funcionando con sistemas distintos, y para ello partimos de la idea de que inconsciente no es todo lo que está inscripto sino aquello que no es admitido en el yo, o en el preconscious; no puede haber inconsciente si no hay dos sistemas funcionando. Sólo desde esta perspectiva es que el síntoma puede ser definido como una formación de compromiso.

Esto no quiere decir que no haya nada si no hay inconsciente —ahora voy a ir a esto y al tema de los tiempos—, quiere decir que el método analítico, que tiene como eje la libre asociación y se basa en el levantamiento de la represión, implica una operatoria sobre las resistencias, constitución de la neurosis de transferencia e interpretación del sentido del síntoma, del sueño, de las formaciones del inconsciente, es impensable si no hay un sentido oculto y al mismo tiempo es impensable si no hay un sistema de contrainvestimientos que esté operando para que la defensa funcione.

Esto que estoy diciendo parecen banalidades, todos lo sabemos, la cuestión es si incide o no en nuestra clínica, y si de su conocimiento se derivan consecuencias para la iniciación o la prosecución de un tratamiento

Si ustedes van a la historia del psicoanálisis, van a ver de qué modo esta cuestión ha estado siempre en el centro de la técnica. En Melanie Klein que optó por una perspectiva que es la siguiente: para rescatar el método como eje de la problemática analítica, reformuló el objeto. La discusión con Arma Freud, por ejemplo, y aún el concepto de superyo precoz, el modo

elegido para proponer el problema de la defensa, dan cuenta en su pensamiento de su preocupación por fundar un campo donde el análisis en la infancia sea posible.

Esto debe ser, en mi opinión, invertido. Melanie Klein ajusta el objeto al método, redefiniéndolo para que el método sea aplicable. Yo propongo un giro radical al respecto, planteando como cuestión central y primera a definir, el conocimiento de qué objeto tengo delante para, a partir de eso, posicionar el método que permita su transformación.

De allí que respecto a lo que se ha planteado como relación entre teoría y clínica, propongo como eje la cuestión objeto-método. Y que mi preocupación central, cuando abordo mi clínica, es saber qué objeto tengo delante para saber con qué método tengo que trabajar.

Esto no quiere decir que en el psicoanálisis en extensión no se mantengan muchas de las premisas del psicoanálisis, por ejemplo: el tema de la abstinencia –y la abstinencia no solamente de tocar sino abstinencia de dar consejo o abstinencia de tener un saber previo sobre el otro, como lo plantea Laplanche– se mantiene en cualquier proceso terapéutico que se emplace desde una perspectiva analítica; no es necesario que estemos haciendo psicoanálisis estrictamente para que eso se sostenga. Pero, al mismo tiempo, el método de la libre asociación y de la atención libremente flotante no siempre pueden ser aplicados según los modelos y los momentos de operancia del objeto.

Yo les preguntaría a ustedes si cuando trabajan en patologías psicosomáticas o aún en los momentos psicosomáticos de pacientes neuróticos aplican estrictamente el método. Estoy hablando de aquellos que hoy se inclinan más por una propuesta de la psicosomática dentro de la escuela de Fierre Marty, de la escuela psicosomática actual; no me refiero a la idea que mucha gente sigue manejando de que la psicosomática es la expresión de la fantasía inconsciente, sino a quienes consideran que en la

psicosomática hay algún grado de no simbolización o de no psiquización que es necesario constituir, lo cual nos obliga a reconocer que no estamos levantando la represión ni analizando en el sentido estricto del término sino que se está produciendo otra cosa.

Del mismo modo ocurre con los traumatismos severos, con aquellos que producen procesos de desarticulación de los modos habituales de funcionamiento de la economía libidinal. Sabemos que intervenimos de otro modo, en razón de que lo que encontramos en esos momentos no es la operancia de la represión sino justamente la efracción de la barrera de la represión y el retorno de una cantidad de representaciones que están acosando al yo y que se expresan al modo de la compulsión de repetición guiada por los modelos más extremos que Freud definiera como ejercicio de la pulsión de muerte casi de modo directo.

Después vamos a tomar otros modelos, pero la idea central sería la siguiente: si ubicamos la problemática entre objeto y método, tendremos como preocupación central determinar la tópica con la cual estamos trabajando y esto hace al eje del diagnóstico clínico.

Ahora bien, cuando digo eje del diagnóstico estoy planteando que hay una propuesta metapsicológica regida por una serie de cuestiones: por un lado, el aparato psíquico es un aparato en constitución, y este aparato en constitución no está, desde la perspectiva que estoy proponiendo, definido ni por una posición genético-evolucionista, ni tampoco por un estructuralismo articulado por momentos míticos.

Vamos a detenernos un momento en estas cuestiones. La perspectiva genético-evolucionista se expresa de modo bastante claro en un texto como “Tres ensayos” –que no es tampoco la dominante en la obra de Freud, pero que ha quedado cristalizada a partir de ser éste el gran texto sobre la constitución psicosexual del niño que implica una cierta predeterminación de los estadios libidinales, que ha llevado, en su extremo, a permitir que un

autor como Spitz dijera que lo anal sucede a lo oral como los dientes de leche son reemplazados por los definitivos—. Ahí hay una propuesta taxativa respecto a la evolución libidinal. Creo que fue mérito de Melanie Klein marcar como esto estalla de entrada, cómo lo genital puede estar presente precozmente y cómo lo anal puede sostenerse en el interior de lo genital, y aún a dominancia, o aún cómo lo oral puede ser resignificado a través de lo anal y lo genital. En Abraham encontramos ya una de las posturas más interesantes respecto al evolucionismo pulsional; y aún cuando hoy pueda parecer simple el modo en que quedó planteado su modelo para los estadios de la libido y las estructuras psicopatológicas —la relación entre lo anal expulsivo y lo oral canibalístico en la melancolía, por ejemplo— rompe el evolucionismo lineal y juega con el *après-coup* bajo un modo que permite pensar la coexistencia de mociones pulsionales, y el hecho de que nunca hay realmente sustitución absoluta y pasaje a una fase superior con desaparición de los modelos libidinales anteriores. Hay acá ya una arquitectura que prefigura una ruptura del modelo genético lineal.

Klein lleva esto hasta las últimas consecuencias, rompiendo el ideal madurativo en psicoanálisis (es entre divertido y asombroso ver cómo le contesta a Anna Freud, en el famoso simposio del 27, y ante la interpelación que le hace de que los niños no tienen aún formado el superyó, “¡algunos adultos tampoco!”, dejando planteado el hecho, inédito, de que una instancia pudiera no necesariamente constituirse, aún cuando más no fuera, de modo potencial e hipotético), y este es un mérito central de su obra, así como lo es el haber puesto la sexualidad como eje central del análisis, y esto más allá de las diferencias teóricas o metodológicas que uno pueda tener con ella. Yo digo en mi último libro que después de leer a Klein, ningún analista de niños volverá a pensar, cuando un chico ponga el dedo en un agujero del piso del consultorio, que está poniendo el dedo en un agujero efecto de una falla que dejó el albañil, sino que pensamos en

términos de interpenetraciones libidinales; es a partir de su obra que los analistas de niños pensamos en términos de cuerpos, de encuentro de cuerpos, de objetos parciales, de sexualizaciones, pensamos en términos de fantasías. Y hay una militancia realmente profunda de Klein en el campo del psicoanálisis de niños sobre la sexualidad, lo cual no es pequeña cosa en un mundo en el cual retorna permanentemente la desexualización del psicoanálisis, donde uno puede leer libros enteros de psicoanálisis donde la sexualidad no existe, no aparece –libros en los cuales puede haber aportes interesantes, como ocurre con Kohut por ejemplo, autor interesante, pero en el que ha desaparecido lo pulsional como problemática eje del psicoanálisis.

Volviendo entonces al modelo, la idea con la que yo empecé a trabajar fue la de cercar los tiempos y modos de estructuración de la represión originaria. ¿Por qué la represión originaria y no otra, si de ella es de la que menos se ocupó Freud? No se trata de encontrarle “la quinta pata al gato”, sino de reposicionar la fundación del inconsciente, y en este sentido es, como todos sabemos, que la represión originaria ocupa un lugar importantísimo.

Para ubicar la cuestión de la represión originaria estaba, por un lado, la forma con la cual Lacan rearticuló este concepto, que cobra peso cuando se produce el ingreso de su pensamiento, alrededor de los años ‘70 en el mundo rioplatense. Es a partir de él que la cuestión de la represión originaria es planteada o recuperada en relación con la *Spaltung* constitutiva, desde la perspectiva que él trabaja como sujeto *barré*, y planteada entonces en el interior de la lógica del significante –reemplazando la barrera de la represión por una barra resistente a la significación–. Este tiene poco que ver con el concepto de represión originaria de Freud, en el cual conceptos como contrainvestimento ocupan un lugar central para determinar el posicionamiento de la representación

originariamente reprimida, pero marca al menos que el inconsciente no existe sino a partir de este movimiento que propone, desde una perspectiva fundamentalmente filosófica, el carácter fundante del clivaje en el sujeto psíquico.

Se trata, en Lacan, de sostener la idea de que no hay posibilidad de unión, de individuo en el sentido estricto; lo que está acá presente es la gran división del sujeto como momento inaugural, constitutivo de la humanización. Pero si volvemos a Freud, lo central que tiene para mí el concepto de represión originaria, pese a los cuatro pequeños lugares donde aparece, es que a partir de la represión originaria se definen de modo absolutamente claro los modos de instalación de los sistemas psíquicos, vale decir la fundación del inconsciente. El concepto entonces es totalmente esclarecedor.

Por un lado, si no hay represión originaria los representantes representativos pulsionales no se fijan a lo inconsciente. Esta es una cuestión importantísima, y su fecundidad clínica indudable. Tomemos un caso como el de Erna, de Melanie Klein: una niña con masturbación compulsiva, con ideas obsesivas, considerado clásicamente como una neurosis obsesiva. ¿Qué tipo de sufrimiento tiene esta niña, y a qué modelo del funcionamiento psíquico responde? Yo no compartiría en absoluto la idea de que se trata de una neurosis obsesiva. No hay sintomatología neurótica, en términos estrictos, no hay procesos de conrainvestimento ni transacciones como efecto del retorno de lo reprimido. Lo que se presenta como síntoma compulsivo no es una formación de compromiso, sino que da cuenta, precisamente, de la falta de represión y de la emergencia de representaciones o actos que no logran un estatuto inconsciente. El conrainvestimento, en el caso de Erna, está marcado precisamente por la falla de la represión. Todo los fenómenos que Melanie Klein llama síntomas en Erna son modalidades de ejercicio de lo pulsional y formas en

las cuales la represión no logra no sólo reprimir sino tampoco sustitutos, no logra transcripciones, no logra sublimaciones, por eso Erna no puede aprender.

Porque en primer lugar, si hay represión originaria, los representantes representativos pulsionales tienen que estar en el inconsciente. Y es necesario señalar que si bien la represión originaria es un acto constitutivo en la diferenciación de los sistemas psíquicos, no se produce de una sola vez, y pueden quedar remanentes del ejercicio de la pulsión parcial no sepultados en el inconsciente. ¿Qué quiere decir esto? Que si vemos un chico enurético o encoprético de doce años, es de rigor preguntarse respecto al funcionamiento psíquico general, en razón de que la enuresis o la encopresis tardía da cuenta de una falla en la represión de los representantes pulsionales y de la no renuncia a la satisfacción directa (estamos hablando de enuresis o encopresis primaria, no secundaria, y por supuesto dando por sentado que la encopresis tardía es un indicio de mayor nivel de patología que la enuresis).

En este sentido, es necesario señalar que la persistencia de lo pulsional a lo largo del tiempo, sin sepultamiento al inconsciente, no podemos considerarla síntoma en sentido estricto; es en esa dirección que acuñé hace ya años la diferencia entre síntoma y trastorno, para marcar perspectivas clínicas distintas. Porque el síntoma es el efecto de la transacción que logra un reequilibramiento de la economía libidinal a partir de una inlograda satisfacción pulsional, y tiene como precondition la renuncia al ejercicio de la pulsión.

Así, cuando Freud se pregunta acerca de Hans, dice: ¿cuál es el síntoma? Si Hans, que está enamorado de la madre, odiara al padre, eso no sería un síntoma. Es un síntoma porque Hans reemplaza al padre por el caballo y transforma el odio en miedo; es síntoma porque hay represión,

desplazamiento y sustitución, y, sobre todo, porque el amor de Hans hacia la madre, y concomitantemente su deseo parricida, son inconscientes.

Entonces, la primera cuestión es: si la represión originaria funda la diferencia entre los sistemas, sepulta los representantes representativos al inconsciente y los fija allí, no puede haber síntomas antes de que haya represión originaria y no puede haber síntoma cuando hay caída de la represión originaria.

Ustedes saben que entre los grandes fracasos del psicoanálisis se encuentran las adicciones compulsivas y las perversiones. Por un lado, los psicoanalistas siempre hemos hablado de la poca consulta que tenemos en ciertas perversiones; en general la perversión consulta cuando fracasa, por ejemplo en el caso del sadomasoquismo, cuando se enfrenta al abandono del *partenaire*. Y aún en sujetos que consultan por otros motivos y en cuyo análisis aparecen, a lo largo del tiempo, modalidades de ejercicio libidinal que podemos considerar del orden de la perversión, no hay posibilidad de resolución si no hay un acto, en primer lugar, de rehusamiento del propio sujeto al respecto, y luego recién viene la represión del goce rehusado. La pregunta es entonces si una actividad del orden pulsional directo puede devenir síntoma. Y es en esta misma dirección, de la insubordinación de este ejercicio a toda legalidad, que los lacanianos insisten tanto en la cuestión de ponerle coto al goce, acotar el goce, renunciar al goce.

No voy a desarrollar acá toda la cuestión del superyo precoz, que he trabajado bastante, y cuya función considero que no está ligada a la producción de culpa en sentido estricto sino que se caracteriza más bien por la producción de ansiedades catastróficas; en este sentido, se liga más a la relación originaria con la madre que a la función paterna. Pienso que algunos análisis producen ciertas modificaciones por relación al goce pulsional, pero no a consecuencia de develar un sentido oculto del síntoma sino de inscribir algo en el interior de la transferencia. Y uno podría

suponer, con todo derecho, que la renuncia al goce se produce del mismo modo que en el niño, cuando renuncia a lo pulsional por el riesgo de perder el amor de la madre y hace síntomas de neurosis de angustia. Esto no invalida las intervenciones de los analistas en esa dirección, sino que pone de manifiesto que no es a partir de la implantación del método analítico, con su abstinencia y la libre asociación como líneas directrices, que se han producido en tales situaciones particulares los cambios del paciente. Por otra parte, corrobora elípticamente los conceptos del psicoanálisis, respecto a la transferencia y a la función de la palabra respecto a la realización libidinal, y confirma las hipótesis sobre la función del otro en la constitución subjetiva.

Volviendo a la represión originaria, mi idea es, en primer lugar, que a partir de su instalación se pueden definir tiempos de la estructuración psíquica, al menos sus momentos fundantes. En segundo lugar, que estos tiempos no son tiempos míticos, son tiempos cercables, jalonables, que se caracterizan, por un lado, por el sepultamiento de los representantes representativos al inconsciente, y, por otro, por su correlación con la estructuración de las constelaciones narcisísticas y la organización del preconscious. Del preconscious en tanto estructuración de lo que podemos considerar (a partir de los escritos de Freud), el pensamiento regido por los modelos de la lógica aristotélica: negación, contradicción, temporalidad. Estos elementos, patrimonio del preconscious, cuando están fundando dan la pauta de que algo se ha organizado en la separación de los sistemas psíquicos. Si esto no está operando es porque algo falla en la constitución del funcionamiento de los procesos secundarios. Esto, que es tan claro en la clínica de adultos, debería ser claramente planteado en la clínica de niños. Mi pregunta es por qué se torna tan dificultoso darse cuenta; por qué los analistas tienden a pensar, junto a la psicología evolutiva, que un niño que no tiene estructurada la temporalidad, tiene un problema madurativo y no

un fracaso de la constitución de los sistemas segundos. ¿Por qué no ofrecerle a la psicología del desarrollo –que cumple una función importante en la descripción de los diversos momentos de la humanización pero que carece de toda posibilidad explicativa– un sustrato explicativo como el que ofreciera Freud a la psiquiatría, a la cual propuso brindarle mediante el psicoanálisis un corpus que la sustente capaz de cumplir la función que la histología ofrece a la anatomía? Es ahí donde el psicoanálisis debe brindar nuevos modelos que abran posibilidades terapéuticas fecundas.

Por un lado, entonces, la represión originaria, por otro, la cuestión de los tiempos anteriores a la represión originaria, digamos “preparadores” de la misma. Esto es muy interesante, porque vemos que no hay psicoanalistas de niños que no se hayan visto obligado a ir más y más atrás. Desde otra perspectiva se podría plantear también otra cuestión: considerar a la represión originaria no como un acto en sí mismo, sino con precursores que podemos rastrear –transformación en lo contrario, vuelta sobre la persona propia– lo que llevaría a preguntarse por su instalación definitiva, en el momento de instalarse la represión secundaria.

Tiempos entonces de preparación de la represión originaria, y apertura de la problemática de la instalación de la tópica sobre la base de las determinaciones exógenas.

Vamos a apelar acá a las corrientes del pensamiento psicoanalítico que me permitieron repensar algunas cuestiones. Desde hacía varios años se me venían planteando una serie de preguntas acerca del narcisismo, considerado como estructuración libidinal que encuentra su origen en tanto estructuración residual del narcisismo parental. No sólo como lo ha trabajado Lacan, con el estadio del espejo, sino como fuera propuesto por Freud mismo. Respecto a Lacan, cuando yo era joven y más lacaniana (ahora creo que no soy lacaniana, tampoco sé muy bien qué soy) me preguntaba de qué manera se producía el pasaje que iba de la mirada de la

madre a la constitución del narcisismo del niño. El texto lo sabía de memoria, pero algo obstaculizaba y no encontraba vía de resolución. El obstáculo estaba en mi materialismo de base, que no me permitía aceptar que pudiera plantearse la existencia de un mensaje que no tuviera algún tipo de soporte material. Cómo se vehiculizaba el mensaje materno, bajo qué modo se producía este pasaje del narcisismo parental al niño en estructuración.

Mi problema podía ser planteado en los siguientes términos: si hay mensaje tiene que haber soporte material; ¿es este soporte material el que permite que a partir de la mirada de la madre se estructure el narcisismo del niño? Volvemos al tema con el cual inicié mi exposición: no tenía una respuesta desde el estructuralismo para esto, porque tampoco cabía la pregunta. La pregunta quedaba atrapada en las redes de un mensaje sólo concebible como lenguajero, y éste era el obstáculo mayor para seguir avanzando. Yo volvía una y otra vez a lo mismo, sin salida, porque, como todas las preguntas que uno no puede responder con el instrumental que cuenta, tiene que pasar mucho tiempo y encontrarle otra vuelta; y aún más, cuando dejamos de buscar en la dirección equivocada, a través de un giro inesperado encontramos una respuesta para aquello que nunca entendimos. Esto es tan viejo como la historia de la humanidad.

Tomemos por un camino totalmente distinto, yendo a repensar un concepto como el de *pseudoself* winnicottiano acerca del cual hay todavía mucho para decir. Es cierto que Lacan dice que todo *self* es pseudo, y entabla a raíz de ello una polémica sobre la autenticidad e inautenticidad que lo enfrenta a Sartre, pero también es cierto que Winnicott planteó que el *self* tiene siempre algo de ortopedia y de inautenticidad. Pero también sería interesante proponer que el yo y el *self* no son categorías que se superpongan totalmente la una a la otra, en razón de que el yo implica una parte de la tópica psíquica, mientras que el *self* remite más bien al

sentimiento subjetivo acerca de la propia existencia. De allí podríamos decir que si bien todo *self* es pseudo en algún sentido, ya que el yo es una estructura totalmente defensiva y su entretejido es básicamente discursivo, no todo el mundo siente que su existencia se mueve en el riesgo de lo pseudo, ni su yo tiene la percepción subjetiva de un trastorno que cobra constantemente un precio desmedido a la economía psíquica.

Es desde aquí que me planteo la diferencia entre el concepto de identificación primaria, fundadora del yo, que cerca el territorio en el cual el sujeto se considera “siendo yo”, y el sustrato de articulación ligadora, que proporciona el entretejido de base en el cual esta identificación se sostiene. Reinscripción del dualismo pulsional respecto a lo ligado y a lo desligado no sólo en el interior de la diferenciación tópica sino también intrainstancia.

A partir de esto surgió una nueva perspectiva para pensar la constitución psíquica; y así como la metapsicología me proporcionó los conceptos fundamentales para pensar la problemática de la fundación de la represión originaria, comencé a encontrar en el Proyecto un texto privilegiado para pensar en la constitución del yo.

Volvamos a la pregunta: ¿por qué de la mirada de la madre al narcisismo del niño? Freud plantea en este modelo del Proyecto que ante la posibilidad de una invasión psíquica de cantidades –cuestión que está en el centro del traumatismo– pueden alterarse las relaciones entre los tres sistemas neuronales. Recordemos brevemente que se trata de un sistema de neuronas de pasaje, uno de neuronas de retención, y otro de percepción. Ante el incremento de grandes cantidades que se desplazan, las neuronas del sistema de retención pueden pasar a funcionar como neuronas de pasaje, de modo tal que en el mismo sistema se pueden dar dos modos de funcionamiento. Cuestión que podemos retomar respecto al yo, para considerar lo ligado y lo no ligado que puede coexistir en su interior: no

todo lo que está en el yo es ligado, no todo lo que está en el inconsciente es desligado. Heterogeneidad de las estructuras del inconsciente y del preconscious.

Sabemos que la única forma que tiene el aparato para impedir la perturbación que las cantidades que ingresan le provocan, es mediante la evacuación o la ligazón. Pero hay cierto tipo de cantidades, portadoras de una clase particular de representaciones, que una vez que han ingresado, no pueden encontrar un modo de evacuación y su única posibilidad de evitar someter constantemente el psiquismo al displacer, es mediante su ligazón. De estas representaciones portadoras de cantidad la fuga está impedida, y ellas constituyen las pulsiones.

Como ven, intento reubicar el concepto de pulsión, desgajarlo del innatismo y del modelo de la delegación de lo somático en lo psíquico, proponiendo un ingreso traumático y exógeno de la misma, pero a su vez rescatando el aspecto cuantitativo y displaciente que Freud otorga al *Drang*, al esfuerzo al cual somete la pulsión al psiquismo constituyendo el motor de todo su progreso.

Una situación, bastante usual por otra parte, que tuve ocasión de presenciar en un aeropuerto, cayó en el momento oportuno para permitirme un conjunto de reflexiones. Estaba hace ya tiempo esperando para embarcar y vi una señora, parada en la cola, que estaba dándole un biberón a un bebé. Las piernitas colgaban para un lado, la cabeza iba para otro y ella mientras tanto miraba hacia cualquier lado. Yo empecé a sentir una afectación profunda, un enorme malestar, y pensé: cuando lo lleve a una consulta, a los ocho años, por un problema de aprendizaje, nadie podrá conocer estos detalles de “desatención”, o en términos freudianos, de “desayuda”, que ejerció esta señora, porque ella misma no es totalmente consciente de lo que está produciendo. Tuve allí una especie de brusca percepción que ocupó mucho tiempo mis pensamientos.

El modelo propuesto por Freud respecto a la constitución de las redes de ligazón del aparato anímico era el siguiente: en el interior de los sistemas de este aparato, en el cual las neuronas se conectan entre sí permitiendo el pasaje de la energía, ciertos investimentos colaterales van generando redes que operan produciendo una estagnación que articula una suerte de retículo ligador. En cierto momento, por ejemplo, una neurona a, en lugar de conectarse en una sola dirección, se conecta con b, con d, con e, y se posibilita así un entretejido ligador que va a ser el lugar de estagnación libidinal en el cual va a constituirse el yo –recordemos el apartado del Proyecto en el cual aparece formulada esta cuestión de la instalación del yo como una masa ligadora en el interior de Y.

Es acá donde se encuentran los desarrollos metapsicológicos y la imagen de la señora del aeropuerto, llevándome al siguiente razonamiento: si la madre sólo da pecho, si no sostiene, ni mira, ni habla al bebé que tiene en sus brazos, no genera investimentos colaterales, no ayuda a constituir el entramado de base, y la energía psíquica se desplaza por una sola vía, de representación en representación, sin que nada la frene, facilitación que lleva a una fijación, por un lado, y que obstaculiza la posibilidad de instalación posterior de una identificación sostenida en un funcionamiento ligado del yo.

Por el contrario, es la actitud de la madre en el momento de dar el pecho, al tocar la cabecita, hablar, sostener a su bebé –ofrecerle un *holding*, en términos de Winnicott–, aquello que posibilita ese procesamiento de cantidades que permite que la identificación no caiga como cáscara vacía a cercar un yo en el cual la desligazón opera constantemente sometiendo al sujeto a los riesgos del vacío y tornando su percepción de sí mismo como fútil o pseudo.

Pero sería banal sostener esta posición en términos puramente descriptivos, centrándola en los aspectos conductuales de la madre. La

tentación es fuerte: sólo con indicarle cómo agarrar al bebé bastaría, se la ayudaría a convertirse en una madre “suficientemente buena”. Sabemos que las soluciones fáciles no son, sin embargo, ni las mejores ni las posibles. Ante ello cabe una pregunta previa: ¿qué es lo que torna a una madre insuficientemente buena, desde la perspectiva que aportamos? Es acá donde podemos apelar a Lacan, y a sus desarrollos respecto a la función materna, proponiendo a su vez algunas transformaciones. Por una parte, sólo la madre atravesada por la castración es capaz de narcisizar a su hijo viendo en él a un significante privilegiado, capaz de unificarla y completarla. Pero a diferencia de Lacan no consideraremos a la madre como un elemento unario de la estructura del Edipo, sino como sujeto de inconsciente y, en tal sentido, habitada por sus propios fantasmas pulsionales inconscientes. Ello abre la posibilidad entonces de que la narcisización primaria pueda no producirse, o se establezca de modo fallido, en razón de que estando la madre atravesada por su propio inconsciente pulsional, sus sistemas psíquicos pueden no funcionar de modo diferenciado y ordenado, y la ausencia de narcisización dejar librado el intercambio con el niño a un ejercicio pulsional parcial incapaz entonces de reabsorberse en nuevos reacomodos y derivaciones en el interior del psiquismo incipiente.

La castración materna, como prerequisite de la narcisización del bebé, es definitoria del lugar que éste ocupará respecto a una mirada que lo constituya, pero no es condición suficiente de la estructuración psíquica. La función materna no se reduce a la narcisización de la cría: implica en primer lugar la pulsación que da origen a la sexualidad en la cría, en razón de que la madre está atravesada, del lado del inconsciente, por sus propios deseos sexuales en el sentido psicoanalítico, amplio, del término: deseos orales, anales, de contacto de piel. El narcisismo es entonces el modo mediante el cual la madre viene a obturar, del lado del amor –y por

fortuna—, las efracciones producidas a partir de las improntas pulsionales, con las cuales tino todo el apuntalamiento en el cual los cuidados precoces fueron infiltrados por la sexualidad del otro.

Es desde aquí que la teoría me permite redefinir una serie de fenómenos clínicos y operar sobre una parte de la realidad. En mi último libro expongo de qué modo, trabajando a partir de un trastorno precoz del sueño van cuajando mutuamente la teoría, la clínica y el proceso de constitución de un bebé respecto a las improntas maternas y a sus derivadas.

La posibilidad de proponer una energía ligada y otra desligada en el interior mismo del yo, vale decir de una misma instancia, no se reduce a una propuesta acerca de los orígenes sino que se extiende a una multiplicidad de fenómenos de la vida psíquica adulta. Y ello también respecto al inconsciente.

Es necesario abandonar la idea de un inconsciente homogéneo, habitado por un solo tipo de representaciones. En el inconsciente hay coexistencia de los remanentes de distintos momentos de estructuración, y coexisten en él también distintos tipos de representaciones; e igual ocurre con el preconscious.

Respecto al inconsciente podemos puntuar al menos dos tipos de representaciones con sus consecuencias diversas para la clínica. Por un lado, hay representaciones que nunca fueron inscriptas como representación palabra, se trata de aquella que están en el inconsciente como efecto de la represión originaria, que encontraron su estatuto de reprimidas por un puro acto de contrainvestimento, pero que nunca formaron parte del preconscious. Hay otras, por el contrario, efecto de la represión secundaria, que fueron en principio representaciones palabra y pasaron a ser representaciones cosa; ellas constituyen, según Freud, el material propiamente dicho del análisis (como afirma en “Inhibición, síntoma y angustia”). Con ellas trabajamos todos los días, y son representaciones cosa

recuperables como representación palabra en razón de que, habiendo estado desgajadas de la doble articulación de la lengua por la represión, son rearticulables por el proceso asociativo. Ejemplo prototípico en la obra de Freud, entre tantos otros: las gotas de Dora, las perlas famosas, que se abren polisémicamente a partir de la cadena asociativa. Ahí tenemos significante degradado a representación cosa.

Con las palabras degradadas a representación cosa no hay problema, el método analítico está enteramente basado en restituirles una circulación garantizada por el proceso secundario. Pero, ¿qué ocurre con las inscripciones o representaciones que nunca fueron palabra, con aquellas que no pueden recuperar el estatuto de preconscientes en razón de que nunca fueron entretejidas en una materialidad discursiva? Estas sólo podrán ser transcritas, resimbolizadas, vale decir, requieren de un movimiento diverso al del método clásico.

Para sintetizar: en el inconsciente tenemos distintos estatutos de las representaciones: representaciones originariamente reprimidas y representaciones secundariamente reprimidas, que van a ser de diverso origen y van a establecer modos diversos de su retorno. No en todos los seres humanos emergen todas; afortunadamente en la mayoría de nosotros lo originariamente reprimido sólo se expresa a través de subrogados, de retoños. Como tales, en estado directo, sólo pueden emerger en la psicosis o “hacer guiño”, bajo el modo de indicios no ligados, en los traumatismos severos que dejan al sujeto librado a descualificaciones o no cualificaciones de corrientes de la vida psíquica. De ahí que la técnica, en un proceso analítico, deba atravesar por momentos no sólo de desligazón de las representaciones mal emplazadas sino también de resimbolización o de retranscripción de aquellas que nunca encontraron un estatuto transcritivo y tienden a emerger de modo desgajado cuando se trabaja sobre los estratos más primarios del psiquismo. Entre consciente e inconsciente se van

planteando entonces, distintos modos de articulación del lenguaje en el interior de la clínica.

Las ideas que vengo proponiéndoles llevan también a redefinir algunas cuestiones no sólo respecto al proceso analítico, sino también a la iniciación del análisis. En primer lugar, la definición del objeto, que tiene un lugar central en el comienzo de un análisis. Hay que recuperar la perspectiva diagnóstica en sentido freudiano –no me refiero a todas esas cosas que se convirtieron en moda psicológica, sino a la preocupación de Freud por diferenciar qué es analizable y qué no lo es.

Esta recuperación está al servicio del cercamiento del objeto y de la posibilidad de ubicarse desde una perspectiva que contemple la relación entre objeto y método, cuestión central para determinar si se puede o no empezar un análisis en sentido estricto. A partir de esto, abrir otras perspectivas respecto a qué otros modos de intervención son adecuados cuando el inconsciente no está posicionado respecto a la represión, vale decir que el inconsciente como tal no está operando en el interior de los sistemas psíquicos y no hay entonces formaciones de compromiso, vale decir lo que nos hemos habituado a llamar formaciones del inconsciente.

Laplanche ha llamado a esto relación entre el descriptivo y el prescriptivo. Se trata de la determinación de la prescripción, de la indicación de análisis y del modo de constituirse ese análisis, de acuerdo a la descripción del objeto, del funcionamiento del aparato psíquico que tenemos delante. De esto deriva el número de sesiones, la indicación o no del diván, los diversos momentos de la cura. Se trata de una ubicación metapsicológica del proceso de la cura, tanto de su comienzo como de su evolución.

Tener en cuenta el modo de funcionamiento psíquico, los diversos tipos de representaciones y de afectos en el psiquismo, y aún los modos de cualificación o descualificación de la experiencia concebidos todos ellos

como no homogéneos, abre, en mi opinión, una perspectiva importante para repensar la cuestión de trastornos no neuróticos –aún dentro de las estructuras a dominancia neurótica–. Por ejemplo, la cuestión de las psicósomáticas, y de su inserción en estructuras psicopatológicas de distinto tipo.

Está ligado a ello el estatuto de las intervenciones del analista por relación a la existencia de un trastorno o de un síntoma en la economía libidinal, y a partir de esto qué función cumple la palabra, en tanto función interpretante, simbolizante, transcriptiva o traductiva.

La diferenciación, entonces, en psicoanálisis entre las representaciones que podemos denominar arcaicas, efecto de traumatismos severos, cuyo carácter indiciarlo se asemeja más a los signos de percepción [de los cuales Freud da cuenta en la carta 52 –ahora 112–], de o residuales de la represión originaria, y aquellas efecto de la represión secundaria que pueden ser recuperadas, como dijimos antes, por la libre asociación que les devuelve su estatuto lenguajero en el orden discursivo. La distinción, muchas veces olvidada en psicoanálisis, entre “fijado al inconsciente” y “fijado al sujeto”, que se plantea como distinción entre síntoma y compulsión, es también central en la definición de un análisis y en el modo de intervención del analista. Lo que queda fijado al inconsciente no insiste en el sujeto sino bajo un modo de retorno de lo reprimido que se establece siempre como transacción y a través de retoños. Este modo de retorno debe ser diferenciado de la compulsión, que opera como ejercicio pulsional directo, y de los modos de retorno de aquello que no encuentra un estatuto de fijación en el inconsciente y que deja librado al sujeto a la circulación de representaciones que lo atraviesan más allá de sus posibilidades de defensa.

La recuperación de los tiempos de estructuración psíquica como no lineales, sino como movimientos destinados al *après coup* en el proceso de constitución de la tópica, deja abierta la cuestión de una génesis que no

puede ser pensada como evolución lineal pero tampoco como ahistoricismo radical. En el juego que se abre entre la estructura de partida, edípica, en la cual cada uno de los integrantes protagonistas de inicio –padre y madre– está atravesado por la represión y es sujeto de inconsciente, es necesario redefinir la función del padre en los términos en que ha sido planteada desde hace ya tiempo por el estructuralismo. Y así como la función materna debe ser desdoblada en su carácter de pulsante y narcisizante, la función paterna debe ser redefinida en sus aspectos estructurantes y mortíferos: la rivalidad paterna, elemento constitutivo esencial de la prohibición, no puede ser eludida en el imperativo categórico que insta la castración, pero que guarda siempre la dimensión hipotética en razón del atravesamiento del padre por sus propios fantasmas inconscientes.

Sería absurdo sostener la función de prohibición del padre en el imperativo de cultura que regula la circulación de las mujeres. El impacto tópico de la norma debe ser explorado en sus consecuencias subjetivas. Y así como no se puede convencer a ningún niño que no se acueste con la hermana porque no tendría un cuñado para ir a pescar, no se puede plantear que las razones que motivan al padre a prohibir el incesto sean del orden del puro altruismo respecto a la donación que posibilita en el hijo el acceso a la cultura. El padre no sólo prohíbe porque se hace cargo de la transmisión de una ley de cultura, sino porque está en disputa, más o menos sangrienta, según las circunstancias, por la posesión de la madre. Cuanto menos sangrienta sea la disputa, más fácil podrá producirse la circulación edípica del hijo hacia la constitución del superyo, pero si no hay disputa sangrienta, si no hay hostilidad del padre, si no hay ningún tipo de rivalidad, si el padre realiza a través del hijo el deseo de apropiarse de su propia madre, tampoco se podrá producir la instalación de las instancias ideales.

Es en la diferencia que se plantea entre la estructura edípica de partida y los modos metabólicos y singulares en los cuales se juega la historia, que los procesos de constitución psíquica toman una dinámica propia en los tiempos de la constitución subjetiva. Y es esta singularidad la que determina el proceso de la cura. De ella deriva también la definición de los modos de operar del psicoanálisis en extensión: intervenciones que intentan el desanudamiento de los abrochamientos patógenos que se producen en la infancia y que incluyen también acciones clínicas en las intersecciones articuladoras de las relaciones intersubjetivas estructurales del niño.

La habilidad del analista reside en el cercamiento metapsicológico de estas variables, tanto en los tiempos de infancia como en aquellos momentos particulares de la clínica de adultos que requieren redefinición teórica y clínica. Y esto implica una aproximación que nos impulsa a elaboraciones cada vez más finas de nuestro instrumental teórico, de consecuencias prácticas, e incluso a una puesta al día de nuestras hipótesis de trabajo.

## **Resumen**

Frente a una situación en la cual cierta desilusión se produce ante la caída de la posición omnipotente que pretendía resolver todos los sufrimientos mediante el psicoanálisis, la autora propone, desde su perspectiva de trabajo, avanzar en la idea de que la fecundidad teórico-clínica del psicoanálisis tiene que ser recuperada con vistas a enfrentarse al siglo XXI, en un movimiento de pasaje que podría ser considerado como “de la alquimia a la química”. Cobrando conciencia, a la vez, de que la obra freudiana, como obra de partida, está inevitablemente llena de contradicciones, y que coexisten en ella los remanentes del pensamiento del tiempo en el cual se gestó, con sus aciertos y errores, por un lado, y

también contenidos valiosísimos que trascienden las formaciones científicas e ideológicas que le dieron origen.

La recuperación de los tiempos de estructuración psíquica como no lineales, sino como movimientos destinados al *après coup* en el proceso de constitución de la tópica, deja abierta la cuestión de una génesis que no puede ser pensada como evolución lineal pero tampoco como ahistoricismo radical. En el juego que se abre entre la estructura de partida, edípica, en la cual cada uno de los integrantes protagónicos de inicio padre y madre está atravesado por la represión y es sujeto de inconsciente, es necesario redefinir la función del padre en los términos en que ha sido planteado desde hace ya tiempo por el estructuralismo. Así como la función materna debe ser desdoblada en su carácter de pulsante y narcisizante, la función paterna debe ser redefinida en sus aspectos estructurantes y mortíferos: la rivalidad paterna, elemento constitutivo esencial de la prohibición, no puede ser eludida en el imperativo categórico que insta la castración, pero que guarda siempre la dimensión hipotética en razón del atravesamiento del padre por sus propios fantasmas inconscientes.

Cuestiones no sólo teóricas sino de consecuencias clínicas, ya que, concebido el inconsciente como fundado por la represión originaria y articulado en sus relaciones con los sistemas psíquicos secundarios, la pregunta ¿cuándo es posible analizar?, cobra una dimensión metapsicológica precisa, tanto para el análisis de niños como para el de adultos. Es en la diferencia que se plantea entre la estructura edípica de partida y los modos metabólicos y singulares en los cuales se juega la historia, que los procesos de constitución psíquica toman una dinámica propia en los tiempos de la constitución subjetiva. Y es esta singularidad la que determina el proceso de la cura. De ella deriva también la definición de los modos de operar del psicoanálisis en extensión: intervenciones que intentan el desanudamiento de los abrochamientos patógenos que se

producen en la infancia y que incluyen también acciones clínicas en las intersecciones articulado-ras de las relaciones intersubjetivas estructurales del niño.

La habilidad del analista reside en el cercamiento metapsicológico de estas variables, tanto en la infancia como en aquellos momentos particulares de la clínica de adultos que requieren redefinición teórica y clínica. Esto implica una aproximación que nos impulsa a elaboraciones cada vez más finas de nuestro instrumental teórico, de consecuencias prácticas, e incluso a una puesta al día de nuestras hipótesis de trabajo.

### **Summary**

Face to a situation which has produced the fall of the omnipotent position which attempted to solve all suffering through psychoanalysis, the author, from her working perspective, proposes to advance in the idea of recovering theoretical-clinical fertility of psychoanalysis with a view to the XXIst century, in a movement of passage which might be considered as that of the passage “from alchemy to chemistry”. Correspondingly, there must be increasing awareness of the fact that the Freudian oeuvre is inevitably full of contradiction, and that in it remains an anlage of the thought of the time in which it was gestated, with both its good and bad judgments on the one hand, and also most precious contents transcending their original scientific and ideological formations.

A recovery of psychic structuring times as non-linear, rather as movement fated to *après coup* in the process of the topographic constitution, leaves open the question regarding a genesis which cannot be thought of as a linear course or radical ahistoricism. In the interplay opened between the initial oedipal structure, where each of the initial protagonists father and mother is pierced by repression and is a subject of the unconscious, it is necessary to redefine the father's function in the terms

posed some time ago already by structuralism. Thus, the mother's function must be broken down into its pulsating and narcissising character, and that of the father redefined in its structuring and lethal aspects: paternal rivalry, an essential constitutive element of the prohibition, cannot be avoided in the categorical imperative which installs castration, but which always preserves the hypothetical dimension due to the fact the father is pierced by his own unconscious phantasms.

These are not simply theoretical matters: they also have clinical consequences, as when the unconscious is construed as funded by primal repression and articulated in its relationships with the secondary psychic mechanisms, the question. When is it possible to analyze? That acquires a specific metapsychological dimension for the analysis of both children and adults. The psychic constitution mechanisms obtain a dynamics, proper to them during the period of subjective constitution, through the difference posed between initial oedipal structure and metabolical and singular modes. And it is from this singularity that the curing process is determined. From it, likewise, derives the definition of the modes psychoanalysis operates in extension: interventions which attempt to undo pathogenic knots produced during infancy and which also include clinical actions in the interventions articulating the child's intersubjective structural relationships.

The analyst's capacity lies in the metapsychological fencing of these variables, both those pertaining to infancy and to specific moments in clinical work with adults, which require theoretical and clinical redefinition. This implies an approach encouraging us towards more and more subtle elaborations of our theoretical instruments impinging on practice, and even to update our working hypotheses.

Descriptores: APARATO PSÍQUICO / REPRESIÓN PRIMARIA /  
HUELLA MNÉMICA/ REPRESENTACIÓN /  
INCONSCIENTE / MÉTODO PSICOANALÍTICO

## EL CIRCUITO DE LA PULSIÓN GENERADOR DE LA FUNCIÓN “SUJETO”

*Bernard Penot\**

Con frecuencia se ha subrayado la ausencia de una teoría explícita del sujeto en Freud, y R. Cahn lo ha recordado en su relato al 51 Congreso de Lengua Francesa, en París –mayo 1991–.<sup>1</sup> Sin embargo, el texto freudiano *Pulsiones y Destinos de las Pulsiones* (1915) debería llamar la atención por la aparición reiterada, 9 veces, del término “sujeto” (subjekt) al lado del término “yo” (das Ich), y podemos sorprendernos que esto no haya sido relevado hasta el presente.

Yo no haré más que retomar brevemente lo que ya he desarrollado en otros trabajos<sup>2</sup> en relación a los momentos del trabajo de Freud sobre el concepto de pulsión donde él muestra la necesidad de apelar a la noción de *sujeto* –“el rol del sujeto” dice él–. Y es muy precisamente cuando él insiste en describir un *destino* ordinario de las pulsiones combinando dos movimientos complementarios: la *vuelta*<sup>\*\*</sup> de la actividad pulsional sobre el cuerpo propio, y la *inversión*<sup>\*\*\*</sup> de meta de una satisfacción buscada sobre el modo pasivo.

1. Freud propone en primer lugar ilustrar esto a través de un primer par pulsional antagónico, el sado-masochismo. Menciona al comienzo la actividad primera del pequeño, violencia objetivamente sádica sobre lo que está a su alcance, pero evidentemente inocente en la medida en que su grado de subjetivación es mínimo. En un segundo tiempo, él supone que el sadismo del niño va a tomar como objeto su propio cuerpo, en un ejercicio que el califica entonces de *auto-erótico*.

---

\* Miembro de la S.P.P.

\*\* Vuelta: retournement (N. del T.)

\*\*\* Inversión: renversement (N. del T.)

Y luego, él va a nombrar un tercer tiempo donde la pulsión busca satisfacerse sobre el modo pasivo, lo que aquí Freud elige llamar *masoquismo*. Veamos en qué términos él expresa esto<sup>3</sup>: “*es buscada en tanto que objeto, dice él, una persona extranjera, que luego de intervenir la transformación de meta, debe necesariamente asumir el rol de sujeto*”.

Es la primera aparición del término sujeto, por el cual Freud entiende manifiestamente designar al agente (exterior) de una actividad pulsional, sádica en la ocurrencia, susceptible de satisfacer la demanda masoquista de la propia persona. El habla entonces de un yo *pasivo* que habría remitido a la *persona extranjera* la posición (sádica) que al comienzo era la suya propia. Él concibe entonces, en efecto, esta posición pasiva –masoquista como secundaria, es decir procediendo del retorno–inversión de la impulsión sádica primera.

Con estos tres tiempos de la actividad pulsional, nosotros podemos constatar que Freud conjuga de modo bastante clásico, la posición del sujeto según las tres vías gramaticales, activa, refleja y pasiva.

2. Freud pasa a un segundo ejemplo de par de opuestos pulsionales, aquél cuya meta, dice él, es la de *mirar y mostrarse* –lo que será, en el lenguaje de las perversiones, el *voyerismo-exhibicionismo*.

Es describiendo el “destino” en forma de retorno-inversión de este segundo par pulsional, en el tercer tiempo, el de transformación a forma pasiva de la meta, es decir la satisfacción de ser mirado, donde Freud va nuevamente a evocar un *sujeto*. “*Hay al fin, dice él, la instalación de un nuevo sujeto al cual uno se muestra para ser mirado por él*”, este “nuevo sujeto” designa esta vez al sujeto-agente de una mirada exterior sobre sí.

Pienso que de entrada se desprenden dos consideraciones esenciales del esquema funcional propuesto por Freud a través del ejemplo de estos dos pares pulsionales.

- a) En primer lugar, tanto uno como el otro ilustran de modo destacado un carácter fundamental de la pulsión, a saber, que el ejercicio pulsional es siempre activo en su esencia (la pulsión es un trozo de actividad, dice él), aún cuando su meta es de satisfacción pasiva (ser mirado, ser mal/bien tratado). La expresión: uno se muestra (o mostrarse) que utiliza Freud traduce esto de un modo exacto; y me parece que la fórmula general “hacerse” es la más apropiada para dar cuenta de tal búsqueda (activa) de satisfacción (pasiva) expresando fundamentalmente la posición llamada femenina. Es mérito de André Green haber sabido expresar esta idea del papel clave de la transformación a forma pasiva de la pulsión (*passivation pulsionnelle*) en el proceso de la subjetivación verdadera<sup>4</sup>. Podríamos decir en suma que el sujeto freudiano debe proceder del juego mismo de la pulsión bajo pena de no ser más que *un falso self*...
- b) Pero cabe además subrayar que, en los dos ejemplos, el sujeto está en primer lugar designado por Freud como situado en el exterior – una *persona extranjera* dice él, instalada fuera de la persona propia—. Este sujeto exterior, agente de la actividad de mirar o de maltratar, designa claramente aquí otra cosa que aquello que convenimos ordinariamente en llamar un *objeto* de la actividad pulsional del niño. Ya en su Proyecto para una psicología científica (1895) Freud había tenido necesidad de plantear la función primordial de la persona ocupando para el pequeño niño lo que él llama el rol *de prójimo* (*Nebenmensch*), un otro real primordial, sin el cual la vida no sería posible.

En *Pulsiones y sus destinos*, Freud afirma primero la posición de principio según la cual la meta activa sobreviene antes que la meta pasiva, el sadismo antes que el masoquismo y el mirar antes que el ser mirado (p.

174). Peroramos a constatar después, en este punto, una verdadera vacilación de su pensamiento que va a llevarlo a sostener lo contrario nueve años más tarde en *El problema económico del masoquismo* (1924), donde plantea una posición masoquista primera como consecuencia de la prematuridad fisiológica del lactante humano. Freud no deja de señalar su cambio de perspectiva en una nota de 1924 (p. 173). Se mantiene el hecho de que esta destacada fluctuación concerniente a la primacía del masoquismo es en sí de un gran valor indicativo, ya que ella subraya de modo sintomático el carácter crucial, pivot, de la cuestión planteada, a saber, el papel decisivo del cierre del circuito (bouclage) sado-masoquista como condición del proceso de subjetivación y del nacimiento de una apropiación fantasmática en el ser humano. Es eso lo que él ilustra tan bien en *Pegan a un Niño*, (1919) con los tres tiempos de formación del fantasma, el segundo siendo de forma masoquista: yo soy golpeado por el padre.

Es muy particularmente a propósito de esta cuestión crucial de la subjetivación que Jacques Lacan inició, al comienzo de los años 50, a escrutar la obra de Freud. También su seminario de mayo 1964 sobre *La pulsión parcial y su circuito* me parece particularmente interesante para retomar hoy.

Toda pulsión es *sexual*, estima Lacan, y necesariamente *parcial* en relación a la supuesta meta biológica de la sexualidad –la procreación– que tiende a propulsar al individuo *más allá* de su propia economía de conservación. En la lectura que él hace de Freud, lo que aparece como central para Lacan, es la ida y vuelta donde cada par pulsional se estructura, en un recorrido específico de tres tiempos. Esto lo conduce a representar el cumplimiento de toda actividad pulsional como un circuito en forma de bucle, realizando una especie de crochet en dirección retro-activa alrededor del objeto buscado. Lo que se vuelve claro de ahí en adelante para él, es

que la satisfacción pulsional va a residir principalmente en el cumplimiento mismo de esta trayectoria más que en cualquier pretensión de asegurarse verdaderamente el objeto mismo. Esto me recuerda la máxima sobre la cual desemboca la famosa búsqueda del Graal: “la meta es el camino”...

La pulsión, dice Lacan, aprende atrapando a su objeto, que no es por ahí que ella es satisfecha, ya que ningún objeto de necesidad puede satisfacer la pulsión. Así es, en primer lugar, para la pulsión oral: “La boca que se abre en el registro de la pulsión, no es de alimentación que se satisface” —es lo que los pacientes bulímicos no cesan de enseñarnos—. Jamás ningún alimento da otra satisfacción que no sea la de bordear, delinear el objeto perdido faltante. Pero entonces, ¿detrás de cuál satisfacción primera “perdida-encontrada” la pulsión oral perseguiría su búsqueda?. Y bien, yo sugeriría que es sin duda aquella de haber podido percibirse a si mismo, en el origen, deleitable a los ojos de su madre...

También ciertos comportamientos destructivos de niños parecen procurar de modo primario un “hacer-se” mirar y bien/mal tratar que debe haber tenido un carácter carencial en la relación inicial con los padres.

Porque es aquí donde Lacan pretende continuar el avance teórico de Freud: “Si gracias a la introducción del otro, dice él, la estructura de la pulsión aparece, ella no se completa verdaderamente sino en su forma invertida, en su forma de retorno”. Es el caso de la exhibición perversa donde “aquello que es buscado por el sujeto es aquello que se realiza en el otro.” (p. 166). En relación al lugar del auto-erotismo en el circuito, Lacan subraya la inserción sobre el cuerpo propio del inicio y del fin de la pulsión. “Todo aquello que Freud deletrea, dice él, sobre las pulsiones parciales nos muestra el movimiento (...) circular del empuje que sale a través del borde erógeno (la fuente) para volver ahí como siendo ese su objetivo (auto-erótico), después de haber hecho el rodeo de algo que yo llamo el objeto a”.

La continuación es aún más sorprendente. “Yo sostengo, concluye Lacan, que es por ahí que el sujeto llega a alcanzar lo que es, propiamente hablando, la dimensión del gran Otro.” Se trata desde luego, del Gran Otro simbólico, tesoro de los significantes para el sujeto; pero Lacan deja escuchar aquí que se trata exactamente y al mismo tiempo del *Otro real* (el “prójimo” de Freud), aquel que asegura la función maternante efectiva. Si Marie-Christine Laznik-Penot fue la primera en subrayar en la obra de Lacan esta extraordinaria conjunción del Otro simbólico y del padre real, en el lugar mismo de sujeto exterior de la pulsión (conjunción que parece haber pasado curiosamente desapercibida en los grupos lacanianos), es porque sus análisis de jóvenes autistas con sus padres no dejaban de confrontarla a esta condición decisiva para toda subjetiva-ción<sup>6</sup>.

La teorización de J. Lacan puede conducirnos en efecto a la idea que el niño pequeño recibe la impronta primera, en su cuerpo, del discurso (verbal y gestual), de aquello que sirve de madre –discurso que organiza el recorte decisivo, y bien real, de sus zonas erógenas, y la investidura de los orificios *fuentes* de pulsiones. Es en el ejercicio reiterado del cierre del circuito pulsional (*bouclage pulsionnel*) que el sujeto naciente se presta a sufrir de este Otro (sujeto-agente externo) una impronta *significante* tomando para él valor de estructura, es decir de identidad. Todo ocurre como si *el real* de la pulsión debiera conjugarse, al inicio, con la *simbólica* del intercambio, para que pueda instaurarse una verdadera subjetividad

El dispositivo propio de toda cura psicoanalítica se presta para ser considerado bajo este ángulo: se presume que ahí se produce la apropiación subjetivante a través del ejercicio reiterado de hacerse escuchar, hacerse interpretar (hacerse analizar, se dice) abriendo una capacidad acrecentada de sentirse a sí mismo como *sujeto de ello* (*sujet de ça*).

Lo que Lacan subraya, es que toda pulsión en su circuito se encuentra encargada de ir en búsqueda de algo que, cada vez, responde en el Otro. En

este sentido, podemos insistir, a justo título, acerca del rol estructurante de la experiencia de satisfacción. Y el sujeto, concluye, va a nacer en tanto que en el campo del Otro surja el significante –es decir un elemento significativo de respuesta a su enganche pulsional.

Es en ruptura declarada con las concepciones naturalistas del sujeto, desarrolladas en el seno del movimiento psicoanalítico, y entre las cuales hay que ubicar sin duda a la corriente kleiniana, que Lacan considera el movimiento pulsional en su inicio, antes de que haya podido enganchar al Otro, como no conteniendo en sí ningún sujeto –como *acéfalo*, dice él–. No es sino a partir de la respuesta en el Otro que se va a caracterizar un sujeto en la persona propia. Para dar cuenta de este estado pre-subjetivo, Lacan retoma del *Proyecto* la noción freudiana de *Real Ich* caracterizado como “un sistema nervioso central (...) destinado a asegurar una cierta homeostasis de las tensiones internas” este *Ich* primero no implica ningún sujeto ya que la pulsión no ha cumplido su circuito complejo con su enganche al Otro.

Siguiendo siempre el modelo del Proyecto, Lacan comenta el tiempo ulterior, aquel *del yo placer purificado* (*Lust Ich*) que reposa sobre el hecho de que hay objetos que son buenos para el yo y otros a rechazar. Freud precisará más tarde en *La negación* (1925), como es tarea del juicio de atribución el separar lo que debe ser absorbido en mí o rechazado, determinando el adentro-afuera que especifica esta instancia del yo llamado global (*Gesamt Ich*). Pero vemos bien que, en el ejercicio reiterado de la trayectoria pulsional, será cada vez la respuesta en el Otro, el mensaje, en la señal parental (sobre todo el de su componente inconsciente), el que va a constituir una indicación decisiva para el yo naciente (*Lust Ich*) en cuanto al carácter bueno o malo de aquello que habrá podido presentarse a él para ser incorporado. Encontramos aquí el punto de partida de ese cuarto “destino” pulsional que Freud denomina la represión.

Es entonces a través de la realización del circuito pulsional que la instancia del yo global va a encontrar las condiciones de su génesis, ya que el ejercicio del juicio de atribución se determina a través del retorno pulsional a través de la respuesta en el Otro. Estamos lejos de la idea de un yo que sería autónomo en relación a las pulsiones...

El modelo en forma de circuito propuesto por Lacan se propone dejar de lado la oposición que había parecido necesaria a Freud entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo. Por otro lado, el hecho de dar una representación circular al trayecto pulsional sobrepasa también el problema de saber lo que conviene colocar en primer lugar –lo activo o lo pasivo, el mirar o el ser mirado, el sadismo o el masoquismo– así como el problema de la anterioridad del auto erotismo.

Sabemos que toda la segunda parte del texto de Freud: *Pulsiones y destinos de las pulsiones* va a ser consagrado al estudio de la pareja amor—odio. Pero hay que destacar que este último no se sitúa ya más para Freud en el registro propiamente pulsional. Tanto el amor como el odio subrayan, dice él, un dominio esencialmente narcisista: “los verdaderos prototipos de la relación de odio, afirma él, no son productos de la vida sexual sino de la lucha del yo por su conservación y por su afirmación” (p. 183).

Vemos aquí la relación al menos heterogénea, discordante, que la teoría freudiana tiende a establecer entre el registro de la persona-objeto de amor y de odio y de aquel del objeto que busca la pulsión. Lacan se empeñó en mostrar como este objeto pulsional (pequeño a) debe de alguna manera llegar a *ser desprendido* de la persona-sujeto investido en el exterior. La aptitud de este elemento despegable de poder volverse objeto de un fantasma subjetivado va a depender del modo en que el Otro habrá podido prestarse él mismo a la operación de simbolización, al tiempo pasivo-pronominal del cierre del circuito pulsional (bouclage pulsionnel).

Queda al pie que este modelo del circuito pulsional esbozado por Freud y revisto por Lacan conduce a pensar el interés en diferenciar, en el seno mismo del Ich freudiano, dos funcionalidades: aquella del yo propiamente dicho y la función –sujeto.

Nosotros hemos visto en el texto freudiano como el término sujeto surgía en el ejercicio mismo de la inversión pulsional. Pero concebir así al sujeto, como *agente de la actividad pulsional*, nos lleva a reconocerle en sí mismo las características propias de ésta. Empezando por la pulsatividad según la cual las inversiones *activo-pasivo* se conjugan con los retornos *auto-hétero*, en una circularidad reiterada que engendraría a la vez la intermitencia de sus manifestaciones y su constante aptitud a re-surgir. ¿Será el caso del sujeto que nos inspira la escritura?

El sujeto freudiano así concebido en su génesis pulsional se diferencia radicalmente no solamente del sujeto filosófico conciente de sí, sino también del sujeto lingüístico, diríamos reducido a lo simbólico. Es sin embargo este último que se impulsó curiosamente en los espíritus como herencia de Lacan, cuando vemos que el recorrido teórico de éste lo llevó, a partir de la pulsión, a colocar precisamente *S*, el sujeto del inconciente, del lado del ello (*das Es*)<sup>7</sup>.

Es de hecho una nueva “tópica” la que Lacan establece donde el yo como instancia, está posicionado por un lado como instancia narcisística, y el sujeto colocado del lado del ello. El yo es ahí concebido como agente integrador y de dominio (*maîtrise*), encargado de mantener la economía psíquica, una cierta homeostasis, bajo la égida del principio del placer y de su prolongamiento, el principio de realidad; es esta la instancia soporte de la unidad imaginaria de la persona (sobre el modelo corporal) y de su sentimiento de continuidad (*self*). Ahora bien, esta función narcisística debe de ser asegurada lo más frecuentemente por el yo, por medio de una estrategia contra-pulsional, prolongando de este modo la atribución primera

del *Real Ich* de servir al principio de placer por medio de la reducción de tensiones. Por el contrario el hecho de concebir al sujeto como agente de la pulsionalidad misma, implicaría reconocerle una funcionalidad diferente.

Pero una tal dualidad funcional y tópica yo-sujeto (*moi-sujet*) solo puede tomar su consistencia metapsicológica a partir del viraje del pensamiento freudiano de los años 20, con “*Más allá del principio de placer*”. Que la subjetivación verdadera no comience más específicamente sino a partir de la inversión masoquista, tiende necesariamente a inscribir también esta subjetivación en la paradoja de la economía narcisista (1924) que tanto cuestionó Freud y que lo condujo a concebir una nueva combinatoria pulsional incluyendo lo que él llama *pulsión de muerte*, pulsión de disociación, opuesta a *eros*. Por su parte B. Rosemberg ha muy bien subrayado el rol clave del masoquismo en el proceso mismo de subjetivación<sup>8</sup>.

Es que el surgimiento de la función - sujeto a través de la vuelta pasiva de la pulsión (*passivation pulsionnelle*) sitúa en el mismo momento al dicho sujeto *más allá del principio del placer*, y es sin duda ahí que se puede diferenciar mejor, en el seno de la equivocidad del *Ich* freudiano, lo que sería la función sujeto en lo que yo vengo de recordar de las funciones del yo. J. Lacan explicita este punto situando al sujeto en “*un más allá del ego*”, una manera de decir que este efecto sujeto no podría incluirse decididamente en la sola referencia al principio de placer, contrariamente a las identificaciones yoicas (*moiïques*) que parecen sostenerse allí fácilmente.

Freud había ubicado la existencia de lo que él llama las pulsiones sexuales *de meta inhibida*, es decir en cuanto a la satisfacción. Él plantea claramente que su satisfacción puede ser efectivamente alcanzada de otro modo que por la descarga, abriendo la vía a ese otro “destino” pulsional que es la *sublimación*. Es claro que la subjetivación gana mucho al

afirmarse en esta vía donde nuestro *goce* de sujeto deseante mantiene una relación paradójica con lo que *es placer por descarga* –marcando ésta más bien el límite de la interrupción, la finitud de este goce en tensión del sujeto, connotado de un mínimo de masoquismo–. [Una perspectiva muy diferente propuso Paul Denis en su relato donde concibe toda pulsión como dotada de un componente de dominio (*emprise*) en dirección del objeto, e insiste por el contrario sobre el carácter pasivo de la satisfacción que él asimila a la descarga –esta combinatoria le hace sin duda dejar de lado el rol específico de la pulsión de muerte].

Concluiré sobre el interés clínico posible del modelo del circuito pulsional evocado, para especificar mejor diversas patologías de la subjetividad, como fracasos particulares del circuito pulsional fundador. La clínica del niño pequeño es en este sentido rica en enseñanzas: trátase de *anorexias* del lactante o de condiciones de desarrollo de la *pulsionalidad anal* del bebe, encontramos ahí con gran frecuencia la incidencia-clave de la incitación pulsional inconciente por el otro materno.

Algunos tratamientos de jóvenes *autistas*, si ellos han logrado ser llevados adelante tempranamente, dan a veces al terapeuta la ocasión de participar de un verdadero nacimiento de las zonas erógenas –el orificio bucal de estos niños, en primer lugar, se vuelve borde erógeno continente, y fuente de pulsiones. El yo que llamaré yo *sin sujeto* del autista puede entonces dejar de dar vueltas en el vacío con sus estereotipias que lo mantenían más acá del latido temporal de una verdadera pulsionalidad<sup>9</sup>. G. Haag ilustra este más acá pulsional del autista al inicio.

Además del yo-máquina del autista, se podría caracterizar otros yo patológicos como constituyendo cada uno una forma de fracaso a “engancharse” pulsionalmente la respuesta en el Otro: Yo simbiótico, yo esquizofrénico, yo paranoico...

Las somatizaciones pueden, sin duda, ser consideradas como un efecto particular de corto-circuito de la trayectoria pulsional que haría retorno sobre el cuerpo propio sin lograr un enganche anterior en el Otro.

Las patologías comportamentales y diversas formas de *psicopatías* ilustran a su manera, en qué medida la capacidad de asumir una actividad pulsional en la persona propia (persona moral) puede depender del hecho de haber experimentado en si mismo el peso de vivirla sobre el modo pasivo. La compulsión más o menos despersonalizada en el actuar de numerosos delincuentes parece testimoniar la carencia de “haberse hecho bien”, que los precipita en “hacerse meter en prisión”.

Yo evocaré, para terminar, mi trabajo con los adolescentes, que consiste la mayoría de las veces en buscar las condiciones de una subjetivación verdadera. La tendencia característica de algunos jóvenes de acercarse a la muerte hasta rozarla, me ha sensibilizado mucho en cuanto al interés y a la eficacia de una diferenciación conceptual entre el registro identificatorio yoico (moiïque) que se juega en el apareamiento imaginario conformidad — oposición, y el ejercicio generador, en cada uno, de una capacidad reiterada de desprenderse como *‘sujeto* de un propósito personal y pulsional.

Traducción: Maren Ulriksen de Viñar.

## **Resumen**

Se interroga la noción de sujeto en la obra de Freud, en relación al destino de las pulsiones en sus dos momentos complementarios, de vuelta sobre el propio cuerpo y de inversión de meta a una satisfacción pasiva.

La inversión de la impulsión sádica primaria se da a través de la búsqueda de una satisfacción pasiva en una “persona extranjera”, agente – exterior– que asume la función pulsional activa (sádica), mientras el yo se satisface en una posición pasiva-masoquista.

Este momento de transformación a forma pasiva del carácter activo de la pulsión (ser mirado, ser cuidado, ser maltratado) será fundamental en el proceso de subjetivación verdadera y el cierre del circuito sado-masoquista aparece como condición del proceso de subjetivación y del nacimiento de la apropiación fantasmática.

Retomando la teorización de Lacan acerca del cumplimiento del circuito pulsional y su satisfacción, se sugiere que la primera satisfacción sería el percibirse a sí mismo, en el origen, deleitable a los ojos de la madre. Se introduce la noción de otro, no sólo de Otro simbólico de Lacan, sino al mismo tiempo un Otro real –el prójimo– que al completar la estructura de la pulsión en su forma invertida, de retorno, asegura la función maternante efectiva. La conjunción del Otro simbólico y del padre real están en el lugar de sujeto exterior de la pulsión.

La impronta significativa de este Otro, sujeto-agente externo toma valor de estructura, de identidad para el sujeto naciente, conjugando el real de la pulsión con la simbólica del intercambio.

Se puede considerar que en el curso del tratamiento psicoanalítico se produce la apropiación subjetiva a través del “hacerse escuchar, hacerse interpretar”, lo cual abre la capacidad de sentirse a sí mismo como sujeto de ello, más allá del ego.

Se trabajan las nociones de yo como instancia narcisista, agente integrador y de dominio de una unidad imaginaria apoyada en el modelo corporal, y de sujeto (del inconsciente) como agente de la actividad pulsional.

Se concluye señalando el interés clínico del modelo propuesto del circuito pulsional, con ejemplos de patologías graves en niños y jóvenes.

## **Summary**

Note of interrogation about the notion of subject in Freud's work, in relation to the destiny of the instinct in its two complementary moments once again over the private body and of an inversion to a passive satisfaction as goal.

The inversion of the primary sadistic impulse happens through the search of a passive satisfaction on a "foreign person", exterior agent that assumes the (sadistic) active instinct function, while the self ego is satisfied in a masochistic-passive position.

This moment of transformation to passive form of the active character of the instinct (to be watched, to be care, to be maltreated) will be fundamental in the truly subjectivity process; the end of the sado-masochistic circle is the condition of the subjectivity process and the birth of the phantasmagoric appropriation.

Coming back to Lacan's theory about the accomplishment of the instinct circle and its satisfaction, it is recommended that the first satisfaction should be to perceive one self, in the origin, delightful at the look of the mother. Introducing the notion of another, not only of symbolic Another of Lacan, but at the same time one real "another" –the fellow creature– that once completed the structure of the instinct on its inverted form, of return, affirms the effective mother function. The conjunction of symbolic Another and of the real father are in the place of exterior subject of the instinct.

The significant sign of this Another, extern agent subject takes value of structure, of identity for the subject born, conjugating the reality of the instinct with the symbolism of the interchange.

It is possible to consider that in the course of the psychoanalytic treatment happens the subjective appropriation (by making oneself to listen, making oneself to interpret). This opens the capacity of felling it self as "ich subject", further than the "ego".

The notions of the self ego as a narcissistic instance, integrate agent, domination of an imaginary unit based in the corporal model and the subject (of the inconscious) as an agent of the instinct activity.

The conclusion shows the clinic interest in the proposed model of the instinct circle, with examples about grave pathologies in children and youth.

*Traducción del resumen: Nicolás Canessa*

Descriptores: SUJETO / OBJETO REAL / OTRO / YO / PULSIÓN /  
DESTINOS DE LA PULSIÓN / VOYEURISMO /  
SADISMO-MASOQUISMO / ACTIVIDAD-PASIVIDAD

### **Bibliografía**

1. CAHN R. “Du sujet”, rapport au 51ème Congrès de Langue Française, Paris, mai 1991 –in *Revue Française de Psychanalyse*, 6/1991.
2. PENOT B. “Passivation pulsionnelle, incomplétude et subjectivation”, in *Revue Française de Psychanalyse*, 1993, spécial congrès, p. 1663.
3. FREUD S. *Oeuvres complètes*, Paris, P.U.F. vol. XIII, p. 173.
4. GREEN A. “Passions et destins des passions”, in *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n° 21/ 1980 –repris dans *La folie privée*, Gallimard, p. 186.
5. LACAN J. *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, édit. du Seuil, 1973, p. 159, etc.
6. LAZNIK-PENOT M.C. “De la mise en place complète du bouclage pulsionnel”, in *La clinique de l’autisme*, édit. Point Hors ligne, Paris 1993, pp. 107 á 125.

7. LACAN J.: séminaire *Le moi* (1954-55), édit. du Seuil, p. 284.
8. ROSEMBERG B. *Masochisme mortifère et masochisme gardien de la vie*, monographie de la Revue Française de Psychanalyse, P.U.F. Paris, 1991.
9. DENIS P.: rapport au 52ème Congrès de L. F. –in Revue Française de Psychanalyse, 5/1992.

## UN ORIGEN PROBABLE DE LA NOCIÓN DE PULSIÓN\*

*Enrique Gratadoux*<sup>1</sup>

### I.

En diferentes momentos del pensamiento freudiano: 1905, 1915, la noción de pulsión, aparece como “dada”, evidente por sí misma (confrontar la introducción del término en Tres Ensayos...) Su inclusión en el discurso científico de Freud, no aparece claramente justificada. ¿Cuándo, por qué y cómo se orientó Freud a considerar la importancia de la energía somática para la vida psíquica? ¿De dónde partió para desembocar en la noción de pulsión?

Buscando respuesta a estos interrogantes, pesquisamos algunos de los primeros trabajos de Freud, lo que nos condujo al Manuscrito E de 1894. Su lectura promovió una especie de sentimiento de “dépjà vu”, que remitiría al hecho de que allí se plantean ideas que se repetirían o reelaborarían en trabajos posteriores. El Manuscrito E nos impresionó como una especie de “borrador” de algunos capítulos de los trabajos de Metapsicología.

La finalidad de esta nota, es la de transmitir algunas de las reflexiones surgidas a partir de la comparación de dos épocas del pensamiento freudiano: 1894 y 1915.

Estas reflexiones persiguen:

- justificar nuestra impresión sobre la continuidad del pensamiento de Freud en este tema, entre ambas épocas.
- explicitar la existencia, en los dos momentos considerados, de un modelo subyacente similar, en cuanto a las interrelaciones de la energía, las representaciones y los afectos.

---

\* Trabajo presentado en el Seminario de Metapsicología, A.P.U. 1987, a cargo de los Docentes: Dr. Héctor Garbarino, Lic. Silvia Braun de Bagnulo y Dr. Juan Carlos Neme.

1 Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Obligado 1169. CP 11300.

- llenar cierta laguna en cuanto al origen de la noción de pulsión: trataremos de justificar su ubicación probable en el Manuscrito E.

## II.

La observación clínica, enfrentó a Freud con la existencia de la angustia. El Manuscrito E lo muestra preocupado con el origen de esta. Lo comienza afirmando: “Enseguida tuve claro que la angustia de mis neuróticos tiene mucho que ver con la sexualidad.” (1. p. 229) Desearíamos extendernos en esta “ocurrencia” que vincula causalmente sexualidad y angustia. En cuanto a su origen quedará aclarado en la Autobiografía; en diferentes oportunidades tres respetados colegas, Charcot, Breuer y Chrobak, le habrían explicitado informalmente el nexo entre sexualidad y neurosis. Para nuestros fines es del mayor interés que la observación de Chrobak se hizo a raíz de una paciente virgen, con “absurdos ataques de angustia” cuyo marido era impotente. Estas tres sugerencias, “habrían quedado dormidas durante años hasta que un día despertaron como un conocimiento en apariencia original.” (3, p. 1898, 4, p. 2771) La función de tal “ocurrencia” quedará aclarada en Pulsiones y sus destinos. Se trataría de una de aquellas ideas abstractas que guían la observación científica, ideas que no surgen de la sola experiencia, que parecen extraídas del material empírico, aunque en realidad éste les es subordinado. Se trataría de una «convención» cuyas relaciones con el material empírico “se cree colegir aún antes de que se las pueda conocer y demostrar” (5, p. 113)

Por la misma época, encontraba en la neurosis de angustia un trasfondo constante de excitabilidad general. Este elemento “teóricamente muy importante” ya que indicaba a su juicio una “acumulación absoluta o relativa de excitación” [o energía] (2, p. 184) Existía un exceso de energía cuyo origen debía explicarse.

Está implícito que por adherir a la escuela de Helmholtz, Freud no podía concebir su aparición *ex nihilo*, debía responder a alguna energía producida en otra parte.

En un principio consideró que podía tratarse de una angustia continuadora de la sentida en el acto sexual, esto es, una angustia “recordada” o histérica, por razones teórico clínicas, descartó esta posibilidad. (1, p. 229) No siendo “recordada”, debía ser “actual”. La presencia de angustia en mujeres tanto anestésicas como sensibles [argumento oscuro], lo llevó a descartar su posible origen psíquico, concluye pues que “lo que produce angustia es un factor físico de la vida sexual” (1, p. 229) Más adelante expresa su suposición de que se *trataría* de una “acumulación física de excitación, es decir, una acumulación de tensión sexual física” (1, p. 230) Esta acumulación, respondería a una descarga estorbada de dicha tensión.

Para poder aclarar el origen de esta descarga estorbada, debió explicitar la forma en la que a su juicio se descargarían habitual o normalmente las tensiones físicas, en particular la tensión física sexual, cosa que hizo bajo el rótulo de “mecanismo normal de la tramitación de tensión acumulada” (1, p. 229)

Tratándose el “Mansucrito E” de una comunicación epistolar y por tanto informal, resulta difícil de resumir. Pedimos entonces disculpas por vernos obligados a transcribirlo largamente.

Se distinguen aquí dos tipos de excitación: exógena y endógena. Para la tramitación de la primera, “basta cualquier reacción que aminore en la psique en el mismo quantum la excitación psíquica” (1. p. 231) Por su parte a la excitación endógena, se le atribuye un origen (una fuente) en el mismo cuerpo, el manejo eficaz, será aquél que impida que se siga produciendo excitación en los órganos terminales correspondientes. (1, p.231)

El proceso es descrito así: “Uno puede representarse aquí que la tensión endógena crece de manera continua o de manera discontinua; en cualquier caso solo se la nota cuando ha alcanzado cierto umbral. Solo a partir de ese umbral es **valorizada psíquicamente, entra en relación con ciertos grupos de representaciones** que luego ponen en escena el remedio específico. Entonces, a partir de cierto valor, una tensión sexual despierta libido psíquica, que luego lleva al coito, etc. Si la reacción específica no puede producirse, crece desmedidamente la tensión psicofísica (el afecto sexual), se vuelve perturbadora, pero no hay todavía fundamento alguno para su mudanza. Ahora bien, en la neurosis de angustia esa mudanza sobreviene; por eso, ahora nos aflora el pensamiento de que ahí se trataría del siguiente descarrilamiento: la tensión física crece, alcanza su valor de umbral con el que puede despertar afecto psíquico, pero por razones cualesquiera el anudamiento psíquico que se le ofrece permanece insuficiente, es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas: así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en, ... angustia” (1. p. 232)

Por ser útiles a nuestros fines, de lo transcrito desprendemos las siguientes conclusiones primarias

- se destaca el papel de la ligazón psíquica.
- la energía endógena (tensión física), para tener «existencia» psíquica, para ser “valorizada psíquicamente”, debe entrar en relación con representaciones. En otras palabras, esta energía no está presente *per se* en lo psíquico, sólo lo estará si se “anuda” a representaciones.
- el afecto no es la energía endógena, surge como resultante del “anudamiento” o “ligazón” de la energía con representaciones.

La situación del afecto se aclara un poco más adelante. En sus párrafos finales dice Freud: “Toda vez que una tensión sexual física se genera en

abundancia, pero no puede devenir afecto en virtud de un procesamiento psíquico [...] la tensión sexual se muda en angustia” (1, p. 234)

[NOTA. A nuestro juicio, los términos enfatizados de la cita, “procesamiento psíquico” oscurecen el sentido del texto. Encontramos que la Standard Edition (I, p. 194) reza: “... cannot be turned into affect by psychical working-over ...” Según la lista de sinónimos de Laplanche y Pontalis, esta locución remite a. “Psychische Verarbeitung” es decir, elaboración psíquica. Para el lector habitual de Freud, las connotaciones de elaboración psíquica serían más ricas que las de procesamiento psíquico; por ésta y por razones que veremos más adelante, proponemos sustituir una locución por otra.

De la cita se desprendería que para Freud el destino (o uno de los destinos) de la tensión sexual física es transformarse en afecto.

Señalamos como conclusiones entonces:

- la excitación endógena no podría estar presente como tal en el psiquismo, “deviene afecto en virtud de una elaboración psíquica”
- se destaca el papel de la elaboración psíquica

Siempre que se lee un texto a la luz de elaboraciones posteriores de un mismo escritor, se corre el riesgo de encontrar en él más de lo que el autor realmente tenía en mente, de sobreinterpretarlo. No obstante ello, no creemos haber forzado el texto para hacerlo decir lo que no dice, lo que no estaba en el ánimo del autor. El lector decidirá si nuestras conclusiones iniciales surgen o no con naturalidad de las citas.

### **III.**

Es nuestra impresión que en Pulsiones y sus destinos, Freud desarrolla ideas que estaban presentes en los pasajes transcritos.

Se distinguen también aquí dos tipos de excitaciones; exógenas y endógenas. Las primeras se resuelven sustrayéndose de la fuente de

estímulo por medio del sistema muscular. (5, p. 116) Las segundas, mediante una modificación apropiada de la fuente interior de estímulo. (5, p. 114) Se define la pulsión como un “representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma...” (5, p. 117)

Es decir que:

- la pulsión no es la excitación endógena, la representa.

En Lo Inconciente, Freud plantea que la pulsión a su vez está representada: “... Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo nada podríamos saber de ella” (7, p. 173) Encontramos aquí los dos representantes de la pulsión: la agencia representante de la pulsión es decir “una representación o grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica.” Junto a ella, otro elemento, se trata del monto de afecto y “corresponde a la pulsión en la medida que ésta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos” (8, p. 147)

Vale decir que:

- la pulsión se torna cognoscible por su unión a representaciones o expresándose como afecto.
- se recalca la importancia de la ligazón psíquica, la pulsión debe “adherirse” a una representación.
- la pulsión es a su vez representada por representaciones y monto de afecto. Este último es descrito en función de una interrelación previa entre excitación y representaciones

La comparación entre ambas épocas, permite hallar una continuidad entre una y otra, cosa que se hace más clara si reordenamos las conclusiones que hemos creído poder extraer de ambos trabajos.

Con ellas, confeccionamos el siguiente cuadro:

---

Manuscrito E

---

Escritos de metapsicología

---

Se destaca el papel de la ligazón psíquica

Se recalca la importancia de la ligazón psíquica: la pulsión debe adherirse a una representación

---

La energía endógena (tensión física) para tener “existencia” psíquica, para ser valorizada psíquicamente debe entrar en relación con representaciones. En otras palabras esta energía no está presente *per se* en lo psíquico, solo lo estará si se “anuda” a representaciones

La pulsión no es la excitación endógena: La pulsión se torna cognoscible por su unión a representaciones o por su expresión como monto de afecto. La pulsión es a su vez “representada” por representaciones

---

El afecto no es la energía endógena surge como resultado del “anudamiento” o “ligazón” de la excitación con representaciones.

La pulsión es “representada” por el monto de afecto, quien depende a su vez de la interacción de la excitación con las representaciones.

---

La excitación endógena no podría estar presente como tal en lo psíquico, “deviene afecto en virtud de una elaboración psíquica”.

¿???

---

Se destaca el papel de la elaboración psíquica.

---

En nuestro cuadro, la importancia de la elaboración psíquica expresada en el Manuscrito E, parece no tener correlato en Pulsiones y sus destinos. Creemos que esta falta de correspondencia es más aparente que real. Recordemos un fragmento de la definición de pulsión: “... medida de la exigencia de trabajo que le es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (5, p. 117) Si se acepta la sustitución propuesta más arriba, surge más claro lo que queremos significar. El trabajo, *arbeit*,

impuesto a lo anímico, sería el de la *Psyche Verarbeitung*, el de la elaboración psíquica. (9, p. 105) En español podemos hacer el mismo juego de palabras si recordamos que trabajo = labor. El trabajo al que alude la definición de pulsión, es el de la *elaboración* psíquica.

#### **IV.**

El cuadro expresa a nuestro juicio las correspondencias entre las ideas vertidas en 1894 a propósito de la “tensión física sexual” y algunos aspectos de la noción de pulsión desarrollados en 1915.

Quedaría así satisfecha la intención de demostrar una continuidad entre los trabajos de las dos épocas estudiadas. La continuidad permite reconocer en el modelo de pulsión, una reelaboración y enriquecimiento del modelo de la “tramitación normal de la tensión física”.

- En ambas reencontramos el mismo esquema de una energía invistiendo (anudándose a, entrando en relación con) representaciones, de esta interacción surge lo afectivo.
- En ambos casos, la excitación somática actúa por “delegación” en lo psíquico.
- En ambas épocas el nexo entre afecto y representación aparece como contingente o por lo menos inespecífico. No se explicita que exista un nexo necesario entre determinadas representaciones y determinados afectos.

#### **V. Conclusiones**

En suma pues reconociendo en la noción de pulsión la importancia de la energía somática para la vida psíquica, nos preguntamos más arriba cuándo, porqué y cómo fue que Freud comenzó a estudiar este tema. Podemos aportar una respuesta parcial:

¿Cuándo? Alrededor de 1894.

¿Por qué? Porque debía explicarse un fenómeno patológico acuciante: la angustia.

¿Cómo? Guiado por la premisa del nexo etiológico entre sexualidad y angustia y desarrollando un modelo acerca de la tramitación de la excitación endógena.

Con ello esperamos haber demostrado el origen clínico de las especulaciones que llevaron al modelo que a su vez desembocó en la noción de pulsión. De ser ciertas las elaboraciones del trabajo, la pulsión perdería en parte su carácter mítico o por lo menos sabríamos algo sobre los orígenes del mito.

## VI Apéndice

La lectura del “Mansucrito E”, nos llevó a detectar dos errores (seguramente tipográficos) en la traducción de Etcheverry, o por lo menos dos discrepancias entre ésta y la Standard Edition. Es conveniente que el lector interesado tome nota de ello, ya que el sentido original parece quedar invertido. El texto del que disponemos, Tomo I, O.C. A.E. 1982, dice en su página 232: “Angustia virginal. Aquí el ámbito de representación destinado a acoger la **tensión psíquica** no está todavía presente...” La S.E. dice en este mismo pasaje: “... Here the field of ideas which ought to take up the **physical tension ...**” En la página 233, numeral 5, leemos: “se trata, otra vez, de un desvío psíquico, pues a la atención se le impone otra meta y se le ataja el procesamiento de la **tensión psíquica ...**” En este pasaje, la S.E., habla de “**physical tension**”.

Estas discrepancias merecieron una carta al traductor Don José Luis Etcheverry a la que respondió con la misiva que se transcribe:

“Buenos Aires, 19 de Agosto del 88

Estimado señor Gratadoux: le agradezco infinito que me haya señalado el error cometido en nuestra traducción: tensión *física* debe decir. En cuanto a

*Verarbeitung*: en nuestra versión está siempre traducido por “procesamiento”: como el de un aparato. Y reservamos la connotación rica “elaboración” para *Bearbeitung* (p. ej. Goethe traduce una obra de Diderot y en la portada dice: elaborado (*bearbeitate*) en alemán por Goethe) Cada vez que aparece *Bearbeitung* es “intrapsíquico”, y *Verarbeitung* denota al alma como modelo de aparato en su relación con energías físicas, como muy bien lo entiende Ud.

(firmado) José Luis Etcheverry.

## **VII. Resumen**

Se comparan el “Manuscrito E” y “Pulsiones y destinos de pulsión”. El autor encuentra en ambos trabajos una serie de correspondencias en las interrelaciones entre: la energía, las representaciones y los afectos. El autor cree encontrar en el modelo de la pulsión una reelaboración y enriquecimiento del modelo de la “tramitación normal de la tensión física” del “Manuscrito E”.

Se agregan en el apéndice dos correcciones a la versión del “Manuscrito E” aparecida en la edición de Amorrotu de 1982, reeditada en 1986. Se transcribe una carta del traductor de la misma, Don José Luis Etcheverry que avala estas correcciones y explicita su elección de los términos “procesamiento” y “elaboración” para traducir “*Verarbeitung*” y “*Bearbeitung*” respectivamente.

## **Summary**

“Draft E” and “Instincts and their Vicissitudes” are compared. The author finds in both papers a series of correspondences in the interrelation between: energy, representations and affects. The author believes he find in instinct model: a reelaboration and an enrichment of “Draft E” “normal processing of physical tension” model.

The appendix contains two corrections of the version of “Draft E” that figured in Amorrortus Edition, 1982 reedited in 1986. A letter of translator Mr. José Luis Etcheverry is transcribed, which confirms these corrections and explicits his election of the terms “process” and “elaboration” as a translation of “*Verarbeitung*” and “*Berarbeitung*” respectively.

Descriptores: PULSIÓN / ANGUSTIA / SEXUALIDAD /  
EXCITACIÓN / LIGADURA / AFECTO / ELABORACIÓN

### **VIII. Bibliografía**

- 1) FREUD, S. Manscrito E. O.C., Tomo I, A.E, Bs. As. 1982.
- 2) FREUD, S. La neurastenia y la neurosis de angustia. O.C., Biblioteca Nueva, T. I, España.
- 3) FREUD, S. Historia del Movimiento Psicoanalítico. O.C., Biblioteca Nueva, T. V, España.
- 4) FREUD, S. Autobiografía. O.C., Biblioteca Nueva T. VII, España.
- 5) FREUD, S. Pulsiones y destinos de pulsión. O.C., A.E. Ed. Bs. As. 1984
- 6)
- 7) FREUD, S. Lo inconciente. O.C. A.E. Ed. Bs As. 1984
- 8) FREUD, S. La represión. O.C., A.E. Ed. Bs. As. 1984
- 9) LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. Vocabulario de psicoanálisis. Labor España 1974.

**LA REALIDAD PSÍQUICA DEL ANALISTA:  
“UNA VIRTUALIDAD ENTRE LA EXPERIENCIA  
Y LA CREACIÓN”<sup>1</sup>**

*Luz M. Porrás de Rodríguez<sup>2</sup>*

*“...Lo que vieron mis ojos fue simultáneo:*

*lo que transcribiré, sucesivo,*

*porque el lenguaje lo es.*

*Algo sin embargo recogeré.”*

*J. L. Borges. El Aleph.*

Estas reflexiones parten, y están nutridas, de mi experiencia y de diversos trabajos efectuados sobre el “qué-hacer” del analista <sup>(5-12)</sup>.

“El trabajo –arbeit– de devenir (ser) analista provoca “cambios”, no sólo en la sesión, también en el diálogo con otros analistas, nuestras lecturas, nuestra historia” (Porrás, 1992) <sup>(7)</sup>.

En el análisis hay un encuentro de dos realidades psíquicas que configuran una realidad fáctica. Realidad psíquica del analista, que comprende un espacio virtual, que está configurada por la experiencia analítica en su doble vertiente: el análisis personal y la experiencia como analista. “Realidad virtual”, aspecto paradójico de la función, que no está permanente y totalmente disponible, dado el carácter de la dinámica de los procesos inconscientes.

---

1 Presentado como Relato Oficial del Tercer Encuentro del Litoral Atlántico Sur (APU Y GEP de P) Mayo, 1995, Pelotas Brasil. Presentado como Trabajo Libre en las IX Jornadas Psicoanalíticas de APU, Setiembre, 1995. Montevideo. Presentado como Trabajo Libre en el XXIII Congreso Interno y XXXIII Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 3/4 de Noviembre, 1995 Bs. As. Argentina

2 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Dir. Br. Artigas 1414 P 1, 11300, Montevideo, Uruguay.

*Realidad virtual que configura parte de la realidad psíquica del analista.*  
Trataré de exponer algunas consideraciones para abrir *este espacio* y *esta realidad* a la reflexión, recogiendo elementos que amplíen el campo para pensar la experiencia.

¿Qué modificaciones se organizan en ese *espacio virtual*, espacio de la experiencia analítica? ¿Qué alteraciones y efectos se producen en la *realidad psíquica* del analista?, ¿qué se organiza de nuevo –*de nuevo*– en cada uno de nosotros en esa *realidad virtual*?

Estos hechos de la realidad psíquica del analista no están ordenados en una causalidad lineal y progresiva, sino que toman sentido a posteriori, convocando en el aquí y ahora un entramado (reinscripciones, carta 52), dando lugar a la creación de nuevos sentidos, un más que la suma de ellos. Eficacia simbólica de la tarea no sólo en el analizando, sino también en el analista, donde caleidoscópicamente varias historias y la vida misma se encuentran.

En un trabajo clínico, Ameglio (1991) acota “al margen”:

“El analizando llegaba tarde, ...*Así también quedaba despojado de mi posibilidad, de mi tiempo, y mi función analítica...*” <sup>(1)</sup>

Márgenes en la escucha, espacio y temporalidad sólo compartida con los pacientes, márgenes en los que somos espectadores activos (transferencia, contra transferencia), que nos enriquece como analistas pero limita nuestro tiempo libre, marginalidad desde donde tiene que rescatarse el analista finalizada su función. (Porrás, 1992) <sup>(6)</sup> Es allí desde donde el analista se reintegra a un funcionamiento de su realidad psíquica en proceso secundario.

Márgenes de una disponibilidad en más o en menos, siempre presente en nuestra tarea, pero que en situaciones especiales se privilegian. Por ejemplo: la movilización en el analista de material asociativo de situaciones

no saldadas (muerte de pacientes) en relación a material aportado por analizandos. (Porrás, 1990) <sup>(5)</sup>

Escribe Pontalis (1986) <sup>(4)</sup>

*“Cada “analizando”<sup>3</sup> inventa su camino que no es más que suyo. Cada uno organiza su entramado.”* Cada analista construye a través de su historia como analizando, su formación y su práctica; todas ellas jugándose en *“otra escena”*, dando lugar a otra *“historia”* y otras posibles que la retroalimentan. Lugar de un espacio, virtual, locus simbólico, que señala en esta función una realidad psíquica creada y recreada una y otra vez; que se alimenta de qué-hacer y de la vida misma.

Este espacio virtual creado (**neoformación**) de la tarea analítica le da una configuración a la realidad psíquica del analista que tiene su conexión con los procesos inconscientes del analista y de sus analizandos (proceso primario, atemporalidad, memoria inconsciente); allí cada uno le dará su propia impronta.

A partir de esta idea y con el aporte de **“material de análisis”**<sup>4</sup> (Porrás, 1994) <sup>(12)</sup> me he encontrado con una figura que he dado en llamar **“restos”**. (Porrás, 1992) <sup>(6)</sup>

Pienso que puede ser incluida dentro de la metapsicología freudiana (tópica, económica y dinámicamente), reflexión pendiente para otra instancia.

Este modo de expresar situaciones no tramitadas como *“restos”*, me la sugirió el material de análisis de un paciente que cursaba un duelo patológico. Sus padres habían fallecido con 8 días de diferencia, repetición siniestra, un velatorio y un entierro que coincidieron en el mismo día de la

---

<sup>3</sup> Parafraseo dice *“soñante”*.

<sup>4</sup> Señalaría con mayor legitimidad el uso de la expresión de *“material de análisis”* (PORRAS 1994) y no de *“material clínico”* que connota más el punto de vista diagnóstico con reminiscencias que vienen de la medicina, donde no aparece privilegiado el carácter dinámico; Freud llamaba a sus casos *Historiales* a los que les adjudicaba nombres propios, o alusivos a algún elemento intrincado a la dinámica del proceso analítico (El hombre de la ratas) dando cuenta de la importancia de los procesos inconscientes hallados con el empleo del método psicoanalítico.

semana. El paciente luego de varios años de análisis debe reducir los “restos” de su abuelo, que estaban en un panteón familiar muy antiguo; los funcionarios del cementerio le comunicaron, que si los féretros estuviesen rotos (había varios) la reducción no se llevaría a cabo, dando lugar a una “**Confusión de Restos**”; figura legal que lleva de hecho y de derecho a sellar el panteón. (Porras, 1992) <sup>(8)</sup>

Esta “**confusión de restos**” también remite a *condensación* y *desplazamiento, con-fusión*, que hace sellar la posibilidad de elaborar dos duelos que quedan confundidos; el paciente funde los restos (metonímicos) de los vínculos con sus padres impidiendo la disposición libidinal para tramitar ambos duelos. Sugiero que a modo de estos “restos”, sería posible que **el abundante material** de nuestros pacientes, quedara asociado inconscientemente, desbordando nuestra capacidad analítica.

Otra de las vertientes de estas reflexiones se relacionan a material de análisis en situaciones no resueltas analíticamente de mi práctica; me refiero a casos donde el proceso analítico ha quedado suspendido, ya sea por muerte de un paciente (Porras, 1990) <sup>(5)</sup> o por abandono del análisis (Porras, 1992) <sup>(7)</sup>.

Este aporte sobre “Confusión de Restos” me permitió darle a estas situaciones, una representación.

En un primer intento podría describir y considerar algunas formas en que puedo dar cuenta de estos “**restos**” en mi práctica. Pienso que estas situaciones podrían configurar *una serie con el aporte de situaciones identificables como tales en otros analistas*. Debo también dejar el margen (¿otros márgenes?) a la duda ya que puede ser un modo de relatar y describir mi experiencia al que no es ajena mi historia personal.

Consideraré, más discriminadamente, tres puntos:

- 1) En primer término señalaría la acumulación de restos transferencia-les (no sólo de ellos) que agostan nuestro trabajo, debido a situaciones

que tocan puntos álgidos del analista. Puntualizo: identificaciones muy sobredeterminadas, por situaciones vitales que puedan tener puntos en común, y procesos transferenciales no resueltos, así como la patología del paciente, a lo que se une el exceso de trabajo por parte del analista. Nuestro trabajo con pacientes neuróticos y en algunos casos psicóticos, crea un interjuego de material conflictivo, que le pertenece a los pacientes, y/o connota puntos de confluencia de los conflictos del analista. En algunos casos este material no se hace consciente; material analítico que nos altera, cristalizando situaciones de compromiso transferenciales, que operan como “*Gedankenmassen*”, masa de pensamientos reprimidos que, como relata Freud <sup>(2)</sup> en relación a los olvidos, atraen y actúan como fuente de represión. Material analítico que invade los afectos y pensamientos del analista en su vida diaria, ya sea en forma más o menos consciente, (*los restos, lo desechable, lo no tomado en cuenta, lo descartable, los pensamientos al margen*).

- 2) En segundo término me referiré a los restos transferenciales que no se pueden elaborar, en aquellos casos en que un paciente muere. Al referirme a “el **duelo del analista**”, destacaría que es una situación límite del análisis, no sólo porque la muerte lo interrumpe, sino porque el analista queda suspendido en su función, la transferencia no puede ser elaborada en el trabajo analítico; la pérdida del paciente lo altera, en la medida que la alteridad del analizando, ha quedado depositada en él sin posibilidades de revertido en el campo de la transferencia, lo des-realiza. En un caso clínico el duelo, tuvo “**solución psicoanalítica**” (Porrás 1990) <sup>(5)</sup>, entendiéndolo por ello “*la conexión en el trabajo del material o “resto” (que falta o que queda), en nuevas*

*situaciones<sup>5</sup> –dentro del campo analítico– que pone en movimiento procesos inconscientes transferenciales”.*

- 3) En tercer término me referiré al abandono del análisis por el paciente, que tiene su punto de contacto con lo anterior (muerte del paciente) en la medida de la no elaboración de la situación transferencial en el campo analítico; en estos momentos, el analista sólo puede tramitar los restos transferenciales a través de lo imaginario, fantaseando sobre el abandono (con inferencias a través del material analítico), a lo que se agrega la *esperanza* en un re-encuentro, que conecta al analista no sólo con los restos transferenciales sino también con las pérdidas de

éste. Problema que se resuelve sólo parcialmente; creo que una posibilidad de explicación metapsicológica es que ese material analítico puede surgir, como retorno de lo reprimido, como síntoma, o cuando es convocado por otro material analítico en el trabajo. Otro destino posible puede ser una “**producción**” escrita, así como una **ocurrencia**<sup>6</sup> *que surge en un momento armada y fugaz* en los intercambios científicos (Porras, 1992)<sup>(7)</sup>. Pienso que los trabajos con material analítico tienen algo que ver con la tramitación de estos restos. En dos casos presentados<sup>7</sup> (Porras, 1992)<sup>(7)</sup> pude elaborar (*durcharbeit*) a posteriori con los pacientes que retomaron el análisis la situación de abandono, continuación del proceso analítico, que es proceso no sólo para el paciente sino para el analista en su función, que puede procesar en este segundo momento de su trabajo lo que quedó suspendido.

---

5 La conexión se produjo varios años después con el material analítico de una paciente, que convocó en el analista el material de un paciente que había fallecido.

6 “La Einfall (ocurrencia) es lo que llega a la conciencia emergiendo bruscamente... como el monstruo de Lochness que surge del agua y aparece en forma inesperada.” Cita de P.L. Assoun

7 En las viñetas publicadas, ambos pacientes habían perdido a uno de los padres en la infancia.

Proceso encadenado en el qué-hacer del analista que configura, en esta dimensión la realidad psíquica del analista, en continua permeación con su inconsciente y el de sus pacientes; proceso que encadena un plus en la función analítica. Conjunción de nuestra historia como analistas que permanentemente se re-inscribe, resignificándose, en un circuito retrogradiente y progrediente, en forma diferente para el analista y el analizando por la disimetría analítica.

La tarea diaria del analista **“no transcurre sin consecuencias”** genera otra historia articulada con encuentros y desencuentros, a través de fantasmas propios y ajenos. La historia del trabajo analítico, esa otra historia que nos incumbe y nos realiza como analistas, es donde se procesan las historias transferenciales de nuestros pacientes, así como las situaciones no tramitadas de nuestra práctica. Nuestro qué-hacer es resignificado e ingresa como **“otra historia”**.

A esta **“otra historia”**, vinculada a la realidad psíquica del analista, la he denominado **historia analítica** (experiencia analítica y análisis personal), que tiene su bisagra en la formación teórica. Una historia que se realiza en el espacio de la virtualidad analítica y que paradójicamente ingresa en nuestra propia historia (temporal) a través de *“otro registro”* (atemporal) que tiene que ver con el inconsciente.

La realidad psíquica del analista, merece otra reflexión, que tiene que ver con ciertas consecuencias del trabajo analítico sobre los investimentos libidinales de éste, que tendrán más o menos peso de acuerdo a los rasgos de personalidad del analista. Por un lado está lo que se ha dado en llamar la *narcisización del analista*, cierto solipsismo en que puede quedar captado en las peripecias imaginarias transferenciales, a lo que agregaría que en otros casos puede operar en sentido contrario, ya que continuamente tenemos que hacer *un trabajo (arbeit) de des—investimiento transferencial del soporte imaginario* de las transferencias de nuestros pacientes, lo que

crea en el analista sentimientos de vacío, depresión y desvalorización. (Porras, 1992) <sup>(8)</sup>

Estas consideraciones dan sentido a lo que va quedando de la tarea como **resto:**

*“... que crea una situación donde la escucha analítica es modificada por los límites, ya sea configurando espacios de conflicto que son el punto de inflexión donde se pueden conciliar o estallar las diversas teorías que nos habitan, y que pueden favorecer la reflexión psicoanalítica”* (Porras, 1993) <sup>(9)</sup>. *“...si es posible rescatar en la otra orilla los márgenes de disponibilidad libidinal para ello.”* (Porras, 1992) <sup>(6)</sup>

Zona virtual de disponibilidad o de conflicto, de creatividad, lugar (locus) de una neo-formación **“la realidad psíquica del analista”**, también lugar de engarce simbólico desde dónde es posible tramitar y transitar por *“las transferencias”*... <sup>8</sup> *“El analista tiene ese doble lugar de destinatario de la transferencia, lugar en el que es convocado, pero también lugar de la transferencia, que no le concierne.”* (Pontalis, 1990) <sup>(5)</sup>

Como señalaba en otro trabajo (Porras, 1993) <sup>(10)</sup> citando a Normand (1992) *“... que la historia de una formación es “transferencia”<sup>9</sup> de una historia pero también historia de una transferencia”*... y continúa escribiéndose en la práctica analítica en mil formas caleidoscópicas, *“que se tejen y se juntan por mil”*.<sup>10</sup> Esta otra historia se teje y crece en las sombras, enlaza nuestros fantasmas y es soporte de la práctica, donde retorna como un plus.

Del mismo modo en el ejercicio de la función de Supervisor Curricular (Porras, 1994) <sup>(11)</sup> el analista es convocado, en situaciones complejas transferenciales, por el candidato y los materiales que se supervisan. Esta

---

8 Según una expresión en “plural” de Pontalis.

9 En el sentido simbólico de transferir bienes o hacer transferencias bancarias, ¿dimensión simbólica de la transferencia? ¿posibilidad de que surja un significante nuevo?

10 “...Los hilos deslizan invisibles/ cada gope los liga por millares...” Goethe, cit. por Freud en la Interpretación de los sueños.

situación crea un campo propicio para la evocación –convocación de material de análisis del acervo del analista–, que retorna como un plus de la experiencia y permite el enlace con el material que convoca. Se re-elabora algo del **resto** de nuestro qué—hacer, que no ha sido tramitado totalmente.

**A veces es resto que resta (en menos), pero otras es el resto (lo que resta) que favorece un plus de saber sobre nuestro inconsciente.**

Estas circunstancias dan la posibilidad de observarnos en nuestra tarea de analistas, plasmar en la escritura una experiencia a ser transmitida. Lo que no es tramitado en el analista, *puede retornar en una ocurrencia que se escribe reinscribe como trasmisión* (Porras, 1992) <sup>(7)</sup>.

En estas situaciones se reunieron de un modo particular diversas experiencias, la realidad psíquica del analista, en su virtualidad, donde no ha sido ajena la historia del analista y su formación, que es también “*otra historia*”.

*“Según una vieja leyenda ilustrada por Piero della Francesca en Arezzo, el árbol con que se fabricó la cruz procedía del árbol de la ciencia.”*<sup>(13)</sup>

## **Resumen**

En este trabajo se considera la realidad psíquica del analista como una virtualidad; el análisis personal y la experiencia analítica crea esta realidad virtual que no está totalmente disponible, en virtud de la dinámica de los procesos inconscientes. Se consideran las situaciones no resueltas de la práctica que dejan suspendida la función del analista, dejando restos transferenciales no totalmente tramitados (abandono del análisis y muerte de pacientes). También se homologan estas situaciones a la dinámica del trabajo analítico donde sería posible que el abundante material (restos) de los pacientes, quedaran asociados inconscientemente, desbordando nuestra capacidad analítica. La experiencia analítica le da un perfil al analista a través de la historización de su que-hacer. A esta **otra historia**, la he

denominado **historia analítica** que se realiza en la virtualidad analítica, y que ingresa en nuestra propia historia engarzada con lo que he considerado **restos**.

### **Summary**

This paper considers the psychic reality of the analyst as a virtuality; his personal analysis and his analytic experience create this virtual reality which is not fully available, because of the dynamic nature of unconscious processes. The paper considers those situations that have not been settled in our practice, which cause the analyst's function to remain suspended and leave transference **remains** that have not been fully worked out (abandonment of the analysis or death of the patient). These situations are also confirmed by the dynamism of the analytic work, where the overabundant material (remains) of our patients might remain unconsciously associated and overflow our analytic capacity. His analytic experience grants the analyst a certain profile through the historicization of this work. I have called this **other history, analytic history**; it is realized in the analytic virtuality and enters, our own history, linked up to that which I have considered as remains.

Descriptores: REALIDAD PSÍQUICA / PSICOANALISTA /  
TRANSFERENCIA SESIÓN PSICOANALÍTICA /  
MATERIAL CLÍNICO

## **Bibliografía**

1. AMEGLIO, F. (1991) Renée... Narcisismo fálico, completud narcisista. Comunicación Científica en APU, Inédito. Circulación interna, 20 de marzo de 1991.
2. FREUD, S. (1898) Sobre el mecanismo psíquico del olvido. España, Ed. Santiago Rueda, Tomo XII, 1956.
3. NORMANO H. (1992) “Modes de formation a l’APF. Bilan et interrogations”. Documents et Débats, N° 38, France, Bulletin intérieur de l’Association Psychanalytique de France. Inédito, 1992.
4. PONTALIS, J-B. (1990) La force d’attraction. France, Éd. du Seuil, 1990.
5. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1990) Analizando. Sobre una forma particular de duelo. En Trasmisión. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 72/73: 187-202, 1991. Presentado como trabajo libre en el XVIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Río de Janeiro (FEPAL), Agosto 1990.
6. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992) Unbehagen... Unbewussten. Jornadas Internas de APU, Inédito, Montevideo Uruguay, abril de 1992.
7. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992) La mente y el qué-hacer del analista. En Malestares. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 76:163-170, 1992. Presentado como trabajo libre en el XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Publicación del Congreso, p.723-732, Montevideo Uruguay, FEPAL, 1/7 de agosto de 1992.
8. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992) ¿Incomoda el inconsciente? En Malestares. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 76:171-179, 1992. Presentado como trabajo Libre en el XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis Fepal, p.733-740, Montevideo, Uruguay, Publicación del Congreso, 1/7 de agosto de 1992.

9. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1993) Desde la mente del analista... “a través de su inconsciente”. Discusión del trabajo Psicoanalizar (en) el interior. Sousa P. L. y col. Primer Encuentro de Psicoanalistas del Litoral Atlántico Sur, Pelotas, Brasil, Mayo 1993. Inédito.
10. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1993) La Transferencia, campo de “reflexión”: formación y secreto. VIII Jornadas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay “La Neurosis hoy”. Publicación de las Jornadas, p. 133.140, Montevideo, Uruguay, 24/26 de setiembre de 1993.
11. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1994) La Supervisión: re-visión. Segundo Encuentro de Psicoanalistas del Litoral Atlántico Sur, Pelotas, Brasil, Mayo 1994. Inédito.
12. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1994) El material psicoanalítico y la teoría: una confluencia. Fundamentación de Seminario teórico clínico. Instituto de Psicoanálisis, Noviembre 1994.
13. MARTÍNEZ DE MERLO, L. (1988) Traductor y comentarista de la Divina Comedia. España, Eds. Cátedra, 1988.

# ASPECTOS TEÓRICOS DE LA PRÁCTICA ANALÍTICA. LA FUNCIÓN DEL SUPERVISOR Y LA SUPERVISIÓN\*

*Luz M. Porrás de Rodríguez<sup>1</sup>*

*“Ya estaba donde el resonar se oía  
del agua que caía al otro círculo,  
como el que hace la abeja en la colmena;”*

*Dante Alighieri*

*Infierno, Canto XVI; ver. 1-3*

El título halla su justificación en la medida en que el Analista moviliza los tres pilares de su formación, ya sea, analizando, actuando en las funciones de Supervisor y de Docente, y también él nuevamente, en forma de espiral, supervisando el material de sus analizandos.

Señalaría para reflexionar sobre este tema, los siguientes puntos:

- I. El analista en su función como Supervisor.
- II. Analista analizando y su necesidad de supervisar.

## **I. El analista en su función como Supervisor**

El **Analista/Supervisor** (expresión de H. Engelbrech, 1988) <sup>(1)</sup>, es relanzado continuamente a un cierto trabajo auto-analítico, a través de situaciones transferenciales-contratransferenciales complejas.

La Función de Supervisión crea un espacio nuevo; en éste se configura en forma sesgada el retorno de la **experiencia analítica**, que se hace

---

\* Este trabajo tiene una versión previa titulada “La Supervisión: revisión”. Fue presentada en el “Segundo Encuentro de Psicoanálisis del Litoral Atlántico Sur” Mayo/1994 Pelotas, Brasil. Fue discutido también en el Grupo de Supervisores del Instituto de Psicoanálisis de APU el 27 de junio de 1994.

1 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Dirección: Br. Artigas 1414 p.1 Tel 77 20 41. Abril 1995

disponible al servicio de la función, y **opera en el analista como disparador de una reelaboración (*ducharbeit*) de la experiencia.**

Esta situación le da al analista en su qué-hacer un plus; **un plus en su disponibilidad de la experiencia que favorece reelaboraciones así como la resolución de situaciones analíticas.**

En este punto debemos anotar que esta **situación dinámica**, es capaz de generar resonancias (*...el resonar se oía/del agua que caía al otro círculo...*) que favorece el trabajo de auto-análisis, lo que nos hace retornar al campo de nuestra fantasmática, al modo del recorrido de la Banda de Moebius.

El analista, en su formación, es pasible de la formulación freudiana respecto al análisis terminable e interminable. **Formación continua, dinámica que remite a la especificidad de la tarea vinculada a los procesos inconscientes y que configura en parte a la realidad psíquica del analista.**

La Función del Supervisor Curricular crea un **campo de transformaciones** en el analista que permiten investigar sobre sus procesos inconscientes.

*¿En este campo de transformaciones cuáles son los espacios que se le abren al analista?*

En primer término diría que es un **espacio analítico**, sesgado en un corte diferente, inherente a la Función de Supervisión. Tarea compleja, donde también hay una regla de abstinencia específica que opera como en un análisis.

Por otro lado nos encontramos con el **Candidato/Supervisando** que a través del material analítico es portador de transferencias telescopadas de su paciente a supervisar. Situación, en realidad bastante más compleja que configura un verdadero "*prisma transferencial*" (Porrás, 1992) <sup>(2)</sup> a lo que no es ajeno el Supervisor.

*¿Cuáles son los límites de estos espacios?*

Dentro de estos límites señalaría, los **espacios transgresivos**, que corresponderían a transgresiones en la situación de Supervisión.

Consideraría como una de ellas la usurpación por parte del Supervisor del lugar del Analista (tendencia a interpretar, etc.) a lo que habría también que acotar la postura “docente”, ya que la integración teórica le debe corresponder al Candidato en su pasaje por los Seminarios.

Las motivaciones de la transgresión pueden deberse a los efectos contratransferenciales en el Supervisor provenientes del paciente a supervisar; pero también hay que considerar las características personales del Candidato que también “provocan” contratransferencias. Estas puntualizaciones tendrían que ver con el campo de la supervisión.

Otra situación transgresiva puede verse cuando el **Analista/Supervisor** invade el campo con sus “**cosas**” (el analista habla demasiado de lo suyo). Esta situación plantea otro problema, por un lado, puede estar mostrando la necesidad del reanálisis del supervisor, a lo que añadido que el hecho de ser Analista no da cuenta de la capacidad para desenvolverse en la Función de Supervisor o de Docente; por lo que una desadecuación, transgresión de éste en el encuadre puede deberse a sus características personales que mostraría que no está en condiciones para ejercer dicha función. <sup>(3)</sup>

## **II. El Analista supervisando y su necesidad de supervisar**

La Supervisión debe considerarse como una instancia formativa continua del Analista más allá de la Supervisión curricular.

El Analista tiene “necesidad” en algún momento de Supervisar; en algunas situaciones, el motivo manifiesto puede ser la conflictiva creada por pacientes difíciles; en otros momentos la necesidad está intrincada, donde destacaría una cierta pérdida o colapso de la función psicoanalítica.

En estos casos el analista elige un interlocutor válido para intercambios puntuales o más permanentes; estos **“encuentros” (con un encuadre pre-establecido) pueden dar lugar a resignificaciones en la mente del analista, cierto insight que va más allá de los problemas concernientes al paciente. La Supervisión en este caso operaría al modo de un insight analítico.** En este campo el analista encuentra puntos para su **trabajo de auto-análisis**; cuando no es así puede plantearse la necesidad de un re-análisis.

Señalaba en un trabajo anterior que el exceso en la tarea diaria, así como el tratamiento de numerosos pacientes graves podían dejar restos transferenciales, donde la capacidad analítica puede encontrarse resentida, agostada (Porrás, 1992) <sup>(3)</sup>. Se ha señalado por diversos autores la importancia de que el analista disponga de cierta tranquilidad y no esté disturbado por problemas personales graves.

*“En nuestro que—hacer hallamos situaciones no tramitadas, que nos habitan, como parte de “restos” (conscientes e inconscientes) de nuestra función. Más allá de los límites restan, situaciones analíticas frustras, (...) donde la contratransferencia no puede ser revertida en el campo analítico para ser elaborada” “... sería posible que el abundante material de nuestros pacientes (restos), quedaran asociados inconcientemente, desbordando nuestra capacidad analítica (los motivos son diversos, múltiples y sobredeterminados)” (Porrás, 1992) <sup>(3)</sup>.*

He considerado la posibilidad de reelaborar parte de la experiencia analítica en un trabajo reciente (Porrás, 1994) <sup>(4)</sup>, donde se destaca cómo las situaciones no elaboradas totalmente, entran al campo de la realidad psíquica del Analista a través de su trabajo. **El Analista analizando también como una “durcharbeitung”.**

La función de Supervisión, la Supervisión del Analista, el reanálisis o la posibilidad de escribir pueden darle a estas situaciones calidad formativa y creativa.

## **Resumen**

Se reflexiona sobre el Analista/Supervisor, y sobre el Analista supervisando. La Función de Supervisión crea un espacio donde se configura en forma sesgada el retorno de la experiencia analítica, y opera en el analista como disparador de una reelaboración al servicio de la función. Esta situación le da al analista en su quehacer un plus; un plus en su disponibilidad de la experiencia que favorece reelaboraciones así como la resolución de situaciones analíticas.

Se señalan los espacios transgresivos. Entendiendo por ello en la situación de Supervisión, la usurpación por parte del Supervisor del lugar del Analista y del Docente. La Supervisión del Analista fuera de la situación curricular puede generar un plus, un insight psicoanalítico, cuando los problemas no son exclusivamente del paciente. La Función de Supervisor Curricular le da al Analista la posibilidad de un plus en la disponibilidad de su propia experiencia.

## **Summary**

In the paper we reflect on two situations: on the Analyst/Supervisor, and on the Analyst supervising. The Function of Supervision creates a space: and here, in a biased manner, is configured a return to the analytic experience, which becomes available at the service of the function, and operates in the Analyst triggering a new working through of the experience. This situation gives the Analyst a bonus in his task; a bonus by way of the availability of the experience which in turn favours new working together with the resolution of analytical situations. Transgression spaces are indicated. By

this, and in the supervision situation, we mean the Supervisor usurping the Analytic and Teaching functions. Supervision of the Analyst out the curricular situation may generate a bonus, a psychoanalytic insight, when the problems are not exclusively on the patient's side. Given the dynamic specificity of unconscious processes, the Analyst is permanently training.

Descriptores: SUPERVISIÓN / FORMACIÓN PSICOANALÍTICA /  
ELABORACIÓN

### **Bibliografía**

1. ENGELBRECHT, H. (1988) Proceso de supervisión y el proceso analítico. En Psicoanálisis e Identidad. I Congreso Peruano de Psicoanálisis. Ediciones Psicoanalíticas Imago, Lima, Perú, 1989.
2. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992) Unbehagen... Unbewussten. lomadas Internas de APU, Inédito, Montevideo Uruguay, Abril de 1992.
3. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992) ¿Incomoda el inconsciente? En Malestares. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 76:171-179. Presentado como Trabajo Libre en el XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis (FEPAL), Montevideo, Uruguay. Publicación del Congreso, p. 733-740, 1/7 de agosto de 1992.
4. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1995) Realidad psíquica del analista: una virtualidad entre la experiencia y la creación. Inédito, Montevideo Uruguay.
5. PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M., LÓPEZ DE CAYAFFA, C, Uriarte de Pantazoglu C., García Castiñeiras, I., Balestra, G. (1994) Nuevo Plan de Estudios: un Instituto en movimiento. (APU) Primer Encuentro de Institutos de Formación Psicoanalítica, "Bases y futuro de la formación psicoanalítica". Asociación Psicoanalítica Argentina Publicación

fotocopiada de circulación interna del Encuentro. Buenos Aires, 30 de junio/ 2 de julio de 1994.

# INVESTIGANDO LA EXPERIENCIA ANALÍTICA: UNA PROPUESTA<sup>1</sup>

*Marta Nieto y Ricardo Bernardi (coordinadores)*

*M. Altman, G. Bouza, M. Cárdenas,*

*B. de León, A. Miraldi, C. Uriarte<sup>2</sup>*

## **Nota Introductoria (1996)**

Se (me pidió una breve historia del camino que condujo a lo que ahora es un Laboratorio de Investigación de la APU. En verdad sólo puedo contar esta historia desde mi experiencia personal, es decir, que puedo dejar de lado otras cosas que también han confluído; yo me referiré a aquellas que he vivido y por las que siento más afinidad.

Yo diría que la investigación responde a una actitud, una disposición, que surge de una fascinación muy especial por el campo del psicoanálisis. Así como se pueden enumerar las siete maravillas del mundo, para mí el mundo del inconsciente sigue siendo la primera maravilla, la cual no deja de sorprenderme nunca. Esta actitud o disposición ciertamente es algo que he sentido siempre como compartido con otros en nuestra Asociación. Estaba ya en Willy y Madeleine Baranger. De los seminarios con ellos recuerdo la actitud de expectativa, de no encontrar las respuestas enseguida, de búsqueda continuada. De ahí también lo de dar la delantera al paciente,

---

1 Los autores de este trabajo hemos decidido mantenerlo para su publicación tal como fue redactado en 1984, porque consideramos que su contenido sigue teniendo interés en la actualidad, pero también porque refleja un momento de la actividad de investigación de nuestra Asociación. Necesitamos no perder la memoria de los caminos que hemos recorrido. Esta razón nos ha llevado a incluir unas palabras de Marta Nieto, que recogen algunos aspectos de la historia de nuestros grupos de investigación. Tomamos estas palabras de la transcripción casi textual de una intervención realizada por Marta cuando abrió la discusión de un trabajo realizado recientemente por el Laboratorio de Investigación y que fue discutido en APU el 24 de noviembre de 1995

2 Marta Nieto. Miembro titular. Bvar. Artigas 4 Ap. 702. CP 11300. Ricardo Bernardi. Santiago Vázquez 1140. CP 11300. Marina Altman de Litvan. José Ma. Montero 3096. CP 11300. Graciela Bouza de Suaya. Mariano Uriarte 6474. CP 11600. Marta Cárdenas de Espasandín. Avda. Brasil 2623/801. CP 11300. Beatriz de León de Bernardi. Santiago Vázquez 1140. CP 11300. Aída Miraldi. Blanes 1041. CP 11200. Clara Uriarte de Pantazoglu. Lord Ponsomby 2460. CP 11600.

dejarlo que vaya delante y seguirlo, observando por dónde va, qué pistas deja, cómo podemos acompañarlo sin quitarle la iniciativa. En esos temas trabajé luego en los Seminarios de Teoría de la Técnica, en un momento en el que David Liberman tenía en Buenos Aires un grupo de varios analistas que trabajaban con él en el estudio del material registrado de las sesiones. De mi encuentro con Liberman, recuerdo la satisfacción al encontrar esas afinidades que hacen que uno no se sienta caminando solo, sino en compañía de otros. Creo que ahí se estableció para mí la importancia de separar el trabajo que hacemos en la sesión –que es, sin duda, también investigación– de la investigación que podemos hacer luego de la sesión con esa rica experiencia recogida y que debe poder ser utilizada por otros, para que algo que puede hacer avanzar al psicoanálisis no quede como un secreto que cada uno guarda en la intimidad del consultorio.

En 1975 –hace ya dos décadas– en ocasión de tener que hacer una reflexión sobre la práctica analítica, se me planteó el interrogante de saber cuáles teorías psicoanalíticas usaba predominantemente en ese momento de mi práctica. Me pareció que para contestar tenía que hacer una pequeña investigación sobre mi práctica: qué teoría, cuáles referentes teóricos estaba usando a partir de lo que mostraba el material del trabajo con mis pacientes. Para ello recogí material en forma adecuada a esta meta, porque las preguntas influyen en la forma de recolectar el material, hay una relación entre el modo de recoger el material y las metas que uno se propone. Podemos decir que es una cuestión de metodología.

Esto dio lugar a que en 1976, en el Congreso Latinoamericano de Buenos Aires, llevara esos resultados iniciales a una mesa redonda con Liberman y Szpilka (están publicados en el Suplemento N° 8 de nuestra revista). El panel se titulaba: “Integraciones y diversificaciones entre diferentes esquemas referenciales: su utilidad para el desarrollo teórico y técnico”. Yo conté la pequeña indagación sobre mi propia práctica, y la sorpresa que me

deparó el comprobar que había teorías que no usaba ya –y me preguntaba por qué– junto a teorías que usaba de tal modo o de tal otro. Eran cosas de las que no me había dado cuenta hasta que me puse a hacer esa pequeña investigación. Me preguntaba también si había analizandos con los que se trabaja mejor en el marco de ciertas escuelas de pensamiento. Ya en la época teníamos diversos esquemas referenciales (Freud, Klein, Bion, Winnicott y empezaba a estar Lacan). Encontraba que ciertas formulaciones se ajustaban mejor a ciertos pacientes que a otros. La segunda pregunta que me hacía era por la elección por parte del analista de ciertas teorías con preferencia a otras. Eso siempre me produjo una gran curiosidad, empezando por mí misma. ¿Por qué tal teoría y no tal otra? En la elección había motivaciones no racionales, oscuras.

El tercer punto era el del valor instrumental de las teorías. Las teorías psicoanalíticas sirven como parte de un instrumental para pensar la experiencia analítica, es decir tienen un valor subordinado frente a la experiencia: probamos un instrumental. La palabra que encontré es la de llamar a las teorías “aproximaciones útiles”, no más que eso. Eso me permitía tomar de distintas teorías, pero sin confundirlas, reconociendo lo original de cada una de ellas. En esto creo que le debo mucho a haber visto a Bion trabajando como investigador, diciendo que los analistas no podemos discutir sobre nada, si no definimos primero los términos, porque una misma palabra quiere decir cosas distintas para cada uno. Si no decimos lo que esa palabra es para cada uno de nosotros, caemos en una conversación de sordos.

En el panel de 1976 estaba presente Ricardo Bernardi y en él encontré la resonancia de alguien que tenía la misma actitud y en realidad, eso fue el comienzo de un trabajo que por largos años compartimos. En los años siguientes funcionaron varios grupos de trabajo en los que el tema de la investigación ocupaba un lugar central y en los que participaron muchos

miembros de nuestra Asociación, algunos de los cuales forman parte del actual Laboratorio de Investigación. Recuerdo entre otros a Marina Altmann de Litvan, Graciela Bouza, José L. Brum, Marta Cárdenas, Cristina López de Cayaffa, Ana María de Barbieri, Beatriz de León, Aída Fernández, Ángel Ginés, Cristina Martínez, Aída Miraldi, Leopoldo Müller, Clara Uriarte –en este momento seguramente no estoy recordando a todos–. Con ellos discutimos estas y otras ideas. En un momento invitamos a Octave Mannoni a entrar en nuestra conversación, lo que dio lugar a una correspondencia sobre distintos problemas que fue muy estimulante para nosotros. El Suplemento N° 44 de la Revista de la APU recoge algunas de estas marchas y reflexiones, que giraban en torno a la diversidad de teorías en psicoanálisis. Este trabajo –gracias a la introducción que hizo Ricardo entre nosotros de las ideas de Kuhn– nos llevó al problema de la inconmensurabilidad de las teorías. Mi impresión siempre había sido que a veces la búsqueda de consenso nos empobrece, mientras las diferencias pueden enriquecernos.

El relato que el grupo llevó colectivamente al Congreso Latinoamericano de 1982 recoge estas ideas, que están también en diversos trabajos de esa época (de L. Müller, A. Ginés, J.L. Brum, A. Fernández y de Ricardo –que escribía y escribía–). Fue muy estimulante llevar estos trabajos a Buenos Aires para ser discutidos en las reuniones de Adep, en las que estaban Klimovsky y muchos otros colegas argentinos –creo que la Secretaria era Janine Puget–. Si recuerdo bien esto fue en 1983. En *un* trabajo hecho con Ricardo en 1984, para otro Congreso Latinoamericano en Buenos Aires –era un Panel sobre Investigación en Psicoanálisis, en el que nos encontramos nuevamente con Liberman–, resumíamos la doble orientación de nuestro quehacer: hacia las diferencias en las teorías (que un poco nos llevó a una teoría de las diferencias), y hacia la relación entre la teoría y la experiencia. Esto nos llevaba a un tema que es para mí como una debilidad,

el de la escucha psicoanalítica. Inventamos el término “segunda escucha”, para distinguir la escucha en la sesión, de esta otra escucha que hace un grupo de investigadores con un material leído. Intentamos acercarnos –lo más libres de teoría posible– a esa fantasía que va emergiendo al escuchar el material y tratamos de plasmar esta experiencia en una serie de observaciones. Discutimos mucho hasta dónde era posible llevar esta puesta entre paréntesis de las teorías. Recuerdo que una vez, en que yo creía que algo que escuchaba era bastante poco contaminado, alguien me hizo notar que eso estaba ya en Pichón Rivière, y me sorprendí al encontrar, en una escucha que me parecía muy libre, algo que había incorporado; quién sabe cuándo. También en las ideas sobre las pistas estaban presentes las lecturas de Lacan. Pero, aunque nos encontremos con que no es posible pasar de ciertos límites, es bueno hacer el ejercicio de intentar llegar a lo que Bion llamaba un estado de ignorancia primaria. Cierta influencia de las teorías la podemos sacudir como quien espanta las moscas, pero no podemos hacer así en todos los casos, aunque valga la pena intentarlo.

Luego el grupo siguió trabajando con objetivos y métodos que han ido variando, y ahora se organizó el Laboratorio de Investigación. En realidad es preciso que los métodos se inventen o reinventen para cada nueva meta.

¿Hasta dónde sirvieron los pasos que he relatado? No sé cómo o cuando fructificarán y ni siquiera si esto ocurrirá, pero fueron útiles para mantener y recrear una actitud de investigación, que para mí es lo básico y esencial de ser analista.

*Marta Nieto*

# INVESTIGANDO LA EXPERIENCIA ANALÍTICA: UNA PROPUESTA<sup>1</sup>

## 1. Introducción

Nos proponemos relatar un tramo de la investigación que está en marcha en nuestro grupo.<sup>2</sup> El objetivo fue diseñar un modelo de investigación que permita confrontar mejor teorías y experiencia.<sup>3</sup>

Para cumplir este propósito nos fue necesario realizar una tarea de desarticulación de teorías y experiencias que posibilitara dos cosas:

### 1. **Aprender la experiencia lo más libre posible de teorías.**

(esto será tratado en los puntos II, III, y IV). Esta desarticulación permitiría una nueva articulación más crítica.

### 2. **Poner de manifiesto el alcance y los límites de las estructuras conceptuales de cada teoría para dar cuenta de la experiencia, (esto será tratado en el punto V).**

De acuerdo a observaciones que se nos han formulado, nos parece útil aclarar varios malentendidos.

- a. No estamos proponiendo una técnica diferente de escucha analítica en la sesión, sino un trabajo a realizar **fuera de la sesión y en forma colectiva**, esto es lo que denominamos “*segunda escucha*”.

---

1

2 El grupo está trabajando en esta línea de investigación desde fines de 1979. Una primera exposición de estos problemas fue presentada en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en mayo de 1981. Posteriormente se presentaron los siguientes trabajos:

**Problemas con la diversidad de teorías y la articulación con la experiencia:** XVI Congreso Psicoanalítico de América Latina, agosto 1982.

**Diferentes teorías, ¿acerca de los mismos hechos?:** R. Bernardi.

**Sobre la diferencia entre las dos teorías de la angustia en Freud:** A. Ginés.

**Confrontación de teorías sobre la angustia de Freud y Klein:** L. Müller.

**La teoría de la angustia en Freud y en Lacan:** A. Fernández y J.L. Brum. Trabajos presentados a las Segundas Jornadas Argentinas de Epistemología del Psicoanálisis (noviembre 1983)

**La investigación en Psicoanálisis:** M. Nieto y R. Bernardi. XV Congreso Psicoanalítico de América Latina, Buenos Aires, 1984.

3 Utilizamos *experiencia* en el mismo sentido que Freud en “Pulsiones y sus destinos...” y en “Conferencia 32” (Angustia y vida pulsional): *der Rohstoff der Beobachtung*. (*Roh*: crudo, bruto, verde, sin manufacturar, sin trabajar. *Stoff*: tejido, materia, datos, sustancia. *Beobachtung*: observación, contemplación.)

- b. La categoría de “análisis aplicado” que se propuso para este tipo de trabajo no nos parece adecuada, si por ese término se entiende la aplicación del psicoanálisis a un material no analítico.
- c. No estamos, tampoco, proponiendo volver a los conceptos propios de las ciencias naturales de treinta años atrás, aún cuando utilicemos términos tales como “actitud crítica y reflexiva” u “observación”.
- d. Este diseño de investigación no es excluyente con que el análisis, como tal, sea en sí un método de investigación, como fuera definido por Freud. Proponemos *un* método de investigación, entre varios posibles.
- e. No discutimos en este trabajo la evolución del caso con todos los aspectos de la problemática del paciente, el acierto y oportunidad de las interpretaciones del analista ni el desarrollo del proceso analítico y la curación.

## **II. Hipótesis esenciales**

En el punto de partida colocamos ciertas hipótesis que decidimos poner a prueba en el curso de la investigación. La hipótesis fundamental es que **podría descubrirse en la “materia bruta” de la experiencia su propio modo de organización interna, sin imponerle la forma de nuestras teorías.**

### *A. Material*

Tomamos extensos trechos de material de pacientes en análisis, tanto entrevistas como sesiones, con todo lo que las integra: lo que el paciente dice y hace, reacciones del analista e interpretaciones, formuladas o no.

### *B. “Segundo escucha”*

Con este material trabaja un grupo de analistas (de distinto nivel de formación y experiencia) que intenta prescindir de sus preferencias teóricas y se propone tomar en común una actitud particular que hemos llamado “segunda escucha”. Entendemos por tal: la escucha analítica operando **libre de las urgencias de la sesión de análisis** y que toma una modalidad reflexiva y crítica (a la que colabora el trabajo grupal), que **suspende la interpretación y pone entre paréntesis las significaciones que el material puede haber evocado inicialmente**. Esta escucha, en tanto analítica, presupone los postulados básicos del psicoanálisis (inconsciente, determinismo psíquico, situación analítica, etc.)

### *C. Conceptos auxiliares*

Para la finalidad de esta investigación pensamos que necesitábamos **instrumentos conceptuales auxiliares**, a los que designamos “*líneas de fuerza*” y “*fantasía-teoría*”.

#### 1. Líneas de fuerza

La segunda escucha encuentra en el material **elementos que surgen ininterrumpidamente**, a modo de **pistas**, que se presentan con características de diversa índole: persistencias, reiteraciones, omisiones llamativas, efectos contratransferenciales, a veces marginalidad o afinidad con lo que el paciente se propone decir. Igualmente se hacen notar por la forma en que se organizan entre sí y por su fuerza, es decir, por su **capacidad de dibujar un trazado en el material** (línea de fuerza) y que despierta en los investigadores **la sospecha de estar frente a algo clave, central del paciente**.

La independencia con que esas líneas se dibujan en el material nos dan la certeza de que es el paciente quien nos está guiando. Allí donde en la sesión de análisis nos vemos movidos a encontrar un sentido, ahora, en este

otro ámbito, nos detenemos y postergamos esa adjudicación de significados para dar todas las chances al material para que despliegue su peculiaridad. Se trata de abocarnos a la posibilidad de encontrar en el material ciertos elementos relevantes que semánticamente permanecen indefinidos, pero que despiertan la sospecha de que pertenecen a otro contexto aún no formulado.

## 2. La fantasía-teoría

Con el material en este estado, trazándose en él sus líneas de fuerza, intentamos asistir a **las primeras emergencias en la mente de los investigadores de un “sentido”**. A esta primera emergencia le hemos llamado, provisoriamente, “fantasía-teoría”, porque tiene algo de la función de una teoría: **aportar una inteligibilidad**, y por otro lado, simultánea y a veces predominantemente, el carácter de simplicidad, **la cualidad de una vivencia dotada de la convicción de encontrarse ante algo muy importante para el paciente**, clave de un sentido que él aún no posee.

La “fantasía-teoría” emerge en el investigador con la fuerza de una *“idea clara sobre un problema oscuro”*; opuesta a un punto ciego, aparece como una zona de claridad aumentada. Cuando intentamos poner en palabras la fantasía-teoría, debiera ser pensada con aquellas palabras que el paciente podría decir si dispusiera de ellas en ese momento.

## III. Relato del trabajo efectuado sobre el material

Rafaela es una adolescente de diecinueve años, que consulta espontáneamente (a través del vínculo con una paciente –también adolescente– de la analista a la cual recurre). Es la mayor de tres hermanos (dos mujeres y un varón) con quienes convive, junto con su abuelo paterno. Sus padres fallecieron hace más de un año en un accidente, ocurrido en el exterior del país, mientras la paciente se encontraba de viaje, en usufructo

de una beca. El abuelo tiene sesenta y siete años, es “introvertido”, “solitario” y alcohólico. Tuvo dos hijos; uno de ellos murió siendo niño, ahogado en una piscina. Dos años después falleció la esposa, quien había estado “mal de la cabeza”.

De Rafaela destacamos que es una joven bonita, de linda figura y trato agradable. Resalta en ella la expresión seria y lo formal de su vestimenta; en conjunto aparenta más edad de la que tiene.

De acuerdo con el procedimiento explicado, el grupo leyó el material de las entrevistas, así como el registro de múltiples sesiones.

En las primeras entrevistas comienza dando su vivencia de sí misma (“siempre fui muy complicada”); habla del accidente de sus padres, comentando que le extraña no haber llorado estas muertes. Refiere sus síntomas somáticos (cefaleas, bulimia, cansancio) que le dificultan continuar con su trabajo. Cuando retoma el tema de la muerte de los padres irrumpe una nota disonante que el grupo registró como “sospechosa”:

“Yo me sentí muy mal (...) pero llegué acá y pensé: *siempre fui capaz, ¿ahora por qué no?*”

Un momento después, hablando de su trabajo –desconocido para ella hasta el momento en que se inició en él después de la muerte de su padre– dirá:

“*Aprendí, pude hacerlo*”.

Y, hablando de sus hermanos, preocupada por ellos, a quienes siente que no puede dar lo necesario, dice:

“*Todo no les puedo dar.*”

Sobre sus amigos:

“*Siempre estuve ayudando a otros, nunca precisé que me ayuden a mí.*”

A partir de la “sospecha” inicial, comienzan a organizarse nuevos indicios, “pistas”, con la reiteración de la vivencia de “*poder*” Refiriéndose a su abuelo, dirá:

*“Es mi derrota, porque no pude llegar a más con él”.*

Del padre, a quien describe como una persona muy completa, admirado por ella, dice:

*“Se sentía un poco superior a los demás, pero era más bien depresivo”,* palabras que retoma para sí misma: *“yo me siento así a veces, depresiva”,* pero agrega:

*“yo me siento capaz.*

*Me digo: soy fuerte, soy capaz, lo puedo todo... pero, a veces, no sé...”*

El “poder” reaparece en el contexto del vínculo con una de las hermanas, como ostentado alternativamente por una u otra:

*“Ella ve una debilidad en mí... atropella, es avasalladora, nunca la he visto muy débil, pero creo que mi hermana es más débil que yo...”*

En la continuación de esta línea de fuerza surgen nuevas “pistas” en sesiones posteriores.

Aproximadamente un mes después de iniciado el tratamiento, Rafaela refirió sus pensamientos de muerte sobre sus padres: deseo de que se murieran, fantasías de que mejor estaban muertos porque la vida era mala para ellos pues se llevaban mal. A la sesión siguiente emerge el siguiente recuerdo:

*“... Pensaba, ¿cuándo empecé a pensar? Iba a ver el mar y hacía cosas que a mime parecían solemnes. Un día estaba caminando por la pía-ya; había muchas mariposas muertas en la orilla. Recogí muchas. Las tiré para arriba y prometí solemnemente no cazar más una sola mariposa, promesa que cumplí.”*

En ese momento se atora (un ahogo) y pide un vaso de agua. Idéntica situación se despliega en la sesión siguiente: cuenta que tres o cuatro años atrás encontró un pajarito que se había caído del nido.

*“Lo agarré y traté de alimentarlo metiéndole hormigas en el pico, pero las hormigas se escapaban. Entonces, decidí llevármelo a casa y darle*

*pan con leche. Pero el pajarito ya no abría el pico. Entonces decidí matarlo: lo metí en una bolsa de nylon y lo maté con gas.”*

Este relato produjo en el grupo de analistas un sentimiento unánime de horror; el grupo acusó el impacto visual y afectivo de esa escena y aumentaron las intervenciones, (prácticamente todos los integrantes tuvieron algo que decir al respecto). En un momento de la discusión, un integrante verbalizó: *“Rafaela es capaz de todo”*. Esta frase marcó el momento en que se precipitó en el grupo lo que intentamos conceptualizar como “fantasía-teoría”. Desde aquí, con convicción por nuestra parte y junto con un sentimiento de hallazgo, cristalizaron en torno de ella una serie de situaciones vitales de la paciente, ordenadas alrededor de ese centro, ahora con un inicio de sentido.

Tiempo después su abuelo sufre un accidente, se fractura la cadera y es internado para ser operado. Entonces Rafaela sueña:



*“Salíamos en el barco y había una maquinita que al ponerla a funcionar paraba el organismo de quien estuviera cerca. Mi hermana apretaba la maquinita y el abuelo dejaba de funcionar. Yo le decía: ‘Todavía no, porque no saqué la plata del banco’ “.*

De este sueño se despierta angustiada, llorando, con temor de volverse a dormir.

En una sesión posterior, Rafaela aparece asustada de sí misma: en una situación de odio hacia la hermana que casi escapa a su control, ha pasado del pensamiento al acto:

*“Estábamos peleándonos; la agarré por el cuello, quería ahorcarla. Pensé: lo que tengo ganas ahora de hacer es eso, y fui y lo hice. Pero lo hice sin presión, sin apretar. Quería hacerla callar, sacarle la voz, porque era insoportable cómo me hablaba. Pensé: no lo voy a hacer con presión. Y no lo hice con presión. Lo planeé así. Pero me quedé horrible, no pude almorzar, no podía estar con ella, quedé con eso atragantado”.*

En el transcurso del análisis emergen también pistas que iluminan la contracara de esta línea de fuerza. Un año y medio después de iniciado el tratamiento Rafaela habla de sus dudas:

*“Como que tengo todo mal encaminado (...) no sé qué es lo que tengo que hacer, me siento incapaz de vivir, incapaz de estar conmigo misma (...) me di cuenta que soy incapaz de querer (...) la gente me hace sentir que soy alguien, en un lugar (...) yo siento que no soy nada, nada para nadie...”*

La quiebra del poder, del ser capaz, la hace sentir desesperada, pero también la hace decir:

*“Es bueno que me pasen cosas así: como me siento hoy. Pero es tan horrible tener que vivir así, ¡reconocer que no soy nada! Es bueno porque después del bajón pude darme cuenta mejor de las cosas como son...”*

Aparecen así, en ocasiones, algunas modificaciones de la línea de fuerza. Por ejemplo, Rafaela se sorprende al darse cuenta que alguien que le importa –Roberto, su novio– es distinto de ella misma y escapa a su poder:

*“Yo me miro la mano y me doy cuenta que es mía, nací con ella... Miro a Roberto y no es mío, es una cosa ahí puesta...”*

El mismo movimiento aparece en la relación con la analista; traerá en una sesión posterior el sentimiento de estarse transformando.

*“Para ser más feliz, pero más egoísta... Pensé en eso y me puse triste y me dieron ganas de venir a conversar...”*

En este momento la analista de Rafaela se enferma y debe suspender las sesiones durante una semana. En la sesión siguiente a la interrupción, en medio de una tormenta de quejas sobre los horarios y los honorarios, resurge su deseo de estar sola, de decidir ella:

*“Yo soy fuerte... Es lo mismo que pasa en enero (vacaciones de la analista). Me parece que es la época que más avancé, resolviendo cosas por mí misma...”*

Dos días después reprocha a la analista “saber tanto más” que ella, y expresa su deseo de decidir ella el número de sesiones a que debe concurrir:

*“Si yo no tengo ganas de venir, ¿por qué estoy obligada? Falla eso en mí, soy sumisa. Pero estoy tan, tan, tan en sus manos, que por eso, es horrible ser tan sumisa, porque es darle a usted todo el poder.”*

Quiere “terminar con la decisión de cuántas veces venir”, quiere quedarse sola “como en enero”.

*“Enero fue para mí como un triunfo... siento que si vengo a terapia no es nunca mérito mío.”*

Al terminar la sesión, anuncia que se irá de viaje por una semana. El poder ya no está más en sus manos sino en las de la analista. El riesgo que esto implica para Rafaela es quedar a merced de una analista “capaz de todo”. La línea de fuerza reaparece con el nítido trazado del comienzo. Al regresar del viaje, Rafaela concurre llorando a decir que no proseguirá con el tratamiento. Dice que se ha dado cuenta de que lo necesita pero no puede seguir de este modo, intentará proseguirlo con otra persona y otra técnica:

*“Yo le agradezco, porque siento que me ayudó muchísimo, pero siento un rechazo que no puedo, que no me sirve su forma, eso de sentirme tan atada, eso de que usted sabe todo y yo no sé nada.”*

#### **IV. Dificultades de nuestro trabajo y discusión de las hipótesis**

Quisiéramos mostrar algunas de las dificultades que se nos fueron presentando en el trabajo.

##### */1. Problemas en torno a la perspectiva adoptada*

La dificultad central tuvo que ver con el hecho de que este tipo de trabajo implicaba un cambio de postura con respecto al material oído. En general, nuestra escucha analítica nos hacía tender a ubicar inmediatamente lo escuchado en el contexto de alguna de las teorías manejadas por nosotros como forma de comprender rápidamente el material. En este caso, consideramos necesario tomar una actitud opuesta: desprendernos de las teorías que se nos hacían presentes, intentando dejarlas momentáneamente de lado, para escuchar lo que se nos resaltaba proviniendo del material.

Como ejemplo opuesto a nuestro planteo de trabajo, valga el siguiente: en un panel, uno de los participantes intervino para comentar la escena en la cual la paciente ahoga con gas a un pajarito. “¿Se puede entender lo del pajarito de otra forma que no sea referido a la castración y puede el pajarito ser interpretado de otro modo que no sea como símbolo del pene?” (En esta intervención el término castración se refiere a su acepción freudiana).

Para nosotros el modelo fue, justamente, el contrario: la interpretación apresurada puede tener el efecto de cierre, de impedir ver otros aspectos del material que nos parecían mucho más relevantes en ese momento (aún dejando de lado el problema de las múltiples acepciones del término “castración”, según las distintas teorías).

## 2. Dificultades referidas al alcance y contenido de los conceptos auxiliares

- a. Como instrumento auxiliar de nuestra metodología, la noción de línea de fuerza por momentos se nos aproximaba a conceptos ya pertenecientes a las teorías analíticas, por lo que nos preguntamos: ¿habría pesado la influencia de estas teorías en la formulación de la línea de fuerza?, ¿se asemejaría la línea de fuerza a lo que Freud llamó “representaciones, itinerarios de pensamiento, mociones inconscientes”<sup>4</sup> o a la cadena de significantes de Lacan?
- b. Otra dificultad tiene que ver con el alcance dado por el grupo a los conceptos auxiliares. Por ejemplo, se discutió extensamente el concepto de “fantasía-teoría”, intentando definir las características de este “precipitado” que daba forma a la sospecha proveniente de la línea de fuerza.

Llegamos provisoriamente a estas conclusiones: no se trata de una hipótesis. **La hipótesis es una aproximación al material desde el ángulo de una teoría.** Tampoco es una ocurrencia, porque ésta no se refiere necesariamente a un aspecto fundamental del paciente y deja abierta la cuestión del peso que en ella tiene lo personal del analista. También la distinguimos de una interpretación. La fantasía-teoría correspondería a la captación de **“algo” que parece esencial del material del paciente, conjuntamente con el esbozo de una aproximación “teórica” en un nivel muy básico.**

- c. Fue necesario combatir la tendencia del grupo —en cierto momento de la elaboración— a colocar todo el material en líneas de fuerza, con lo cual éstas se convertían en un resumen. Igualmente tratamos de evitar la búsqueda de una comprensión global del caso.

## 3. Variables que podían interferir en la investigación

---

4 FREUD S.: “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (Dora).

Nos planteamos si se produciría una diferencia en la escucha del material si se realizaba una lectura individual previa de éste o si se efectuaba la lectura, directamente en el grupo. Optamos por este segundo criterio. Asimismo, pensamos que debía ser tenida en cuenta la diferencia entre trabajar con un material transcrito por el analista o grabado.

Pensamos que la situación ideal sería llevar a cabo la investigación sobre el material de un análisis ya terminado y que en ella no participara el analista del paciente, a fin de evitar cualquier interferencia entre el campo de la investigación y el del trabajo clínico, o a la inversa, entre lo que hemos llamado primera y segunda escucha.

También pensamos que la participación en esta investigación de analistas con diferentes grados de experiencia y formación podría condicionar la escucha del grupo.

#### *4. Beneficios de la investigación*

Diríamos que la desarticulación de la teoría y el material nos permitió un mejor acercamiento a éste, así como un uso más libre de las teorías, que readquirieron su valor instrumental, perdiendo el carácter de “verdad” que la práctica tiende a conferirles.

Para los participantes del grupo que ingresaron a éste durante su formación como analistas, esta investigación resultó útil como medio de facilitar una discriminación de conceptos de las teorías que, superficialmente, podían homologarse.

### **V. La línea de fuerza y la fantasía-teoría consideradas desde Freud, Klein y Lacan**

Hasta aquí hemos referido una parte de nuestra investigación. El grupo intentó, además, y a modo de ejercicio, ver en qué lugar estas distintas teorías ubicarían la fantasía-teoría destacada por nosotros.

#### *I. Freud*

Desde un enfoque freudiano, la fantasía-teoría “ser capaz de todo” aparece como una manifestación del narcisismo infantil omnipotente que sería alimentado desde varias fuentes.

##### *a. Del lado del superyo*

Opuestos al “ser capaz de todo” están los sentimientos de desvalorización que aparecen en la línea de fuerza como: “no soy capaz” –“débil”– “sola”. Los sentimientos de inferioridad son por retiro de suministros narcisistas del superyo con el que Rafaela se reconcilia a través de prácticas y sentimientos religiosos (piedad, ayuda a los ciegos, etc.), recuperando el amor de las figuras parentales introyectadas en el superyo.

Un enfoque freudiano investigaría estos sentimientos de inferioridad y la manera de vivir su propio cuerpo (fea, gorda) en relación al nacimiento del hermano cuatro años menor.

Junto a estos sentimientos de inferioridad en que no es amada por el superyo, estarían los sentimientos de culpa por su ambivalencia, que se manifiestan en la transferencia y en los sentimientos hostiles hacia los padres, que determinan la imposibilidad de resolver el duelo por los mismos.

## b. Del lado del ello

El “ser capaz” estaría en relación a sus contenidos, tales como las mociones edípicas y hostiles. En relación a las primeras, el ser *capaz* sería la expresión de su deseo por el padre que luego se transformaría en una identificación. Por el lado de las mociones hostiles de egoísmo y crueldad se produciría un afianzamiento del yo, determinando probablemente el narcisismo fálico de la paciente.

Habría un intento del yo de afirmarse en la omnipotencia destructiva tal como Freud lo señaló en “El malestar en la cultura”.

## II. Klein

Una lectura kleiniana destacaría la dificultad de la paciente en tolerar las ansiedades depresivas provenientes de la situación de duelo (accidente de sus padres) de los cuales se defiende, fundamentalmente a través de los mecanismos maníacos. La fantasía-teoría “siempre fui *capaz*” sería expresión de éstos. Observamos así la omnipotencia, el triunfo y la negación, operando ampliamente en el material de Rafaela. Estos mecanismos le sirven para negar la dependencia del objeto y esto nos hace jerarquizar

—dentro de este marco teórico— las dificultades transferenciales (“siempre estuve ayudando a los otros, no precisé que me ayuden a mí...”). Simultáneamente, esta fantasía implica un clivaje del yo.

La teoría kleiniana relacionaría su omnipotencia con sus *impulsos destructivos*, que *ahogan los aspectos libidinales del self*, que aparecen como agonizantes. Estos impulsos destructivos tienden a ser actuados (la muerte del pajarito, el ahogo de la hermana, la interrupción del análisis), manifestándose como fantasías alejadas de la palabra y *promoviendo regresión a la fase esquizo-paranoide*.

### 3. Lacan

En una lectura lacaniana podríamos pensar “el poder” que aparece reiteradamente en las palabras de la paciente en su relación con los tres registros: imaginario, real y simbólico. En este sentido “ser *capaz*” o poderlo todo quedarían ubicados en el registro de lo imaginario. El “Yo” queda ubicado en el lugar del “moi”, lugar de identificaciones, y aparece muchas veces sin fallas (“puedo todo”) o envuelto por lo cotidiano.

En cuanto a la relación narcisista dual, se ve (por ejemplo, en el vínculo con la hermana) que del mismo modo que Rafaela lo puede todo, también lo puede el otro (a), y así aparece el cariz persecutorio.

Nos preguntamos si una escucha analítica lacaniana no atendería a las múltiples vacilaciones del discurso de Rafaela (por ejemplo: “yo siempre fui capaz, puedo... pero a veces no sé”), en tanto éstas muestran que la fantasía de “*ser capaz*” *no tiene en ella una convicción plena*, lo que hace ubicar su conflicto en la neurosis. El “no sé” abriría la posibilidad de *acceso aun saber acerca de la falsedad del “moi” y de la castración simbólica*.

Hemos expuesto aquí sólo un apretado resumen de lo que tiene que ser un desarrollo cuidadoso de cada uno de los tres enfoques. Pensamos que un cotejo de éstos obligaría a la precisión de los conceptos clave que, aunque nombrados con las mismas palabras, toman distintas acepciones en cada constelación teórica. Una vez efectuado este cotejo quedarían de manifiesto tanto la originalidad de cada teoría como sus limitaciones para dar cuenta de la experiencia.

## **VI. Visión de este material por un director de teatro**

Otra instancia de nuestra investigación consistió en brindar el material a personas vinculadas a la creación artística. Buscábamos ver así, qué se privilegiaría para alguien sin conocimientos psicoanalíticos, pero con

captación de la problemática humana. Tendríamos, de este modo, una forma indirecta de evaluar la influencia de las teorías en nuestra escucha. El material fue proporcionado por escrito, junto con una serie de preguntas:

1. ¿Se le dibujó alguna línea argumental?
2. ¿Qué elegiría para destacar a la protagonista?
3. ¿Qué perfil daría a los personajes? ¿Qué características tendrían?
4. Si tuviera que ponerle un título a la obra, ¿cuál sería?
5. ¿Cómo terminaría la obra?

En este momento contamos con dos respuestas: la de un director teatral y la de una escritora y socióloga, que fueron dadas por escrito. Ofrecemos un breve resumen de las respuestas del director de teatro, respuestas que aún no han sido elaboradas por el grupo.

El director de teatro respondió:

1. Imaginaría un argumento de estilo hiperrealista, que tomaría la situación actual de la joven, presentándola en una sucesión de escenas cotidianas.
2. Destacaría el vínculo con el padre y el conflicto generado por la sustitución del rol de hermana (hija) por el de madre. Quizás este rol fue deseado antes de serle impuesto por las circunstancias. Paradójicamente, creo que hay un fracaso personal en enfrentar a esta edad situaciones para las cuales no está preparada, y que no logra desempeñar exitosamente.
3. Pienso que padres y abuelos rendirían mejor como personajes teatrales; los jóvenes me parecen menos interesantes. Escribiría una obra en la cual la protagonista tuviera 40 años.
4. “Algunos días en la vida de una adolescente”, podría ser el título.
5. La obra no tendría final, sería sin culminación. Ella no puede quedarse sin saber qué pasa pero cada espectador tendría que quedarse sin saber qué pasa con ella, y construir el final.

Estas respuestas fueron acompañadas de comentarios verbales, a saber: la lectura le resultó pobre y aburrida; le evocó a Chejov y al estilo hiperrealista de los dramaturgos alemanes. Piensa que el tema de la protagonista no es el sufrimiento sino la muerte deseada de los padres.

### **Resumen**

Los autores presentan un modo de investigar la experiencia analítica. Proponen los conceptos auxiliares de “línea de fuerza” y “fantasía-teoría”. Examinan el material analítico en una “segunda escucha” que se genera a partir de la propuesta de investigación, en un grupo heterogéneo de analistas. El trabajo fue elaborado en 1984. Esta versión cuenta con un prólogo actual de la psicoanalista Marta Nieto, quien relata los orígenes de este grupo que dio lugar a la formación del Laboratorio de Investigación en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

### **Summary**

The authors present one way to investigate the analytic experience. They propose the auxiliary concepts of “force line” and “fantasy-theory”. They examine the analytic material on a “second listening” that is generated by the proposition of investigation on a psychoanalyst’s heterogeneous group. The work was elaborated in 1984. This version includes an actual prologue by the psychoanalyst Marta Nieto, who tells the origins of this group that developed the formation of the Investigation Laboratory in Psychoanalysis of the Psychoanalytic Uruguayan Association.

*Traducción: Nicolás Canessa*

Descriptores: TEORÍA PSICOANALÍTICA / PSICOANALISTA /  
SESIÓN PSICOANALÍTICA / INVESTIGACIÓN / OMNIPOTENCIA /  
REGISTRO IMAGINARIO / INSTANCIA PSÍQUICA

## **JORNADA DE HOMENAJE A WILLY BARANGER**

El 21 de octubre de 1996 la Asociación Psicoanalítica del Uruguay realizó, en el Instituto Goethe, una jornada de homenaje a Willy Baranger, en la que participaron colegas de ambos márgenes del Plata. Las palabras de apertura estuvieron a cargo de nuestro presidente, el Dr. Marcelo Vinar. Expusieron luego: L. Kancyper, Beatriz de León de Bernardi, S. Paciuk, Raquel Zak de Goldstein y M. Vinar, cerrando la Jornada Clara Uriarte de Pantazoglu.

En su exposición, Raquel Zak de Goldstein destacó, a través de integradas referencias al pensamiento de Baranger, el problema del psicoanálisis como ciencia, su validación y el malestar que provoca la presencia central del inconsciente. Partiendo de uno de sus ya clásicos dichos “el trauma no miente”, subrayó que el fin de la cura no puede ser otro, si cabe, que la desalienación, pero no la desestructuración. Separa también al psicoanálisis de las ciencias duras; es una ciencia del sujeto, en tanto su “objeto” es alguien que puede o no hacer suyas nuestras interpretaciones. La diferencia entre actitud objetivante y develamiento de lo más individual del sujeto en un proceso original e irrepetible hace de esta ciencia particular con dimensión de arte, una “artesanía fina”.

Marcelo Viñar se refirió a la vigencia del pensamiento de W. Baranger, presentando afectuosamente en él al profundo conocedor de la teoría psicoanalítica, de decir pertinente, fino y sagaz expositor, pero destacando también al investigador inquieto y creativo del que subrayó algunos conceptos metapsicológicos: el campo bipersonal, su ambigüedad esencial y la reformulación de la temporalidad y la causalidad que son sus consecuencias. Ubicado históricamente en un momento en el cual el psicoanálisis pagaba tributo a su origen en el campo médico, el pensamiento de los Baranger “posee un carácter revulsivo”, de “esfuerzo

sostenido y obstinado para discernirla especificidad de la clínica psicoanalítica.” Sus conceptualizaciones rompen el mito del analista espejo y arqueólogo y el del individuo aislado, situando su mirada en el interjuego proyectivo introyectivo que termina con los parámetros seguros del eje normal patológico. El tiempo del encuentro transferencial no es el pasado del cuento infantil y del mito, sino un tiempo de actualidad candente. Vinar sostuvo que esta obra tiene efectos actuales, porque cuestiona el método clínico tradicional, negando la existencia de un referente accesible. El psicoanálisis se separa así de toda ciencia positiva y exige la invención de otra clínica y otra psicopatología.

El trabajo de Beatriz de León vincula el pensamiento de los Baranger a los orígenes de nuestra institución y a la transmisión generacional del psicoanálisis. Destaca así, como valores de nuestro grupo la libertad creativa, la permeabilidad al conocimiento de la locura, la escasa atadura a las ortodoxias conceptuales y pequeñas rivalidades, acentuando el pluralismo teórico. La situación analítica es, para ellos, un campo de investigación y estudio, cuya finalidad es el cambio intrapsíquico del paciente y la validación y objetivación de los principios del psicoanálisis como ciencia del hombre. El analista debe disponer de una doble mirada, dirigida al material asociativo y a las interferencias o baluartes que puedan constituirse en el campo y disponer de hipótesis de nivel medio de abstracción, como las formuladas por estos autores: campo bipersonal, líneas de fuerza, punto de urgencia, punto de inflexión .

Acentuando una visión panorámica de la producción teórica de los Baranger, distingue tres momentos: en 1962, con “La situación analítica como campo dinámico”, donde la hipótesis central es que la dinámica del proceso se sostiene en una fantasía inconsciente bipersonal, que determinará los fenómenos de movilidad o cristalización de paciente y analista, lo que lleva a repensar el lugar de la historia infantil y la repetición

y el papel del analista en el proceso interpretativo. En 1979 con “Proceso en espiral y campo dinámico” se revisan los conceptos de transferencia y contratransferencia, independizándolos de la definición de campo analítico. Los conceptos de identificación y contraidentificación proyectiva no deben confundirse con los de transferencia y contratransferencia. El contacto con el pensamiento de Lacan lo lleva a introducir los conceptos de sujeto dividido y de orden simbólico e imaginario que acotan los conceptos previos. En 1992, con “La mente del analista, de la escucha a la interpretación “, retoman puntos de vista previos y explicitan la fantasía inconsciente básica que crea el campo intersubjetivo y se enraíza con el inconsciente de cada uno de los participantes. El campo analítico se estructura en diferentes niveles y aunque el inconsciente se resiste a toda ontologización, es factible de ser traducido o captado a través de la identificación proyectiva e introyectiva.

Luis Kancyper expuso, a partir del estudio de los trabajos de los Baranger, la particularidad del análisis de niños y adolescentes, considerando que la participación inconsciente de los padres en el tratamiento, que constituye una fantasía básica inconsciente del campo vuelve necesario, para el analista, el tener un “influjo analítico” sobre aquellos. Las nociones de campo y baluarte le permiten pensar la creación de un fenómeno de campo específico entre analizando hijo, analista y padres. A la relación transferencia contratransferencia de paciente y analista agrega una tercera variable, que es la resonancia de las transferencias masivas de los padres tanto sobre la transferencia del analizando hijo como sobre la contratransferencia del analista. Para el analista la complejidad en estos análisis, radicaría en la posibilidad de mantener la asimetría alejándose de cualquier actitud que lo pueda llevar al maternaje, paternaje o actuación pedagógica, condicionado también por las fantasías de depositación de funciones parentales o de pigmalionización.

S. Paciuk, en el trabajo que publicamos en este número de RUP, examina las complejas relaciones entre teoría e ideología, postulando la hipótesis de un continuo que va de la idea a la ideología, pasando por ideal e idealización.

Cerró este homenaje Clara Uriarte de Pantazoglu, cuyas palabras pusieron de relieve los nuevos efectos que nos produce la relectura y reinterpretación de la obra de Baranger. Señaló la dificultad que, para la valoración de un autor y su teoría, emana del hecho de su contemporaneidad, jerarquizando que las producciones de los Baranger siguen vigentes, habilitando espacios inéditos de reescritura.

## DE LA TEORÍA A LA IDEOLOGÍA: PROBLEMAS

Saúl Paciuk\*

Deseo proponer que repensemos un singular y muy agudo aporte de Willy Baranger a la reflexión acerca del lugar de las ideologías en la práctica psicoanalítica así como acerca de la relación entre ideología y teoría psicoanalítica. Un tema al que, por un lado, se le reconoce una gran importancia pero que, por otro, no recibe la atención que esa importancia ameritaría. Tal dualidad habla de un problema y seguramente estaremos de acuerdo en que las razones que contribuyen a esta dificultad son complejas y el propio Baranger considera algunas en este artículo. Y seguramente también acordaremos en que la actualidad del tema sobrevuela los tiempos, lo cual, a mi juicio, hace de interés su replanteo.

Willy Baranger se refirió a la ideología en un contexto práctico. Su artículo, llamado **Interpretación e ideología. Sobre la regla de la abstención ideológica**,<sup>(1)</sup> fue presentado en un simposio en la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1956. En este artículo considera una *regla de abstención ideológica* que representa un intento de solucionar los problemas que plantea la ideologización en psicoanálisis. Plantea la necesidad de esa regla, sus alcances y sus límites, siguiendo lo que se perfila como un movimiento dialéctico en el cual, sucesivamente, formula la regla, la muestra como inaplicable y luego señala los inconvenientes de no aplicarla para, finalmente, esbozar algunas posibles salidas.

### “Interpretación e ideología”

Baranger manifiesta en su artículo que desea llamar la atención sobre una situación que es origen de dificultades importantes en la práctica del

---

\* Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. L.A. de Herrera 1042 / 708. CP 11.300.

psicoanálisis. El problema es que generalmente se sostiene que el analista en su tarea debe cumplir con una cierta “regla de abstención ideológica”, sin embargo esa regla resulta ser “estrictamente inaplicable”. (Los entrecomillados corresponden a transcripciones del texto de W.B.)

El artículo diferencia el problema que crea la ideología del que plantea la actuación “pedagógica” (sic comillas). En esta última se trata de la conveniencia de evitar interpretaciones que impliquen valoraciones o consejos, o en las que una conducta del analizando aparezca “incriminada como masoquista, neurótica, a evitar”. Seguramente todos admitimos la justeza de este planteo que recoge Baranger, pero quizá corresponda que nos preguntemos si el inconveniente de esta conducta radica en lo que ella tiene de pretendidamente pedagógico, o si más bien debemos subrayar lo de *actuación* (en el sentido de *acting out*) como fuente de sus inconvenientes, dado que, como es aceptado, las actuaciones integran el grupo de comportamientos que el analista debería eludir. A esta tesis nos habremos de referir más adelante.

Otra de las abstenciones que deberían pautar el trabajo del psicoanalista se refiere a la ideología y Baranger nos ofrece una formulación de esta peculiar regla: “el psicoanalista debe abstenerse de toda influencia sobre el analizando en el campo ideológico”. Agrega a modo de aclaración, que “debe evitar que sus convicciones propias en el campo religioso, político, filosófico, ético, etc., intervengan en el análisis de sus analizandos.”

Páginas más adelante dará a esta regla un fundamento práctico, pero en este momento no indica cuál sería su razón, lo cual permite pensar que para Baranger su fundamento es obvio, que ella deriva de criterios generales aceptados tales como podría serlo la exigencia de mantener una actitud de neutralidad frente al paciente.

## **Los límites de la aplicación**

Al tiempo que define esta regla y afirma su existencia y la conveniencia de su observación, Baranger señala que ella es “estrictamente inaplicable”. Esto último puede ser entendido de dos modos: a) que es inaplicable en forma estricta, b) que para nada es aplicable. Pero la contradicción se aclara cuando agrega que es “inaplicada de hecho” (lo cual permite suponer que para él estaría plenamente justificada de derecho), por una serie de razones que expone y entre las cuales están:

- 1) La regla supone dissociar un sector de la personalidad del analista, el que no podría separar “ser psicoanalista” y “ser hombre”. Es decir, da por sentado que la ideología forma parte de la personalidad del psicoanalista.
- 2) No se pueden separar porque los conceptos que el psicoanalista utiliza en su trabajo no son independientes de sus otras concepciones ideológicas. Es decir, el psicoanálisis como saber del psicoanalista se integra con otros sectores de su persona, ya que hay —o debería haber— una cierta coherencia interna en el analista y en alguna medida deben estar comunicadas las diferentes ideologías que comparte o a las que adhiere y los conceptos teóricos de que dispone.
- 3) Es decir, las ideologías aparecen en las propias concepciones del trabajo como psicoanalista y el psicoanálisis mismo puede ser tomado por el psicoanalista como una ideología. Baranger menciona un criterio de curación que estaría saturado de ideología y que transcribo por considerarlo un ejemplo elocuente: “Se dirá que el criterio de curación es adaptable a cada analizando, pero dudo que un analista se quede realmente satisfecho de haber conseguido, por ejemplo, la mejoría de un homosexual manifiesto mal adaptado en un homosexual manifiesto ‘bien adaptado’.” Se ve claro aquí en qué medida el trabajo del psicoanálisis puede cobijar ideologías, aquí la que sostiene que el

analista espera alcanzar una meta determinada que sería función de opciones y valores extra-psicoanalíticos, y quedar satisfecho si la alcanza. Además, en este ejemplo, lo que se espera conseguir es claramente ideológico, ello se ha vuelto evidente a raíz de los cambios ocurridos que han mostrado que la valoración corriente de la homosexualidad ha sido en gran medida ideológica.

- 4) La neutralidad exigible a la interpretación se ve cuestionada. Así por ejemplo, la interpretación tiene un sentido prospectivo innegable, puesto que “hace surgir posibilidades de porvenir y configura líneas de actuación”, de conducta. Es que si bien la interpretación no debe dirigirse a orientar la vida del analizando, es inevitable que ella abra posibilidades de futuro y más bien ese sería uno de sus posibles logros.
- 5) Señala que “el mismo psicoanálisis es una ideología, en el sentido estricto y en el sentido amplio de la palabra.” Lo sería al igual que toda otra ciencia, por disponer de un conjunto sistematizado de representaciones y además, por implicar una perspectiva sobre el mundo, directivas de acción y valores. Por ello, señala, “el psicoanalista actúa entonces en la interpretación apoyándose en una ideología (el psicoanálisis) y abogando indirectamente en favor de determinadas soluciones para el analizando (tratando de evitar ciertas soluciones ‘neuróticas’).”
- 6) En todo caso, una cierta modificación en las ideologías que profesa el analizando es un objetivo del psicoanálisis, como expresión de cambios en su super yo.
- 7) La propia interpretación es una relación ideológica, dice Baranger. Se sitúa al nivel del logos, interpretar consiste en “traducir algo pensado y vivenciado por el analizando en otro lenguaje más adecuado a su realidad interna”. Este pasaje plantea una dificultad, porque si

interpretar es una “traducción” que busca hacer conciente y si bien puede decirse que ella busca llegar al nivel de la idea (lo conciente), idea e ideológico no se analogan sin más. Sobre sus diferencias volveremos luego.

### **Los inconvenientes de la no aplicación**

Límites de tal entidad llevarían a la derogación de la regla, pero ello aparejaría inconvenientes derivados tanto de una posible concordancia entre analizando y analista sobre la base de sus ideologías, como de una incompatibilidad entre las ideologías de ambos.

Baranger menciona primero dos actitudes del analizando que provendrían del carácter ideológico que el propio analizando le otorga a la interpretación: búsqueda de consejo y búsqueda de pautas de una normalidad superyoica. Se trataría en rigor de una misma actitud, soportada sobre la fantasía de que el analista (supuesta sede de *la norma*) espera que el analizando sea de una forma determinada, forma que el analizando quiere conocer o adivinar para conformarse según esa presunta expectativa. Lo cual se vuelve problema especialmente en el caso de que el analista “se siente con derecho a orientar al analizando” según sus propias posiciones ideológicas, sentimiento que sería la única fuente de tal *derecho*. Estaríamos aquí ante la aplicación de una especie de principio inverso al de la neutralidad, de una especie de regla de sometimiento que acatarían, en forma complementaria, tanto analista como analizando.

También puede darse una incompatibilidad ideológica entre analizando y analista, lo que constituiría una seria traba para el desarrollo del psicoanálisis. Para Baranger caben aquí varias soluciones: acuerdo de ambos para abstenerse de entrar en zonas de litigio (pero, ¿qué efectividad podría esperarse que tuviera este acuerdo conciente en excluir del análisis una zona de la vida?); que el analizando se afirme en esa incompatibilidad

para dar curso a su resistencia, estableciendo una “coraza ideológica” que lo llevaría a sustraer del análisis sectores de su persona; el sometimiento al analista disfrazado de identificación con él. Por estas u otras vías se estaría manteniendo secretas, escindidas, las posibles incompatibilidades y sus razones, estableciendo así una contradicción dentro de la persona del analizando dispuesto a analizarse pero no del todo, o bien configurando una especie de automutilación.

### **Soluciones posibles**

Baranger propone como salida “el análisis sistemático de las ideologías del analizando en términos de relaciones objétales y de tentativas de equilibrar las instancias psíquicas entre sí y con la realidad.” Esto supone, agrega, analizar también un nuevo campo, el de la ideologización del análisis y del analista por el analizando, ideologización basada en la idealización del analista y también de su relación analítica.

Como el analista a su vez es analizando, se da por supuesta la disposición del analista al análisis sistemático de sus propias ideologías y del hecho de profesar ideologías. Por lo tanto esta propuesta de análisis sin barreras incluye el análisis de “la ideología psicoanalítica en los propios analistas” para evitar que ella se constituya, tal como otras ideologías, en un “sistema ideológico parasitario.” En cambio, el análisis de los aspectos ideológicos llevaría a “una mayor integración entre los sistemas no-analíticos y el sistema analítico”. Es claro que por integración debemos entender otra cosa que la simple trasposición de una ideología de un sistema a otro.

Este pasaje del artículo pone de relieve la génesis de la ideología al señalar la relación semántica entre ideología e idealización, al punto que Baranger afirma que “el análisis de las ideologías lleva, necesariamente, al de los objetos idealizados, es por identificación con éstos que a menudo se introyectan las ideologías.” Por lo cual ese análisis permitirá que a la vez

sean ubicados los correspondientes objetos perseguidores, la contrapartida de los idealizados. Es que, señala Baranger, la ideología no sólo expresa lo esquizo-paranoide sino que también es expresión de lo depresivo, “ya que la ideología es un modo que se utiliza para elaborar” las angustias tanto depresivas como paranoides.

La meta del análisis en este aspecto podría ser formulada entonces como “la reducción de las ideologías a sus raíces vivenciales”, lo que llevaría a la reconstrucción de los orígenes de la ideología en el analizando, al permitir comprender “las fantasías básicas que se expresan en las ideologías”.

Por esta vía podría llegarse a “una reestructuración ideológica en un nivel más evolucionado”, de tal modo que el yo del analizando puede “elegir libremente posiciones más adecuadas.”. ¿Sostendría Baranger que la ideologización de un sistema de pensamiento supone una pérdida de libertad?

### **Comentarios**

Deseo presentar ahora a la consideración de ustedes algunos comentarios al artículo.

### *1) El curso del pensamiento*

El razonamiento expuesto en el artículo de Baranger insinúa un movimiento dialéctico, pero el mismo no se confirma y más bien el discurso se resuelve en una circularidad, yendo desde afirmar la necesidad de la regla hasta mostrar la imposibilidad de su aplicación y esta imposibilidad a su vez reafirma la necesidad de la regla. Ya que “La no aplicabilidad de la regla de abstención ideológica no significa que podamos –ni debamos– prescindir de ella”, surgiría una tensión de la que no se sale. En consonancia con esta posición, Baranger expresa en una nota que aparece en una reedición posterior del artículo, que se trata para él de “una problemática abierta que no tengo, ni por asomo, resuelta”.

Quizá una forma de explorar esta aporía sea replantear el problema de la ideología como tal y también lo relativo al psicoanálisis entendido como ideología. Para lo cual Baranger nos ofrece un fuerte punto de partida cuando señala que “La relación semántica de ‘ideología’ e idealización’ no es nada fortuita: identidad de raíz en las palabras y en los hechos”, agregando que “el análisis de las ideologías lleva necesariamente al de los objetos idealizados”. Atender a la identidad de raíz nos lleva más lejos, a la idea y a la teoría, por lo que convendría comenzar dirigiéndonos a sus raíces.

### *2) Conceptos: precisiones*

Podemos plantear aquí la hipótesis según la cual existiría un continuo que va de idea a ideología, pasando por ideal e idealización. Proponemos explorar esa hipótesis.

En este punto parece conveniente tomar una precaución que nos ahorre el riesgo de ideologizar la discusión haciendo que las palabras digan lo que la tesis de cada uno necesita que ellas digan. Para ello, quizá sea operativo remitirnos a lo que dicen las “autoridades”.

Según el *Dictionnaire des racines* de Grandsaignes d'Hauterive,<sup>(2)</sup> la raíz **weid-** indica visión al servicio del conocimiento, derivando hacia sentidos tales como yo sé, aspecto, imagen, ver, idea. En griego la raíz emerge en **idein**, ver y saber, y según el *Diccionario Etimológico* de Corominas,<sup>(3)</sup> **idein** remite a **eidon**, yo vi (incluyendo el sentido de conocer, saber), abarcando la imagen (forma) ideal de un objeto, aspecto, forma distintiva, especie, apariencia sin particularidades.

En filosofía, para el *Diccionario* de Ferrater Mora,<sup>(4)</sup> **idea** se usa sobre todo de tres modos: como entidad o contenido mental (psicología), como concepto (lógica), y también se la equipara con una realidad (metafísica). Platón habla de la visión de la forma de una cosa como del espectáculo ideal de esa cosa, de su modelo, es decir, las cosas en su estado de perfección, las cosas como tales, no una realidad sensible que solo muestra presencias unitarias, sino una realidad inteligible que es la unidad de lo múltiple y lo sensible. Para la filosofía moderna, idea es todo objeto de pensamiento en cuanto pensado, opuesto por ello al sentimiento y la acción y opuesto al modo de existencia concreta que puede tener un objeto.

De acuerdo también con Corominas,<sup>(3)</sup> **teoría** para los griegos está próxima a idea. Aquella remite a contemplación, vista del espíritu, acción de observar un mundo o un espectáculo. Estos sentidos derivaron hacia “construcción intelectual”, aquello que vincula fenómenos en un conjunto coherente. La teoría sintetiza el máximo de hechos en un cuadro racional en el cual hallan una interpretación coordinada, cuadro presidido por un principio general explicativo. Se diferencia del conocimiento vulgar, porque es una construcción metódica que no se apoya únicamente en el sentido común. Es interpretación, una construcción hipotética sobre asuntos controvertidos que se llega a verificar en la medida en que permite previsiones de hechos desconocidos aún. Pero todo el tiempo en que la teoría busca confirmaciones que la pueden afirmar como aceptable, ella se

presenta como una aproximación sujeta a revisión y cuestionamiento y en esto se opone el conocimiento tomado o postulado como cierto.

La teoría se diferencia también de la **praxis** en que pertenece al dominio de la especulación, no habla de experiencia directa, de lo que es, sino de lo que podría ser y ella anticipa. De modo que hallamos aquí dos oposiciones, entre teoría y conocimiento fundado en la imposición y la fe, y entre teoría y conocimiento práctico, efectivo.

Hacia el año 1500 el término idea da lugar a **ideal**, aquello que se opone a lo real: ideal es lo que satisface exactamente todas las condiciones de una idea, ideal es aquello que la *razón* reclama pero de lo cual la experiencia no presenta ejemplos, lo cual para Kant, habla de una escisión. El *Vocabulario de Filosofía* de Lalande <sup>(5)</sup> sostiene que **ideal** nombra lo que dará perfecta satisfacción a la inteligencia o al sentimiento, lo que uno se propone como tipo perfecto o modelo en cierto orden del pensamiento o la acción, opuesto siempre a lo que existe efectivamente. Ello le da al ideal un valor regulativo: es regla y prototipo.

De modo que de idea y teoría a ideal se va produciendo un cierto deslizamiento de sentido, del conocer y relación con lo real de la primera hacia un modelo jamás alcanzado por una realidad, lo perfecto en su género, y que como se construye por escisiones, inicia el camino hacia lo que llamamos **idealización**.

El más reciente miembro de la familia es el término **ideología**. Aparece en Francia por la época de la Revolución, siendo entonces tomado en su sentido lógico como ciencia de las ideas. Posteriormente y hasta nuestros días, pasará a nombrar más bien una idealización de la idea y toda idealización se funda en una división, en una escisión.

Ya Maquiavelo había planteado la posibilidad de distinguir -separar-entre la realidad -especialmente la política-y las ideas políticas. Por otra parte, la división de la conciencia que se separa de sí misma en el curso del proceso

dialéctico o histórico y lleva a la conciencia desgarrada o desdichada, que no es lo que es y es lo que no es, fue señalada por Hegel. El desdoblamiento es reconocido también por Marx, para quien la ideología enmascara una realidad, ocultando los verdaderos propósitos, los que muy bien pueden ser ignorados por el actor inmerso en la ideología.

La escisión que parecería ser una característica de la ideología, resulta análoga a la que se muestra entre contenido latente y manifiesto, donde el segundo desconocería al primero. Precisamente, según el diccionario *La Filosofía*,<sup>(6)</sup> el término ideología supone un sistema de representaciones (en este sentido, una teoría) que por un lado pretende aportar un conocimiento riguroso sea en política, moral, filosofía, religión; pero ese sistema no descansa sobre conocimientos sino sobre metáforas; puede explicitar las razones de existencia que se da a sí mismo, pero no tiene referencias a la práctica que lo ha condicionado o producido. En este sentido sería una conciencia falseada, que desconoce las fuerzas que la mueven. Por ello se dice que la ideología no llega a un verdadero conocimiento, solo coordina afirmaciones en el marco de una **confrontación**, por ejemplo, con otras ideologías.

Por lo tanto, el ámbito de la ideología no es el del conocimiento sino que es un ámbito esencialmente social. En efecto, para Marx, quien en este sentido continúa a Hegel, la ideología sirve como **instrumento de lucha**, de confrontación. La lucha es contra otras ideologías, pero la batalla la libra un sujeto identificado con una ideología y la libra en el terreno de las conciencias, siendo tanto lucha **contra** otras conciencias, como lucha **por** otras conciencias en la medida en que es propio a la ideología el proselitismo, el afán por conquistar nuevas conciencias que abracen la causa, opinión, doctrina o fe.

Porque se ocupa de fraccionar a la sociedad y de hacer ingresar a los hombres en una trama social particular y no de darles un conocimiento exacto, la ideología transcurre en un imaginario social cuya meta es esencialmente factual. De allí que se le de al término ideología un sentido peyorativo, como refiriendo a un análisis o discusión vacía de ideas, abstracta, que no elucida acerca de realidades y que más bien busca movilizar y actualizar un conflicto relacional.

### *3) Los deslizamientos: lo idealizado y lo persecutorio*

Lo reseñado probaría cuánta razón tiene Baranger al destacar la relación semántica que lleva del término idea a idealización e ideología. Tal continuo muestra un polo que apunta al conocimiento y otro que apunta a la acción, uno apunta al mundo y el otro a las relaciones (conflictivas) entre sujetos. Además y en otro sentido, pero en acuerdo con lo que Baranger anotó en el artículo que nos ocupa, ese continuo avanza en la línea de una creciente idealización, lo que apunta a las connotaciones esquizo-paranoides del deslizamiento hacia la ideología.

De igual manera otros conceptos también pueden volverse ideologías. Tal sería el caso de las teorías de enfermedad tras las cuales se esconden sistemas defensivos y que son compartidas por una cultura. Así puede ser visto como una ideología el sostener haber sufrido seducciones o diversos traumas por culpa de los padres. Como todas, estas ideologías del paciente y aun una cultura *científica* pueden apuntar a lograr que otro se pliegue a sus afirmaciones y actúe en consonancia, esto es, en contra de aquellos a los cuales la ideología denuncia. Es interesante observar hasta qué punto una ideología acusatoria contra los padres satura nuestras convenciones culturales y sobre todo, satura a la propia psicología corriente.

De modo que la ideología supone, por un lado, un orden de relaciones de objeto idealizados, uno de los cuales sería el propio sujeto (recordemos que

Baranger señaló que es por “identificación con estos objetos –los idealizados– que a menudo se introyectan las ideologías”), en quien se encarna la ideología. Por otro, supone confrontación, implica objetos persecutorios. Esta situación encuentra una forma de enmascaramiento en el prestigio de los objetos idealizados y de lo ideológico que se presenta como una organización de pensamiento compartida por un grupo animado por *ideales*.

La tarea del analista debería ser analizar la ideología a través de su reducción “a sus raíces vivenciales”, prescindiendo, como en todos los otros aspectos del análisis, “de las categorías de realidad y de valor en las interpretaciones.” Como sostiene Baranger, esto quiere decir que no debe aliarse ni confrontarse con la ideología, sino unir esta ideología con los hechos de la vida del analizando, investigar lo que su ideología ignora de sí misma y mostrar su función, por ejemplo, la medida en que ella puede responder a una estructura de relación de objeto con un objeto idealizado cuya contrapartida es un objeto perseguidor. Y mostrar también su función en el contexto de la sesión.

Este objetivo podrá ser claro, pero tal como lo muestra el artículo que comentamos, el camino hacia él es oscuro. La ideología es mostrada por Baranger como una resistencia que se manifiesta por ejemplo como *un intento de hacer hacer*, de promover la actuación de parte del otro. Es decir, la ideología vive más bien en el terreno de la identificación proyectiva. Despojada de este carácter, sus conceptos pueden recobrase como una teoría que pasa a vivir en el terreno del conocimiento, en un clima más bien reparatorio. Se trataría entonces de la des-idealización del objeto y de la configuración de una relación de objeto con un objeto bueno.

Baranger menciona en su artículo la posibilidad de distinguir en las ideologías aspectos depresivos y paranoides. Quizá sería difícil llegar a establecer tal diferencia considerando apenas la sustancia o el contenido de

una ideología, es decir, tomando en cuenta sólo su sistema conceptual; más bien tal diferencia parece ubicarse en el lugar que su ideología ocupa en la vida de un sujeto. Es decir, se trata de la función que cumple la ideología en cada uno y el uso que cada uno hace de ella.

Si la diferencia radica en el lugar y la función en la relación de objeto, ella más bien parece duplicar la diferencia que puede establecerse entre teoría o idea e ideología anotada líneas arriba, acerca del grado en que un sistema de pensamiento está saturado de idealización. La ideología idealiza la idea, teniendo lo agresivo y persecutorio como fondo. En un caso se trata de confrontar y anular ideologías de otros y aun a los propios otros, en el otro caso se trata más bien de una postulación que se expone a la posibilidad de verificación, de encontrar confirmaciones o desmentidos y hacerla así compartible.

Se supone que el análisis del analista lo capacita para moverse en un campo de teorías (psicoanalíticas, sociales, políticas, estéticas, etc.) sin por ello hacer un uso defensivo de esas teorías, sin usarlas como ideologías. La teoría psicoanalítica que sostiene su tarea, será teoría en tanto la pone reiteradamente a prueba en el trabajo y en la discusión científica. Pero, en particular en este último ámbito, resulta tentadora la posibilidad de usar la teoría como ideología, es decir, como argumento para la confrontación. Pero en ese caso es claro que no será el progreso en el conocimiento el resultado de tal discusión...

### **La ideología del psicoanalista**

De modo general, ese conjunto sistematizado de representaciones llamado teoría, puede ser **contenido** como teoría o bien ser **usado** como ideología, y lo mismo vale tanto para una creencia como para una simpatía política o deportiva. ¿Y por qué no habría de valer para el propio psicoanálisis?

Baranger habla del psicoanálisis como ideología sobre la base de dos líneas de argumentos: que sería una ideología “al igual que toda otra ciencia por disponer de un conjunto sistematizado de representaciones y por implicar una perspectiva sobre el mundo, directivas de acción y valores”. Y también, además, porque “el psicoanalista **actúa entonces en la interpretación** apoyándose en una ideología (el psicoanálisis) y abogando indirectamente en favor de determinadas soluciones para el analizando (tratando de evitar ciertas soluciones ‘neuróticas’)” (subrayado de S. P.). Es decir, habría que hablar de ideología en tanto trata de encaminar al análisis según sus convicciones, en este caso las supuestas como analíticas. ¿Hasta dónde es compartible esta visión?

Freud entendió que el psicoanálisis era, entre otras cosas, una teoría. Esto significa que es un conjunto sistematizado de conocimientos y por ello no corresponde que se ubique en el plano de la persecución bajo la forma de la confrontación. Que sea teoría es decir que está expuesto a verificación y a modificación; que no habla de una verdad absoluta a la que deba adherirse y que está en lucha con otras; que la aplicación de ese conocimiento renuncia a la imposición de normas, conductas u opiniones, y que no hace lugar a la manipulación del analizando.

Entonces sería por su conversión en ideología que los conceptos o las ideas –las teorías– del psicoanalista puedan llegar a fundar el que el psicoanalista se sienta “con derecho a orientar al analizando hacia ellas”, hacia las convicciones (ideológicas) propias del analista. Esta orientación es siempre una imposición, que a su vez puede engranar con la necesidad defensiva de muchos analizandos de recibir una orientación para acomodarse a ella, desarrollando por la vía del sometimiento –al perseguidor– una estructura resistencial.

En cuanto método de trabajo, el psicoanálisis postula que el analista debe someterse a varias abstenciones; ellas caracterizan su práctica y tienen

claras implicaciones éticas: tales abstenciones se dirigen a asegurar la neutralidad del psicoanalista, lo cual a su vez ofrece condiciones que preservan la posibilidad de la asociación libre y, finalmente, permiten el encuentro con la alteridad. Y estos serían valores que el psicoanálisis afirma, pertenecen a su costado ético y a la vez, a su costado técnico —y en su caso, ambas fuentes de valores coinciden.

Para el *Vocabulario de filosofía* de Lalande, <sup>(5)</sup> la ética es la ciencia que tiene por objeto el juicio de apreciación en cuanto se aplica a la distinción del bien o del mal. No es moral —arte de dirigir la conducta— y en el caso del psicoanálisis, los valores no alientan juicios acerca de si lo que hace el analizando sea bueno o malo; por el contrario, esos valores alientan el asegurar la libertad del analizando al interpretar (hacer conciente) las trabas (su origen, su peso, sus consecuencias) que sufre en él esa libertad. Pero en todo caso, hacer lugar a su liberación no significa para nada imponerle esa liberación, y también en esto hallamos una diferencia con la ideología.

Sin embargo y en la práctica, la situación es compleja, como lo revela un inventario elemental de las actitudes posibles. Es posible el análisis sistemático de la ideología tal como lo propone Baranger. O bien varias formas de no-análisis entre las que se podría contar la confrontación (inconciente o no) entre la ideología que sostiene el analizando y aquella de la que de algún modo participa el analista. A la que se agrega la posibilidad de que las ideologías de ambos se vean reafirmadas en el marco de una especie de pacto de silencio que tiene como excusa el que existe coincidencia (presunta, no tematizada) entre las ideologías de analizando y analista, lo que hace que se las tenga por incuestionables. Situación cuyo extremo fue señalado por lo que Willy y Madé Baranger definieron como **baluarte**, <sup>(7)</sup> una estructura de “acuerdos” en presencia de los cuales quedan cerradas las posibilidades de análisis de los aspectos ideológicos. Como meta del análisis en este aspecto, Baranger propone una “reestructuración

ideológica en un nivel mas evolucionado”, libre de idealizaciones y persecuciones. Lo cual, de acuerdo a lo que se ha señalado aquí, supondría volver de la ideología a la teoría, del proselitismo al conocimiento, a la conciencia de los condicionamientos de los conceptos.

### **La abstención como ideal**

En psicoanálisis conocemos la regla de la abstinencia, ahora Baranger agrega una regla de abstención. La abstinencia se refiere a renunciar a un posible placer, la abstención a un “no intervenir”, especialmente ante una situación de conflicto. Según la regla de Freud, la abstinencia es del paciente y la abstención es del analista, es abstención de proporcionar al paciente las gratificaciones que reclama. Sin embargo, entre ambos términos hay un puente más allá del obvio puente etimológico, y es que ambas reglas se fundan en el principio de neutralidad.

La regla de la abstención parecería apuntar a **un ideal de análisis y de analista** y por ello lleva a dos preguntas centrales: acerca de si es deseable y de si es posible un analista así. O a lo que en cierto modo las equivale: a preguntar qué lugar tiene el **ideal** en la situación analítica.

Si la aplicación “estricta” de la regla exigiera sujetos libres de ideologías, ellos no necesitarían ni abstenerse ni regla que se lo recomendara, pero se estaría hablando no tanto de ideal sino más bien de estupidez o de idealización y el propio Baranger reconoce que tanto el analista como el analizando se valen de sus teorías para articular el drama de sus relaciones con otros sujetos y la realidad. Es decir, viven entre ideologías tal como viven entre modos esquizo-paranoides de relación de objeto.

Abstención habla más bien de otra cosa, de ser capaz de contener y suspender la puesta en práctica de aquello de lo que se abstiene, lo cual reinstala la tensión de que hablaba Baranger en su artículo. Habría tensión porque la ideología vive en la identificación proyectiva, pro-moviendo a

otros sujetos y haciéndoles sentir, oponiéndose al pensar. La ideología crea tensión en la medida en que **pro-mueve** la actuación <sup>(8)</sup> y el psicoanalista, como señaló Baranger, actúa entonces en la interpretación. De modo que el continuo desde la idea la ideología que antes mencionamos va acompañado como por su sombra por otro que lleva de la fantasía a la actuación o de la asociación libre a la manipulación.

Como siempre será la contratransferencia la pista de que puede disponer el psicoanalista para detectar que es de ideología y de idealizaciones (y no de ideas) de lo que se trata. Quizá porque de esa tensión contratransferencial no se sale (ella más bien es materia de análisis), es que Baranger sostiene que la regla de abstención es estrictamente inaplicable.

### **Vuelta de tuerca**

El problema de la abstención ideológica fue poco estudiado y lo sigue siendo. Correspondería preguntarnos porqué siendo que incide tanto en la práctica. Baranger da algunas indicaciones acerca de la *razón* de estas dificultades y señala dos motivos: por uno, se entiende la regla de abstención ideológica como negación de la presencia de la ideología y por lo tanto de la pertinencia de su análisis; por el segundo, no se analiza la ideología porque se confía en lo que llama una “ilusión de retroactividad” en cuanto a la eficacia de la interpretación, eficacia que llevaría a que la modificación de la ideología en el analizando se haga por si sola, paralelamente a la evolución de la personalidad.

La vigencia de estas dificultades impulsa un intento de **reformular** el problema de las relaciones entre ideología y psicoanálisis. Un inicio puede consistir en una pequeña vuelta de tuerca a lo planteado hasta aquí. El propio Willy hubiera tenido disposición para hacerlo, no es otro el sentido que podemos dar a sus palabras cuando dice que está ante una problemática que no tiene “ni por asomo, resuelta”.

Reconsideremos entonces la regla en cuestión. Su objetivo atañe al analista, en cuanto le indica abstenerse de intervenciones (abogar por ciertas soluciones, imponer sus convicciones, orientar al analizando) en las que estaría involucrada su ideología y a la vez le indica estar disponible para *analizar* sus propias ideologizaciones. En cuanto al lado del analizando, el objetivo del analista respecto de él sería el opuesto: crear condiciones que le permitan manifestar su ideología, para que ella pueda ser analizada tal como se haría con todo otro material, sin prohibirla ni entrar en alianzas o confrontaciones con él.

*Pero es claro que la regla se formula porque es difícil cumplir con ella y porque hay una tensión entre la realidad de su aplicabilidad real y la situación ideal que ella define.* Porque, como lo señaló Baranger, la concepción del trabajo del psicoanalista supone ideas, teorías; porque la interpretación abre a un futuro (lo que no significa decir que lo impone); porque el psicoanalista es una persona y como tal participa de una convivencia en la cual las ideologías son moneda corriente.

Del lado del analista, porque el analista no es el ideal de analista, ideal que hablaría de idealización, es de esperar que su ideología emerja y lo incite a actuar de acuerdo con ella y el problema para el analista es entonces qué hacer con ella. Pero en este caso, más bien cabe que nos preguntemos por qué tiene la ideología este privilegio que la hace un problema especial, siendo que otras particularidades que se dan del lado del analista no son problema a igual título: basta pensar en el caso de los afectos y deseos que nacen en el analista en el curso de su trabajo y que también lo incitan a actuar de determinada manera y frente a los cuales no se le presenta este embarazo.

¿Qué puede hacer el analista con estos deseos o afectos? Puede darles curso y actuarlos, o bien contenerlos y entonces puede intentar “comprenderlos”, esto es, preguntarse por ellos, por su sentido y el lugar

que tienen en la situación actual, en la sesión; es decir, los considera como material contratransferencial y como una valiosa fuente de enseñanza acerca de lo que ocurre en la sesión, acerca de qué es lo que lo empuja en una dirección. Dicho de otro modo, lo considera una fantasía cuyas “raíces vivenciales” ha de buscar analizándola, tomando como base que ella algo tiene que ver con lo que pasa en su tarea, que no tiene el carácter de una realidad independiente e incondicionada. Es decir, en este terreno el analista se des-idealiza, reconoce su contratransferencia y se reconoce como afectable por lo que pasa en la sesión.

¿Y por qué con los capítulos de su ideología emergentes en la sesión no habrá de hacer lo mismo, reconociéndoles su lugar en la dinámica de la sesión? ¿Es que acaso son portadores de una verdad en un sentido diferente de como puede serlo un afecto? Se dirá que porque no puede, porque tiene una adhesión especial a esa teoría que se ha convertido para él en ideología, en materia idealizada que no conoce condicionamientos y que es válida para la confrontación y la búsqueda de alianzas. Porque, en definitiva, toma a la ideología como *verdad* y se toma a sí mismo como *ideal* que está más allá de lo que la relación concreta con su analizando le plantea. Y parecería que el analista pierde su condición cuando deja el terreno del cuestionamiento para entrar al reino de la convicción.

Entonces, la formulación de una regla de abstención ideológica parecería llevar implícita la desacralización de la ideología: la regla parece pedir que ella sea considerada como material de análisis al mismo título que cualquier otro. Lo cual representa dar un nuevo sentido a una afirmación que hizo Marta Nieto <sup>(9)</sup> en un artículo sobre técnica: ella decía que en el análisis se debe poder hablar de todo, y cabría agregar que se debería poder analizar todo.

En definitiva, este intento de reformulación podría resumirse diciendo que es válida la regla de la abstención precisamente mientras de abstención

se trata, y no lo es si se trata de postular un psicoanalista libre de ideología, al margen de confrontaciones, ese no sería un objetivo válido. Un psicoanalista así, *objeto ideal*, distaría de ser un ideal de psicoanalista. Abstenerse supone una tensión que es necesario sobrellevar, una tensión muy conocida por todos, que nace como nuestro “comentario interior” siempre que debemos abstenernos de caer en actuaciones.

Abstención o actuación. Si es que cabe aquí optar, tal opción tiene una doble base: la medida en que el analista se considera comprometido con el trabajo del psicoanálisis, y la abstención implica su renovada disposición a tomarse a si mismo como objeto de análisis; y la medida en que el analista se considera comprometido con el analizando, y la abstención supone entonces una posición ética. Pero a su vez la opción entre abstención y actuación duplica otra, tanto o más central en la definición de lo que es y lo que no es psicoanálisis. Me refiero a la opción entre manipulación y asociación libre, siendo que la renuncia a la manipulación está en el origen mismo de la práctica psicoanalítica y su camino fue ilustrado ya en los “Estudios sobre la histeria”.

La tesis de este comentario acerca de la vecindad entre ideología y actuación está en el aire del artículo de Willy Baranger que comentamos desde sus primeras líneas, ya que difícilmente podría establecerse una diferencia significativa entre la no abstención en lo ideológico y la “actuación pedagógica”: ambas se hermanan en lo que tienen de actuaciones. Pero es obvio que no toda presencia de ideología habla de actuaciones y es necesario que seamos más precisos.

### **La tentación de manipular**

La presencia de la o las ideologías puede ser visible al menos en dos situaciones: la personal y la analítica. Esta u otra distinción análoga es relevante, por cuanto el significado de la presencia de la ideología varía

según de cual situación se trate. Lo personal puede ser irrenunciable y tanto analista como analizando llegan a la situación analítica portando sus vidas y sus convicciones, y quizá también su predilección por participar de algunas verdades que tienen por incuestionables. Pero en cuanto se instaure la situación analítica, eso personal de cada uno adquiere un valor diferente a el que tendría en una mera relación social.

Ese valor diferente le viene de una peculiaridad que presenta la situación analítica que hace que ella pueda entenderse como un **campo dinámico**, siguiendo el concepto propuesto por Madé y Willy Baranger en varios trabajos, el primero de ellos del año 1961.<sup>(10)</sup> Allí estos autores con esa denominación refieren a “la situación de dos personas ( ) involucradas en un mismo proceso dinámico. Ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro.”

El concepto de campo habla entonces de una estructura que está fuera de ambos actores pero a la que ambos responden, por ella los incluye y los modifica. Por lo cual las ocurrencias que se presentan a cada uno (y la idealización y la ideologización son algunas de esas ocurrencias) hablan de algo del campo tanto o más que de condicionantes particulares.

Lo que importa es lo que el campo permite o hace emerger de lo personal y esta emergencia muestra los rasgos de ese campo relacional, del mismo modo como la contratransferencia puede ser entendida como hablando de cosas del analizando.

La ideologización más allá de ser expresión de rasgos personales de cada uno de sus actores, habla del campo en el cual transcurre el psicoanálisis, hace patente una articulación del mismo creada por la dinámica del campo, la que modifica en un determinado sentido y no en otro, a los actores, en este caso analista y analizando. Y hace patente esa articulación de un modo peculiar, como actuación: la ideología que se encarna en los actores en la sesión, se vuelve una actuación de fantasías. Es que, como es sabido, hay

actuación donde falta interpretación y donde transferencia y contratransferencia no son atendidas como tales.

El analizando puede idealizar el análisis, al analista o la teoría analítica tomándolos, por ejemplo, como verdad última que predica por doquier (y a la vez expone su relación íntima con esa verdad); todo ello equivale a ideologizarlos cultivando una idealización que puede estar vestida con un ropaje mas o menos racional. Y lo mismo puede hacer el analista con sus teorías y con sus ídolos personales. En el marco de entender el campo, habrá que ver que esta idealización se origina allí y que abre a una lucha, que hay una situación persecutoria que puede estar mas o menos enmascarada, lucha con otros sujetos o entre analista y analizando

La obra de Melanie Klein permite formular una hipótesis acerca de lo que esa lucha involucra. La ideología procura hacer prosélitos, reunir conversos, esto es, apunta a sujetos conquistados a otras ideologías que quedan así solas y desacreditadas. Una situación que puede ser comprendida en el marco edípico, en particular en esa fantasía central que Klein denominó pareja parental combinada y en los esfuerzos por manipular el lugar que cada actor tiene en ella.

La regla de abstención ideológica se funda en una teoría, en una práctica y en una ética. Pero su propio nacimiento, ¿no supone reinstalar una ideología cuando creíamos estar desalojándola? Mi respuesta a esta pregunta, que no puede ser sino provisoria, es que depende del uso que hagamos de esta regla y de la función que en cada situación tenga para nosotros su cumplimiento. Que la abstención pueda ser una idea o una ideología, depende del caso. En una oportunidad Carlos Sopena destacó el contrasentido de imponerle a alguien que “¡Sea libre!”. En psicoanálisis, libertad y manipulación tampoco ligan bien.

## **Resumen**

En un artículo publicado hacia 1956, Willy Baranger planteó el problema – tan importante como poco estudiado– de la incidencia de las ideologías en la práctica psicoanalítica, formulando y discutiendo la posibilidad y los límites de aplicación de una regla que llamó “de abstención ideológica” que importa una desacralización de la ideología. En este trabajo se hace una reconsideración del aporte de Baranger, destacando la existencia de un continuo que va desde la idea y la teoría hasta la ideología, continuo que pasa por el ideal y la idealización (con su implicancia de persecución) y que puede ser entendido como un continuo de progreso en el acting out. La ideologización aparece entonces como un emergente del campo psicoanalítico y habla de transferencias y contratransferencias insuficientemente esclarecidas, lo cual lleva a bordear el camino de la manipulación. De allí la importancia de sostener la regla de abstención y de contener la tensión que su aplicación implica.

## **Summary**

In a paper published towards 1956, Willy Baranger posed the problem as important as scarcely studied of the impingement of ideologies on psychoanalytic practice. In it he formulates and discusses the possibility of applying a rule he called “of ideological abstention”, construed as a desacralisation of ideology, together with its limitations. Baranger’s contribution is reconsidered in the present study, highlighting the existence of a continuum ranging from idea and theory to ideology; this continuum passes through the ideal and idealization (with the implied persecution), and must be understood as a continuum in the progression of acting out. Ideologization thus appears as an emergent in the psychoanalytical field and speaks of insufficiently cleared transferences and countertransferences,

leading to work on the borders of manipulation. This explains the importance of having to sustain the abstention rule and contain the tension its application implies.

Descriptores: IDEOLOGÍA / REGLA DE ABSTINENCIA / INTERPRETACIÓN ACTING OUT / RELACIÓN PSICOTERAPÉUTICA

### Referencias

- 1) Baranger, W.: **Interpretación e ideología: Sobre la regla de abstención ideológica.** En Revista de Psicoanálisis, t. XIV, N° 1-2, 1957.
- 2) Grandsaignes d'Hauterive: Dictionnaire des racines. Ed. Larousse, Paris.
- 3) Corominas, J.: Diccionario etimológico de la lengua castellana. Ed. Cremos, Madrid.
- 4) Ferrater Mora, J.: Diccionario de Filosofía. Ed. Aguilar, Bs Aires.
- 5) Lalande, A.: Vocabulario técnico y crítico de Filosofía. Ed. Ateneo, Bs. Aires.
- 6) La Filosofía: Diccionarios del saber moderno. Ed. Mensajero, Bilbao
- 7) Baranger, M. y W.: La situación analítica como campo dinámico. En "Problemas del campo psicoanalítico". Ed. Kargieman, Bs, Aires.
- 8) Paciuk, S.: **Actuar, hablar, identificar.** En Rev. Ur. de Psicoan. N° 56.
- 9) Nieto, Marta: **De la técnica analítica y las palabras.** En Rev. Ur. de Psicoan. T. XII, N° 3.
- 10) M. y W. Baranger: La situación analítica como campo dinámico. En "Problemas del campo psicoanalítico". Ed. Kargieman, Bs. Aires.

## EL YO HERIDO

*D. Gil; Ed. Trilce; nov. de 1995*

*Javier García*

Siempre es grato presentar la aparición de un libro, especialmente en nuestro medio donde es tan difícil editar y tan difícil también ser autor. En este caso estamos frente a un autor que nos ofrece textos sobre temas que son motivo de su preocupación y estudio desde hace muchos años. Los trabajos que componen el libro van pautando épocas, recorridos psicoanalíticos que, como “variaciones sobre un mismo tema” van nutriéndose y atravesándose con valiosas incursiones en la literatura, la filosofía, la historia, el anecdotario personal y no menos en la práctica analítica. Esta valiosa característica del autor, junto a su don de trasmisión, me evocan en él la herencia enriquecida y hecha suya de dos psicoanalistas pioneros en este estilo: Rodolfo Agorio y Gilberto Koolhaas. Seguramente D.G. tiene muchas otras herencias valiosas, algunas testimoniadas en el libro. Como de identidades y autorías se trata el tema que nos ocupa, quería señalar este sesgo.

Hablar del “AUTOR” es difícil cuando se trata de un libro sobre el YO, que apunta justo a cuestionarse *¿quién es el autor?* En la primera línea del prólogo el autor se pregunta si este libro es un libro, Magritte mediante. Y eso tiene la escritura. Por algo es necesario escribir y no basta con hablar. “Si la sinceridad no fuera un desconocerse –dice Roland Barthes– no valdría la pena escribir, bastaría hablar. La escritura es precisamente ese espacio donde las personas de la gramática y los orígenes del discurso se mezclan, riñen, se pierden, hasta lo irrecuperable: la escritura es la verdad,

no de la persona –el autor–, sino del lenguaje. Por eso la escritura va siempre más allá de la palabra”.

Uds. saben que “AUTOR” es *el que causa algo*, del latín, y en griego “autos” es *“uno mismo”*. *¿Acaso coinciden el que causa y uno mismo?* Estamos en el terna de este libro si escuchamos en ese más allá de la palabra a otros autores y al gran Otro, la cultura, de los cuales D. G. nos muestra siempre ser heredero y trasmisor, en su pasión por todas las formas de conocimiento que bordean lo desconocido. Digamos, ese instante, ese pretil entre la luz y la sombra. En este libro uds. van a ver que esa frontera entre lo mío y lo otro, entre quién soy y mi semejante, entre el adentro y el afuera de mí mismo, entre mi cuerpo, mi imagen y mi nombre, eso que se intenta suturar con la certeza delirante “yo soy yo” o que se desgarrar en esa otra locura identitaria: “yo, no soy, yo”, eso es lo que se despliega de múltiples formas en estos textos. Oscilación entre la locura paranoica y la esquizofrénica, que abarca una zona donde se abre en abanico toda la problemática de la *“identificación primaria”* y el *“origen del YO”*, y donde la neurosis queda también incluida. Este abarcado lo veremos a través de los bebés con privación emocional total que describe Spitz, en el paciente que desea ser UNO con la madre en una fantasía de amor canibático, en “El caballero inexistente” de I. Calvino que habita en una armadura donde no hay nadie, en la anécdota de “Cachón” que enloquece al perder su imagen, en el vampiro sin sombra que no se encuentra en el espejo, en el sosías, en la gemelaridad, en fin... en Francisco que junto a su analista o a su través pudo encontrar su imagen y su sombra.

El recorrido “rayuelesco” por estas historiaídel análisis, la literatura, el pensamiento filosófico y la historia personal y universal, nos permite no solamente enfrentarnos a los *fracasos de la identificación primaria y la constitución del yo* en un sentido global, sino sobre todo, *ir pensando distintas líneas de fallas que van a su vez delatando los múltiples*

*elementos en juego en esta identificación.* Podemos situarnos en distintos vértices desde los distintos elementos que constituyen la estructura que se arma o no en la identificación primaria.

Lo que permite este despliegue de elementos participantes de la estructura serán *dos estallidos*. Uno es el del concepto de narcisismo entendido en su dimensión intrapsíquica, como destino libidinal, sin la inclusión del otro. Esto es, de su concepción exclusivamente económica y de sistema cerrado. El otro, el de un principio racionalista de identidad que supone además una posibilidad inmediata de reconocimiento de sí. Esto es la certeza “yo soy yo”.

La influencia de Lacan en el autor aquí es indudable, pero también el estudio de las distintas nociones de “yo”, “persona” e “individuo”, pasando entre otros por San Pablo, Kant, Locke, Descartes, Nietzsche, Hegel. Podríamos decir, de alguna forma, que D. G. le pregunta a estos pensadores ¿qué es lo que nos permite sostener que hay “yo”? Indudablemente Freud hace aquí un aporte decisivo al “descubrir” un inconciente que nos constituye y determina, limitando el campo de la conciencia y del yo consciente y también al complejizar el concepto de “yo” en su articulación con el cuerpo, la pulsión, el narcisismo, el deseo, la cultura, la realidad, etc. Pero la influencia de Lacan aquí es decisiva decíamos, porque interroga esta certeza “yo soy yo” y rompe con la identidad del “yo que enuncia”, el que designa al sujeto que habla, significante, shifter (yo-je), del “yo del enunciado”, el que se cree ser yo (yo-moi) (J. Lacan, “Subversión del sujeto”, Escritos I, p. 311). Más aun, en el Seminario II citado por D.G., Lacan dijo que lo que se expresa por “yo” (je), eso que habla, “es precisamente lo más desconocido por el campo del yo (moi). Esta perspectiva descentra al “Sujeto” (sujeto del inconciente) del “yo”, con el cual va a tener siempre una relación de extraterritorialidad. He aquí

entonces el despliegue de uno de los vértices de esta estructura: el SUJETO, diferente y siempre excéntrico al “yo”.

En el texto “Chuang Tzu Sueña” D.G. ahonda el tema del sujeto. Chuang Tzu sueña que es mariposa. Al despertar, asombrado, y lo digo a sabiendas que hablo también de sombras, no sabe si era Chuang Tzu que soñaba ser mariposa o era la mariposa que soñaba ser Chuang Tzu. ¿Dónde está aquí el SUJETO? ¿Dónde está el SUJETO cuando no hay un percipiens y un perceptum? Pues la mariposa no es un objeto del mundo mirado por Chuang Tzu. Por el contrario, el yo (moi), imagen de Chuang Tzu en el sueño, es la mariposa. Situar un SUJETO más allá de los espejismos del yo es la posibilidad de rescatarse dentro de un laberinto de espejos. Cuando Chuang Tzu se pregunta si no es la mariposa la que sueña que ella es Chuang Tzu –dice Lacan en el Seminario 11, p.84–, tiene razón, porque eso prueba que no está loco, porque no se cree idéntico a Chuang Tzu (yo soy yo) y en segundo lugar porque no sabe cuan cierto es lo que está diciendo, no hay certeza si no es a través del Otro. Pero la pregunta ¿quién es? se la puede hacer cuando está despierto y esto supone, no que él pueda responderlo y saber quién soy, sino que se supone sujeto hacedor de esa pregunta. El sujeto no usa el lenguaje como instrumento con el cual se expresa, es efecto del lenguaje. Cuando sueña no es mariposa para nadie. Cuando está despierto es Chuang Tzu para los demás.

Descentrar el sujeto del deseo del YO de conocimiento implica la imposibilidad de conocerse a sí mismo en forma inmediata, en tanto sujeto. Conocimiento que sólo es posible a través del objeto. Aquí se abre otra zona de trabajo en estos textos: *el objeto*. Destacaré el tema del CUERPO. Ese cuerpo que ya Freud definió en los orígenes del Yo, el Körper-ich, que es en el Yo proyección de la superficie corporal. Es muy interesante la distinción que hace D.G. entre Körper y Leib, donde éste último hace referencia al cuerpo viviente-deseante y Körper más inespecíficamente al

cuerpo anatómico. Esta distinción apunta a que el cuerpo es a la vez eso que somos, el cuerpo como núcleo real, núcleo primero e irreductible “que funda la posibilidad de todas las experiencias” –dice D.G. en p. 66–, pero ese cuerpo en sí-mismo no lo podemos conocer sino por su representación, siempre mediada por el otro. Es en este movimiento de representación a través del otro que el Körper se hace Leib (p.41). El cuerpo es un objeto particular porque al mismo tiempo que lo tenemos lo somos. En “El caballero inexistente” podemos ver la relación entre el cuerpo y la existencia. Agilulfo es, el Körper *es*, pero el hecho de ser no implica su existencia (humana). Es el ser como deseo lo que caracteriza la existencia humana. Agilulfo no existe, solo es, porque no tiene cuerpo-deseo y sin cuerpo-deseo –dice D.G.– no hay otro-mujer que le pueda dar certeza de existir.

Aquí se abren otros dos vértices de la estructura de la identificación primaria. Es necesario de un otro para disponer de representaciones-imágenes (imagen especular) y es necesario un gran Otro del deseo y la ley para tener certeza de existir. Esto va a aparecer muy bien trabajado en la mirada del otro. En el ejemplo de Cachón, el “loco del pueblo” que sufre una broma muy pesada del que se disfraza de Cachón y se coloca junto a él frente al espejo del bar, Cachón reivindica su imagen y cuando el otro dice: No, yo soy Cachón, pierde su imagen y enloqueciéndose se pregunta “Entonces yo ¿quién soy?”. Cachón es pura imagen, no había gran Otro que le diera existencia. Estamos en la psicosis.

Por otro lado tenemos los fenómenos de duplicación, cuando lo que falla es también el otro como semejante que tiene que estar ahí para devolver imagen. Cuando la madre no existe como prójimo (otro), el sujeto necesita constituir un otro a costa de sí, para mantener la estructura. Hay aquí todo un campo clínico para investigaren las personalidades “como sí” de H.

Deutsch, “falso self” patológico de Winnicott, personalidades narcisistas, etc.

La importancia de la MIRADA, a la que me referí anteriormente, queda trabajada en el último texto: “El lugar de la mirada”. El niño frente al espejo necesita de la otra mirada, un lugar tercero que separa al sujeto de su imagen (p.124, citando a Guy Le Gaufey), tercero que representa al gran Otro. La separación aquí es entre el yo (moi) y la imagen, lo que permite saber que es una imagen y no un doble. Vemos entonces dónde se localiza la falla en los fenómenos de duplicación.

El nombre, también desde el gran Otro, es un elemento simbólico que permite el anudamiento entre la imagen y el cuerpo (p.125). Esto queda ejemplificado en la viñeta de Francisco: el niño que encontró su imagen y su sombra luego de aparecer el nombre del Padre a través del padre de la Patria, Artigas. Francisco fue discriminando la sombra propia de la del analista, haciendo los contornos, miró los ojos del analista que lo miraban, seguramente lo miraban más allá de la imagen, y en el reflejo de los lentes encuentra su imagen.

La mirada buscada en el otro, y aquí aparece la diferencia mirar-ver: es el deseo. La mirada es acto pleno de deseo y el ser mirado un acto de reconocimiento. Lo podemos ver también en el relato de Pirandello: “Uno, ninguno, cien mil”, un tema que el autor retoma en distintos momentos del libro.

Otro aporte de este libro lo constituye un trabajo que ya es merecidamente de referencia en el ambiente psicoanalítico: “El conde Drácula: vampirismo, canibalismo e imagen especular”. Entrama conceptos que en Freud fueron tratados separadamente: el narcisismo y la identificación por un lado, y las etapas del desarrollo libidinal por el otro. A través del vampiro D.G. trabaja los deseos oral-sádicos de succión en relación con el pecho de la madre propios de esta fase libidinal, a la vez

que el deseo de incorporación-posesión-uni3n descrito por Freud en/’Duelo y melancolía’’, la envidia vinculada a la mirada (Lacan), y a la voracidad oral (Abraham-Klein) y la falta de imagen especular y consistencia corp3rea del vampiro. Este texto puede ser le3do como un punto de partida desde donde los otros se despliegan.

Habi3ndome detenido para esbozar los distintos elementos que el autor trabaja en la identificaci3n primaria como constitutiva del yo, quiero ahora poner el acento en la propuesta conceptual de Identificaci3n Primaria que nos ofrece D.G., trabajada por 3l desde hace muchos a3os. Pienso que hay ah3 un aporte importante a la teor3a y pr3cticas anal3ticas. En esta propuesta entran muchos elementos en juego, desde el cuerpo de la biolog3a y su maduraci3n, pasando por las fantas3as del sujeto y su relaci3n con los otros, la cultura en los padres, relaci3n donde se juega el amor, la castraci3n y el deseo. Y estos elementos no son pensados solo en un sentido freudiano de algo que va del ni3o a los objetos (se identifica con), sino que el ni3o, aun antes del nacimiento, ‘‘es identificado por’’. La identificaci3n primaria es pensada as3 como la manera en que se produce la constituci3n del yo y esto implica la posibilidad de que alguien pueda designarse a s3 mismo: ‘‘Yo’’.

Podr3amos discutir la idea de PROCESO de constituci3n del Yo. En el sentido de deslindarlo de un movimiento evolutivo y/o madurativo, para ponerlo en su car3cter estructural, de estructura en movimiento donde dentro y fuera quedan relativizados y donde el apr3s-coup freudiano revitalizado por Lacan da a la Id. Primaria estatuto de actual. Pienso que esto nos permite en nuestra pr3ctica en transferencia operar dentro de esta estructura (como lo vemos en la vi3eta de Francisco), no sin dificultades por cierto, pero s3 con la apuesta al posicionamiento que como analistas nos cabe en ella, para que en el decir o no decir, deseo y significante puedan tener eficacia simb3lica.

Al mismo tiempo esta actualidad de la Id. Primaria nos permite verla y trabajarla con la Id. Secundaria que se *superpone* dice D.G. La idea de superposición puede implicar el riesgo de remitir a un modelo arqueológico, que no es lo que está aquí en juego, sino una “interdependencia” que, como destaca D.G. y me parece importante resaltarlo, “permitiría explicar cómo alguien neurótico en determinado momento se psicotiza (distinción entre la clínica y la estructura) así como la existencia de una parte psicótica de la personalidad (Bion), y otros problemas tales como, por ejemplo, de qué manera una alteración de la Id. Primaria va a provocar efectos en la Id. Secundaria...” (p.45). Esto ilumina la todavía oscura geografía de la zona de pacientes que no pueden ser escuchados ni como psicóticos ni como neuróticos, ampliando, en mi opinión, la estructura neurótica a la inclusión de fallas en la Id. Primaria que provoca efectos en la Id. Secundaria.

Quiero decir, finalmente, que el pensamiento psicoanalítico cruzándose, trabajándose junto con otras disciplinas del conocimiento así como con la producción literaria, no es solo cuestión de un estilo, sino una opción. “El Psicoanálisis (hoy) tiene que enfrentarse no sólo a los desafíos de una dinámica intrapsíquica compleja, sino también a la complejidad del sistema simbólico y semántico de la cultura en su totalidad”. Este libro es un aporte en este sentido.